



ACERO DE MADRID

José Herrera Petere



Biblioteca Libre

Omegalfa

2019

Ω

José Herrera Petere

1938

ACERO DE MADRID

Una epopeya: ¡pero Madrid resiste, resiste, sesiste!

*Libros libres
para una cultura libre*



Biblioteca Libre

OMEGALFA

2019

Ω

Acero de Madrid

- 1 -

Dedicatoria

A mi hermano Emilio, piloto de caza de la «Gloriosa», muerto heroicamente en defensa de la Patria, el día 1.º de septiembre, sobre Belchite, en lucha contra la aviación italiana, tres superior en número.

J. H. P.

Prólogo

Modernamente y a medida que se han ido disipando las nieblas soñolientas del formalismo, puras, hermosas y frías como el alabastro; a medida que todo va quedando reducido a su verdadero punto, brilla, al día de los nuevos poetas, la corriente de un rico manantial de sangre que nos trae el pueblo: la Política.

Un manantial que convierte en acero el hierro dulce de los sueños indolentes, que arrastra las torres de marfil de las alturas y se las lleva al llano, con su gran fuerza de torrente o río humano.

Porque, ¿qué hay en el mundo más poderoso que la Política?

¿Qué hay más bello, más rico, más suave y más fuerte, más trueno y más rayo?

¿Qué ha hecho fijar las miradas y las voluntades?

¿Qué ha hecho descruzarse los brazos?

La Política es la nube de fuego que guía a la nueva Poesía, porque, ¿qué paisaje hay más emocionante? ¿Qué amor hay más ardiente, más entrañable?

La guerra no es sólo la guerra sino una parte de la Política.

En Castilla el verano es caliente y seco, como en pocas partes del mundo. En pleno verano empezaron a arder los pinares del Puerto del León. Entre nubes de gasolina morían aviadores; entre rastrojos de piedras, hombres como nosotros.

Las heridas de metralla son dolorosísimas. El miedo físico es aplastante, aniquilador. Alegre y generoso, como los vinos del Sur, el sentimiento del deber cumplido.

El cielo es una suerte de aviones; la noche, sombra de granadas; la tierra, la madre; el hogar, la paz.

Nuestro interior, la conciencia política.

La Política envuelve la guerra y la hace girar, como el viento manchego al molino.

A los escritores jóvenes nos envuelve, nos hincha y nos inflama.

¡Ay del que no ardió con los pinares del Puerto del León!

De una paz llena de inquietudes y de problemas hemos pasado a una guerra tranquila, porque es justa; serena, porque es heroica, y noble, porque es popular. Inteligente, porque es política.

Nuestro trabajo tiene una significación; nuestra inspiración, un motivo; nuestra retórica, un fondo.

En el aire está una poesía épica o una novela, un género literario que equivalga el antiguo que cantaba las epopeyas de las ciudades, las odiseas de los navegantes y el heroísmo de los pueblos.

El Pueblo y la Poesía están más cerca que nunca; el arte vuelve al pueblo como el hijo pródigo. Hay que humanizar el arte. La revolución revuelve la Poesía y vuelve a subir el fondo a la superficie, donde ha estado siempre. El preciosismo, con todos los respetos, está en trance de muerte, como una pobre señora menopáusica, cruelmente abandonada. Esto no quiere decir que se le olvide.

El romancero de la guerra es un símbolo primerizo y nada más de lo que puede ser la nueva literatura, la nueva Poesía.

La generación nueva será de realizadores o no será nada, así como la anterior fue de luchadores, literariamente hablando.

Todo esto son opiniones personales y, por lo tanto, parciales y apasionadas. Sencillamente: así he pensado al escribir

ACERO DE MADRID.

Madrid, 22 de febrero de 1938

PRIMERA PARTE

Termina la guerra

Introducción

NADIE intente en España lo suave o lo rosa: está de antemano condenado a fracasar.

Nadie intente un estilo comodón, blando o lacrimoso, a lo *européo*; será barrido por las circunstancias, que en España son especialmente fuertes y terribles.

Nadie prescindiera para nada de la variedad de las cosas ni de la contradicción. Nadie prescindiera para nada de las heladas de Castilla ni de los soles de Andalucía. Nadie se olvide de los rastrojos abrasados ni de los pedregales desiertos.

Nadie deje de tener en cuenta que el campesino padece hambre e ignorancia de siglos, rabia sedienta de horizontes y de amplitud.

Nadie se olvide de que las guerras han assolado a España durante decenios enteros de su historia.

Tenga todo esto en cuenta el que quiera entrar aquí, y sepa que todo lo que haya aprendido hasta ahora lo va a tener que utilizar de una manera fina y sagaz.

España es algo grave y ligero, apasionado y frío, terrible y sutil.

No hablo este lenguaje porque España sea nuestro país, sino*porque es un país de cuerpo entero: de los que marchan decididos.

Tú que miras desde fuera, ve cómo la fuerza tiene aquí un sentido de oportunidad y de elegancia.

Mire también el que entre que España posee un violento postizo, un aditamento, un moderno cáncer de dolor y putrefacción.

Mire en este sentido y quedará absorto.

Observará conventos y callejuelas estrechas al lado de

grandes calles, de rascacielos lustrosos y artificiales.

Observará un proletariado avanzado, luchador y comprensivo, al lado de una pequeña burguesía pretenciosa, disimuladora de su miseria.

Observará feudos y fábricas, iglesias y bancos.

Observará un gran perro de presa, colmilludo, y una pequeña hermana de la Caridad.

Observará un enorme obispo banquero o un general financiero, que rechina los dientes o se retuerce los bigotes de rabia desde 1929.

La cólera y el despecho, el miedo rabioso han llegado materialmente a deformarlo, a enconarlo, a hacerlo fascista.

Que nadie se olvide de esto al entrar en España, como nadie debe olvidarse tampoco del valor y de la generosidad.

Nadie debe olvidarse tampoco de la bestialidad de la traición, de la miseria mental y de los vicios históricos.

La atmósfera está limpia, carece de humedad; grandes sierras se divisan en los horizontes lejanos. El cielo está azul y oro. Abajo queda una pobre economía y unos ricos ideales.

Una pasión y una acción ejemplar del Pueblo.

Tenga todas estas cosas en cuenta el que entre en España, y así no le cegará la luz demasiado fuerte ni la Historia demasiado cargada.

1. Ira

LAS ELECCIONES del 16 de febrero fueron para las alturas un fustazo, una ira, una cólera, un dolor. Nadie se lo explicaba; no tenía explicación; no se sabía cómo había podido ocurrir.

Por las calles barría el viento las octavillas de propaganda electoral de las derechas, y en los grandes comedores aristocráticos apenas si la sopa podía ser tragada.

Todo era cerrar maderas, ventanas y balcones. Todo eran miradas bajas, gestos sombríos y cuchicheos. O todo eran sonrisas irónicas, rabiosas, de encolerizadas entrañas a lo vivo.

Sobre el asfalto de los paseos aristocráticos sólo corría el viento de febrero, aullando.

Bajo las faldas de las mesas camillas, los reaccionarios rezaban, rencorosos, rosarios subversivos.

El aullido de dolor fue en aumento en Madrid cuando se conoció el resultado en provincias.

Se improvisaron lutos, se deshicieron bodas, se rompieron proyectos, se paralizaron empresas, se royeron uñas y crujió dientes.

Toda la reacción española oscilaba, como gigantesco fuego fatuo, antes de encontrar forma adecuada a su rencor. O mejor dicho: se enroscaba como una gran serpiente, sin tener todavía cabeza.

Rabia, odio, avaricia, orgullo. Todo se había removido, como las aguas negras de una charca venenosa, imprudentemente golpeadas con una caña.

Caña valiente y popular, pero, al fin y al cabo, débil como caña.

Todo era arriba sombras de despecho, que se concretaban cada vez más.

El río de la traición corría, sonoro y rico, por los subterráneos de todos los cuarteles, de todos los edificios oficiales.

Todo el que quería podía verlo.

Nevaba ese día

Me acuerdo perfectamente: nevaba ese día con la nieve del último día de febrero y el vendaval del primer día de marzo.

La plaza de toros nueva era, sin embargo, un inmenso horno de entusiasmo, una enorme caldera de verdad y de justicia. Sólo el viento del Guadarrama arrojaba nieve menuda sobre los tejadillos de la plaza.

Los tendidos y el ruedo estaban llenos de cabezas, hombros y brazos madrileños. Cuando aplaudían, sus manos parecían miles de chispas eléctricas.

Y se aplaudía siempre que se pronunciaba la palabra Justicia o siempre que se pronunciaba la palabra Asturias.

Ateridos de frío, los músicos de la Banda Municipal tocaban por primera vez *La Internacional* en público.

Álvarez del Vayo desató los negros nubarrones de la cuestión internacional sobre la plaza. Sin embargo, habló también de una nube brillante y de un alba formidable: la Unión Soviética y Francia.

Alberti asomó la plaza entera a una negra mina de carbón, a un mar Cantábrico tempestuoso, todo ello cruzado de chispas rojas y de rostros enérgicos:

De la mina vengo, amigo.

«Pasionaria» levantó el espíritu de los millares y millares de hombres, mujeres y niños; levantó con su mano gigantesca, con su lengua de fuego, con sus palabras de tierra, de sangre y de nervio, los millares de esperanzas en libertad.

¡Plaza nueva de toros de Madrid, situada en un extremo de Europa, sobre una pobre meseta! ¡Plaza que puede encerrar las aspiraciones del pueblo español, contenidas durante siglos y siglos!

¡Los miles de ojos que te vieron durante aquella tarde no te olvidarán jamás! ¡Los miles de gargantas que te atronaron con sus vivas hablarán de ti siempre!

¡Jamás verás plaza como en aquella tarde, tan formidable luchador, tan potente gigante!

¡Plaza de Madrid, que temblaste ese día, roja de tierra, mirando el porvenir desde tu altura! ¡No temblaste de miedo sino de entusiasmo!

Sus ojos llameaban

Vino después la gran manifestación violenta, nerviosa y gozosa.

Por entre las dos filas de casas que forman la calle de Alcalá, apenas si cabía toda la cólera de los comuneros, todo el brioso arranque del 2 de mayo, todas las penalidades de un pueblo por fin libre.

El dique de una presa de agua, viva y sonora, se había roto allá en las alturas de las Ventas y bajaba a Madrid: *Porque todavía muchos no se habían dado cuenta de que el Frente Popular había triunfado.*

La Internacional estalló en la plaza de Manuel Becerra, la «Joven Guardia» atronó la esquina de Torrijos.

Oleadas de canciones, en diferentes tonos, eran arrastradas por el mismo viento que hacía llamear los transparentes, al pasar por la plaza de la Independencia.

Un lejano y vago rumor anunciaba que el Madrid frívolo y traidor, el mismo que se vendió en 1808 a los invasores franceses, había presentido lo que se avecinaba y se apresuraba a tomar rápidas y miedosas medidas hostiles.

Los cierres de los escaparates de las tiendas de lujo eran bajados; los cafés, cerrados; los lujosos portales, atrancados. Rechinaban los frenos de los automóviles que transportaban a los señoritos y señoritas al cine de la Gran Vía y de la plaza del Callao. Tenían que resignarse a dar un largo rodeo.

El pueblo de Madrid continuaba bajando. La carne y la sangre viva, el trabajo, el sudor, las lágrimas y el hambre salían al encuentro de la bisutería, de las barras de carmín, de los polvos, del colorete, de los cócteles, los tés danzantes, las rentas artificiales, las trampas y la hipocresía. La carne y la sangre viva trataban de mostrarse en público por una vez, por primera vez en la Historia. Esta increíble insolencia no sería jamás perdonada.

En «La Granja», en «Aquarium», en «Negresco» rodaban las mesas y las sillas al paso de los carpinteros que las habían hecho; las tostadas de pan, al paso de los panaderos que lo habían cocido; los cristales de los ventanales, al paso de los cristaleros.

Los tranvías se vaciaban de gente al paso de los tranviarios que los conducían, de los obreros que los reparaban y aun de los ingenieros que los proyectaban. La calle entera, capitalista y reaccionaria, se estremecía al paso de los hijos y de los nietos de los albañiles que la habían construido.

Era una gran insolencia, una desconocida insolencia.

Las *peceras* del Círculo de Bellas Artes quedaban desiertas al retirarse los *vientres* que de ordinario estaban allí sentados.

En la puerta del Casino de Madrid había un gran burgués financiero; sonreía entre sus barbas, arrugando sus ojos de rencor paciente. ¡Él no era partidario del Frente Popular, pero aceptaba la legalidad y la voluntad del pueblo! Solamente sus ojos llameaban.

El todo por el todo

Por entre las cortinas de los palacios, por los cristales polvorientos de los edificios públicos, por los ventanales de los Bancos, por las aguas coloreadas de las piscinas elegantes empezó a brotar un nuevo vapor.

Un nuevo vapor amarillo de oro, enfermizo y mefítico: el nuevo espíritu de la violencia clandestina.

Los señoritos empezaban a actuar en serio en política, Sus conversaciones variaron de tono; ya no concurrían tan asiduamente a los *clubs* deportivos. En sus ojos aparecían sombríos y feroces reflejos.

Ya no hablaban únicamente de prostitutas, de automóviles o de fútbol; hablaban rabiosa y ferozmente de política.

Parecía que se daban cuenta de que habían tenido un olvido, y querían ganar el tiempo perdido.

Parecía que se acordaban de pronto de que el *vermouth* podía desaparecer, y las prostitutas y los automóviles y el fútbol y los *cabarets* y los cines elegantes y el desayuno servido en la cama.

El convencimiento de esto les hacía insoportable la situación. Gil Robles no era más que un *blanco*, como dicen los chulos. Acción Popular, un mal vino aguado procedente de cepas castradas. Hacía falta algo fuerte, penetrante y eficaz, como el ajenjo o como el *whisky*.

Hacía falta una bebida de *hombres*.

Los pantalones planchados se recogían encima de las rodillas y las piernas se cruzaban.

Las cajas de «Lucky Stricke» iban de silla en silla, de bigote en bigote. Las cocteleras se quedaron vacías y los cerebros llenos.

Se miraba vesánicamente los días y las actividades que iban a venir.

Se temblaba pensando en el porvenir, como la Iglesia dice

que temblarán los réprobos cuando oigan la trompeta que les anuncie el Juicio Final.

Los opresores, los tiranos, los frívolos, los usureros y sus hijos, nacidos y criados para ello, presentían el Gran Juicio Final del Pueblo. Las elecciones del 16 de febrero era el toque de trompeta que se lo anunciaba.

Había que tomar una resolución, una actitud; había que jugarse el todo —es decir, el honor, la patria— por el todo, el confort, las rentas.

He dicho

Nadie intente en España, he dicho, lo suave o lo rosa: está de antemano condenado a fracasar.

La pasión se enseñorea pronto del ambiente, como una helada castellana de enero o como un mediodía, también castellano, de julio.

Las clases dominantes son tan torpes que profesores extranjeros han tenido que venir a explicarles la manera de conservarse en el poder.

Esta explicación ha sido teórica y práctica, y les ha costado España.

El capitalismo en España ha sido tardío y malsano, como una helada de primavera o como un niño sifilítico.

El feudalismo sigue fuerte y bestial como un mulo rebelde, atado a la reata de la política antiobrera y estorbando su marcha.

Todos los rugidos que los megaterios dieron en el período cuaternario, no son suficientes para explicar la bestialidad política de la aristocracia y de la burguesía española.

Todos los eructos, patadas e interjecciones de un prostíbulo o de un cuartel de caballería fascista, no son suficientes para explicar su falta de cultura.

Todas las frases pronunciadas en las obras de un teatro que

se han estrenado desde la época de Galdós a nuestros días, no bastan tampoco para expresar su cursilería.

2

Ecós de sociedad

¿Conoce doña Purificación lo que va a suceder? No; no lo conoce, ni lo sospecha siquiera.

¿Conoce doña Purificación España? Hasta cierto punto. Solamente tiene un sentimiento de vaga hostilidad hacia el pueblo y de vaga admiración hacia las catedrales, las banderas bicolores, ciertos paisajes pintorescos y ciertas familias aristocráticas.

Conoce la vida a través de los cristales de su balcón, de las conversaciones de su confesor, de los grandes diarios reaccionarios y de los vicios de sus hijos.

—Todo está malo, caro; no sabemos adónde vamos a ir a parar. Por la calle no hay más que gentuza. No tiene un ánimo para salir. ¡Este Gil Robles se ha dejado ganar la partida cobardemente! ¡Tanto dinero tirado para esto! Y ahora la barbarie está suelta. ¡El Señor nos asista!

Sola, sola, sola; ventruda, vieja, abatida, avara, ignorante, devota. ¡Sol que te pones, un solo rayo para la vieja, un solo rayo para la avaricia!

¿Conoce doña Fernanda lo que va a suceder? No; no lo conoce, ni lo sospecha siquiera, aunque lo desea con ardor.

Con sus piernas, con sus muslos ya pasados, siente un fiero desdén hacia la *canalla*.

Enrojeció comiendo y bebiendo. Enrojeció comprándose datas de seda, sombreros caros y zapatos de cocodrilo.

Palideció de rabia hablando de política y de rigor sentimental, disciplinando a sus hijos.

Babeaba de cólera, a menudo, peleándose con las criadas de su casa, mientras éstas blasfemaban ocultamente en la cocina.

Era bastante difícil su posición después del triunfo del Frente Popular.

¿Conoce doña Presentación lo que va a suceder? Tampoco. Ella está por encima de las cosas de este mundo. Reza continuamente el rosario. Adora las estampas, las vírgenes y los cementerios.

Besa los santos.

Es generosa, desprendida, sacrificada. Es limpia.

Por la mañana concurre en ayunas, sin lavar y apenas peinada, a las iglesias. Más tarde toma café y reza. No lee periódicos.

Sus ojos se llenan de lágrimas y a través de ellas se ven paisajes perdidos y llorados, donde manos sonrosadas y fofas alimentan a lechoncillos y cabritas.

Resignábase muy difícilmente Pedro Calderas con su situación. Su finca se hallaba en peligro y, lo que era peor, su religión también. Porque él, ante todo, era profundamente católico.

Para él, lo espiritual debía estar siempre por encima de lo material.

Sus ojos pardos se humedecían contemplando sagradas imágenes, y más de una vez había transportado faroles con mangas en procesiones y entierros.

Su padre había sido indiano y él, con el capital que había heredado, volvió a ser indiano, pero en España, en contra de los españoles.

No podía soportar el Frente Popular.

Don Jesús Fefiñanes, de origen gallego, con la modesta banca o tienda de usura que tenía, tampoco podía soportar el Frente Popular.

Ni Gorito Sardona, ni Francisco de Paula Roca de Togores, ni los marqueses de Lillo, ni los condes de Avial, ni Santiago Pérez Noblejas, y tantos otros.

¡Estaban indignados y muy justamente!

Ni ganas tenían de asistir a las veladas de boxeo ni a las luchas grecorromanas.

En las iglesias también se quedaban fríos, porque ¿a qué venía todo aquello? Eso de rezar está bien, pero ¡es lento, inocente y atrasado, habiendo pistolas automáticas!

Porque sucede, a veces, que Dios se olvida de las oraciones que, para conservar su renta, le hacen sus fieles de cuello duro o de combinación *imperio*.

Por ejemplo, Pedro Calderas poseía una finca muy cerca de Navalcarnero, una casa de labor que durante la dictadura había llegado a producir mucho.

Ahora había tenido que elevar los jornales y le producía mucho menos. ¿Qué hacer?

Pedro Calderas, que era, lo que vulgarmente se dice, un marido modelo, un hombre honrado y bueno, de espíritu profundamente religioso, organizó inmediatamente una novena a San José.

Resultó que la novena acabó y la finca producía menos aún.

Uno de los fundamentos de la oración es que ésta sea hecha con fe. Pedro Calderas no estaba ya para bromas, y ni siquiera se preguntó si era por falta de fe por lo que no había surtido efecto la novena organizada.

Tampoco podía soportar el Frente Popular el ingeniero Desiderio. Él era un joven de brillante porvenir y pelo lustroso, pantalón planchado, no mal tipo y la carrera de ingeniero. Podía casarse con quien quisiera.

Conocía a las Pérez, a las González, a las Fernández, y hasta un día había conseguido bailar con la Lancesthaler, la sobrina de los marqueses de Amboage.

El joven notario Martínez también aborrecía al Frente Popular.

Después de haber ganado unas reñidas oposiciones, era como si se tuviese un pequeño capitalito.

La gran burguesía y la aristocracia, cuando están tranquilas jugando al *bridge*, suelen florecer en palabras correctísimas, y hasta son de un vago y encantador tinte romántico y sentimental; los dedos de sus manos se mueven entonces sobre las mesas de té, como blancos cisnes en lagos azules.

Las palabras «señor mío», «ahora bien», «caridad cristiana», «espiritualidad»..., etc., salen de sus labios como torrentes de perlas morales, de un cofrecito espiritual de pura sangre.

La gran burguesía y la aristocracia, cuando ven en peligro sus privilegios dilatan su lengua, como cualquier soez cochero, llenando el ambiente perfumado que los rodea de palabras malsonantes.

Sus finos dedos, cargados de *polisoir*, ejecutan los más feos y vulgares gestos.

De todo este complejo, palabrotista aristocrático, nació la Falange Española de las *Jons*, cuya sola enunciación es ya de por sí una palabrota de las más groseras.

Un nuevo Eldorado

Los Álvarez de Toledo, los Henestrosa, los Muguero, los Sáez de la Calzada, los González de Córdoba se pasaban los días con el labio despreciativamente caído.

Sus ojos se dirigían, azules y verdes de desidia, a todos los rincones.

Su actitud moral era la misma de la que se pasa el día con los zapatos sin atar.

Sus bocas respectivas pronunciaban amargos sarcasmos

contra Azaña, Prieto y «Pasionaria».

Pero no pasaban de ahí.

Su actitud no era consecuente ni con sus ideales religiosos, ni con sus sentimientos patrióticos.

Con su lenguaje dorado, como un alba castellana, se dirigió a ellos un propagandista de la Falange Española de las *Jons*.

—Hay que salvar a España del marxismo asiático —decía—, del bolchevismo, enemigo de la raza blanca y de la cultura occidental. Vosotros mismos, Álvarez de Toledo, Henestrosa, Mugueros, Sáez de la Calzada y Gonzalos de Córdoba, seríais las primeras víctimas de él. Vuestras cédulas del Estado, vuestras acciones y obligaciones quedarían reducidas a papel mojado; vuestras fincas, repartidas, y vuestras queridas, salvajemente forzadas; vuestras casas, desmanteladas; vuestros automóviles, robados, y vuestras cocteleras rotas. No quiero aludir concretamente a ninguno de vosotros, pero j figuraos, por un momento, lo que sería del Banco Hipotecario y del Banco de Crédito Local de España! Ante esta perspectiva no podéis permanecer con los brazos cruzados, con un *carpet* de Acción Popular o de Acción Católica en el bolsillo. Hay que salvar a España. Hay que actuar. ¿Cómo? La Falange dice: «Con un estilo nuevo, con un estilo juvenil, renovador. La salvación de España tiene que ser ante todo un movimiento juvenil y un movimiento español. Hitler y Mussolini señalan el camino. Concretamente: por lo pronto, tenéis que dar dinero; después, ya se verá. Yo os aseguro que la Falange es la única fuerza capaz de aplastar definitivamente el movimiento marxista español».

Un silencio elocuente acogió estas palabras.

—Si eso fuera verdad, lo daríamos *todo* por bien empleado.

El ambiente estaba nítido y limpio, como debe estar el alma de todo joven fascista.

Nubes rojas y gualdas se amontonaban en el horizonte.

Los rayos del sol semejabán flechas, y los cuernos de una

cabeza de ciervo, que colgaba de una pared, un yugo estilizado y retorcido.

—Hay que luchar para que nuestro viento juvenil, patriótico y revolucionario, empuje los pliegues de la bandera imperial, española, por la superficie de la tierra, hasta la conquista de un nuevo Eldorado.

3

Estilo

Sombrío, aguileño y fofo como un pulpo se levantó Henestrosa de la cama. Durante la noche había lucido intensamente la luna.

Durante la noche había oído estallar varias bombas.

En el momento de encender el primer cigarrillo inglés llegó a la siguiente conclusión:

«No es la inteligencia lo que interesa en el hombre, sino el temperamento».

«No son las ideas lo que interesan en un discurso político, sino el estilo».

Estas ideas oscilaban en su cerebro, como dos fuegos fatuos, cuando salió a la calle.

La punta de su lengua, gorda como una pompa de jabón, se movía maquinalmente al compás de la repetición de estas dos importantes frases.

Con sus zapatos brillantes y el pelo planchado se fue a la Universidad, como todos los días, y sus ojos miraban provocativamente a través de las pestañas, demasiado largas, a los viajeros del mismo tranvía.

Contra su pecho apretaba la cartera negra, de moda entre los falangistas.

La calle de San Bernardo era entonces una especie de vía estratégica y la Universidad una especie de frente del Jarama, con sus emboscadas y golpes de mano.

Varios catedráticos estaban abiertamente del lado del fascismo, otros se lavaban las manos en las aguas cerradas de

su propia ciencia, algunos eran sinceramente antifascistas.

Allí Henestrosa se reunió con sus jefes del sector universitario de la Falange. Henestrosa era fofo, cejjunto, pálido; frente excesivamente ancha, pies estrechos, cuello duro y de temperamento racialmente bilioso. Sus músculos eran flexibles y débiles, poco acostumbrados al deporte. Parecía más bien un tiburón martillo, uno de esos cenagosos animales de las profundidades del mar Mediterráneo.

Una gran cartera negra fue abierta por el jefe del sector universitario de la Falange. Dentro había una pistola ametralladora «Parabellum», con un cargador puesto y un sobre lacrado con el yugo y las flechas, en el que se leía escrito a máquina: «Orden del día», y más arriba, en rojo: «Secreto». El sobre fue abierto, y repartido, entre los militantes de *primera línea*, un papelito escrito a máquina con estas palabras: «Agitación en contra de Jiménez Asúa»; y más abajo: «Destruyase en cuanto se lea».

Llegó un estudiante alto, con gafas y pelo rizado. Varios portadores de carteras negras.

Un individuo de unos cuarenta años, cetrino, nariz rota y torcida a consecuencia de un puñetazo.

Los ojos de este individuo eran como dos arañas negras de vientre brillante.

—La Falange no tiene más que una palabra. La Falange no perdona. Sacó un paquete de porras y las repartió, diciendo:

—Tomad, camaradas, estos *razonamientos* pueden haceros falta.

Para algunos, el razonamiento es el *argumento* o demostración inferida que se hace en apoyo de alguna cosa.

El razonamiento es a la razón como el viento es al aire.

El razonamiento es a la conclusión como un río es al mar.

La razón es al razonamiento como un cráter al torrente de lava. La lógica es correcta y digna de un Mozart frío y ele-

gante.

La filosofía ya no es tan correcta y es azul como una montaña lejana, imposible de alcanzar. A veces es como un lago que se pasa los siglos y los siglos perdiendo el tiempo.

Un filósofo perdió el tiempo hace siglo y medio hablando de la razón y diciendo que era medio de toda la actividad del alma.

Los escritores modernos se sitúan unos en contra de otros como dos hombres de *rugby*.

Por la honradez moral y por la generosidad se baja como por una pista nevada hacia el marxismo.

Por la falta de escrúpulos morales y religiosos se sube al nido de las águilas orgullosas o, mejor dicho, al nido de las lechuzas y de los cuervos con plumas de águila.

Se sube al castillo cerrado al *schloss* pagano de la raza, de la clase y del *confort*. Un razonamiento transcendente alemán puede justificar las mayores monstruosidades, las mayores crueldades, los mayores actos de barbarie.

El concepto de «razón», para la filosofía fascista, es mucho más sencillo que para todos los filósofos de la historia antigua, media y moderna.

Tiene una gran ventaja: que está al alcance de cualquier presidente del Consejo de Administración, de cualquier terrateniente feudal o de cualquier prostituta rencorosa.

Los cañonazos son, sin duda, razonamientos de tipo ideológico, dimanantes del mismísimo «Logos» cósmico.

Los bombardeos aéreos, por su origen celeste, son superiores a toda disciplina. Son algo así como la «Revelación».

En el «Logos» y en «la cosa en sí», salía pensando de su casa el estudiante Marcelo, gordo, alto, sentimental y republicano ferviente.

«La mañana está rubia y soleada —se decía— como una cabellera».

Sus ojos eran pardos y pacíficos; sus labios, sonrosados; sus dientes, un poco salientes.

Su camisa, azul claro; sus hombros, anchos; sus zapatos, fuertes, cuadrados, deportivos.

Sus pisadas resonaban escandalosas y alegres sobre el asfalto de las calles.

En la natación había conseguido varias marcas de la F. U. E. Luego pensaba ir. Allí mismo, debajo del brazo, llevaba un traje de baño nuevo.

Su vientre empezaba a ser prominente. Sus grandes y pardos ojos tenían tal vez una excesiva mansedumbre y el corazón le daba brincos de gozo, tal vez con demasiada frecuencia.

A menudo su espíritu estaba alegre, sin motivo justificado.

El amor era para él fácil y placentero, lo mismo que la política, los baños de sol y los conciertos al aire libre.

Por la alegría era ruidoso. Sus dientes brillaban, blancos al sol y al iris de sus ojos.

No podía considerarse como defecto la demasiada verbosidad, la pedantería y el que de su boca fluyese saliva al hablar.

Una entrada en algo oscuro desde el día es algo triste; sólo pueden llevarla a cabo con gusto, al alba, los fantasmas y los muertos que salen a vagar por la noche.

El estudiante Marcelo no tenía nada ni de una cosa ni de otra.

A la Universidad oscura entró con disgusto desde la alegría del Madrid antifascista.

Todos los días experimentaba la misma sensación que el nadador que asoma la cabeza a una cueva submarina.

Su boca sonrosada y sus dientes prominentes cortaban el aire malsano, cerrado, de cripta, de los pasillos de la Facultad de Derecho.

La Facultad de Derecho todavía estaba allí, en el mismo

sitio en que estaba la noche de San Bartolomé. No tuvo tiempo de ser trasladada a la Ciudad Universitaria.

La Universidad es un edificio rodeado de cafés, donde todavía poetas melencólicos y sucios mojaban sus bigotes en los vasos llenos.

Sus bancos huelen a chinches y sus aulas a tos.

A la puerta de una de ellas un grupo de fascistas sonreía. El pasillo estaba lleno de estudiantes de diversas tendencias.

Marcelo, alegre, inocente, hablador, incapaz de guardar rencor, se acercó al grupo de fascistas, sus compañeros de clase.

Marcelo era amigo personal de varios de ellos. Habían sido compañeros de colegio.

—Se os saluda.

—Se te contesta.

—¿Qué os contáis?

—Lo que tú digas. ¿Entras a Penal?

—A eso vengo.

La sonrisa de los fascistas se hizo más incisiva.

—Ese Jiménez Asúa es un maricón y a su clase no entran más que los maricones. Estas palabras fueron pronunciadas en voz bastante alta. Varios estudiantes se acercaron formando corro; uno de ellos, de gafas y pelo rizado, les indicaba disimuladamente, con enérgicos gestos de mandíbula, las posiciones estratégicas en que se debían colocar.

—Lo dicho, Jiménez Asúa es un maricón y tú otro.

—Y además, un hijo de puta del Frente Popular —dijo nerviosamente un estudiante muy joven, elegantemente vestido, y a quien Marcelo tenía por buen amigo y compañero de *water polo*.

Ante el feroz insulto, los falangistas rieron.

Varios de ellos empezaron a silbar el himno de Falange, que

fue coreado por otros.

Marcelo palideció. Sintió miedo. Él era un hombre pacífico y confiado, incapaz de explicarse la conducta de sus amigos.

Él estaba contento de la primavera, del baño que le esperaba, del triunfo del Frente Popular.

Él no podía esperar lo que pasaba. No daba crédito a sus ojos. Estaba sorprendido.

—¡Bueno! ¿Pero a qué viene esto? —exclamó con lengua temblorosa.

—Viene a que te andes con mucho cuidado de aquí en adelante. La Falange te conoce; te tiene fichado.

Varias muchachas miraban la escena. Ellas también eran falangistas, admiraban el machismo, la chulería y el sol naciente sobre las camisas nuevas.

En un estado de cólera indecible se alejó Marcelo de la Universidad. Él había visto las porras preparadas, los ojos brillantes, las narices dilatadas.

¡Él había sido insultado! ¡Cobardemente insultado! ¡Se había metido en la boca del lobo como un cándido!

Él estaba solo, completamente solo. Estaba en Babia. Esto no podía volver a ocurrir. Tenían que organizarse los de izquierdas.

¡Ya no quedan compañeros, ni amigos, ni hombres simpáticos ni antipáticos, ni buenos ni malos nadadores, ni hombres listos o tontos! ¡Ya no quedan más que fascistas y anti-fascistas!

Madrid, Madrid, a estas horas te canto, a esta primavera te digo, con tu brisa, tu sol, tus nubes, tus rascacielos, tus balcones, tus montes con la última nieve, tus trajes de verano, tus automóviles abiertos, tu asfalto brillante, tus jardines verdes, tus ventanas abiertas y tus aeroplanos todavía leales.

Madrid, con tus ríos amarillos y tus piscinas verdes, con tus

campos de encinas y tus excursiones populares.

Madrid, con los trombones dorados al sol de tu Banda Nacional Republicana, entonadora de optimismo, con tu satisfacción electoral y tu elocuencia democrática.

Madrid, Madrid, a estas horas te digo. ¡Alegre: tenías en tu corazón una uña de alacrán!

Tenías la cabeza podrida bajo tu cielo azul y tus festivales republicanos. Tenías un nido de serpientes en cada Ministerio, en cada Dirección general. Tenías un Estado Mayor en cada Banco, un fortín en cada iglesia.

Tenías un centinela malévolo en cada uno de los rascacielos de la Gran Vía, que era la ciudadela del gran capitalismo.

Todos. sospechábamos lo que tenías, pero pocos podían convencerse de la monstruosa realidad que se formaba ante sus ojos. Tan infernal era.

Madrid al crimen

La calle de Goya es una de las más representativas del Madrid que murió para siempre el 18 de Julio.

Sólo su parte alta es alegre y popular.

Sólo desde allí se divisa, a lo lejos, como una llama azul en el horizonte, el pico perdido de Almenara, que tanto carácter da al horizonte oeste de Madrid.

La parte baja de la calle de Goya es como una bombonera, donde la burguesía madrileña se ocupa en resolver sus problemas sentimentales, en rezar y en acumular dinero.

Esta parte fue cruzada a los pocos días por balas de pistola ametralladora, y esta parte gritó como una vieja a la vista de un ratón.

La Falange Española atentaba contra la vida de Jiménez Asúa. Pero sus pistoleros no consiguieron más que matar a un policía y herir a algunos transeúntes.

4

Jóvenes

Federico es un joven sin oficio ni beneficio, un joven de veintiún años.

Si ha estudiado para marino y ha fracasado, si ha estudiado para abogado y ha fracasado, si ha entrado en una oficina y ha fracasado, él se figuraba que era por su excesiva elegancia espiritual.

Si ha leído demasiado novelas inglesas ha sido por aburrimiento.

Si ha leído algunas novelas rusas es porque estaba realmente harto.

Si le apasionaba el *krawl* y el esquí y el baloncesto, también le apasionaba y le irritaba hasta lo indecible su falta de dinero, su falta de porvenir.

Sólo tumbándose al sol, al borde de una piscina o de algún río, conseguía sacarle gusto a la vida.

Pero entonces el problema sexual, sin solución, le desgarraba la carne y la sangre, como una mano de hierro al rojo con uñas de gato.

Todos los esfuerzos que hacía para encontrar colocación eran inútiles.

La violencia había llegado a ser para él una fiebre. Soñaba con luchas, con puñetazos, con *dreadnoughts* disparando obuses del 30 y medio, y con aeroplanos rápidos de guerra.

Todo esto mezclado con cócteles, pipas inglesas, mares tropicales, islas del Pacífico, tales como las de Tahití, y estrechos como el de Torres, constituía la zona de pensamien-

tos agradables.

Un mundo hermoso y lejano.

El fascismo le atraía por muchos conceptos, pero sin embargo él comprendía que era falso.

No, no era solución para él. Eso era para los jóvenes que podían disponer de automóvil, de queridas y de trajes, de todo lo que él carecía y que tanto necesitaba.

No, no, él no era fascista, él era una persona decente.

Además, el comunismo también es violento, bravo y luchador y más verdadero. Había oído decir también que la aviación rusa era la primera en el mundo.

Él sería antifascista.

Martínez era un joven obrero sin trabajo. Veintiún años.

No puede fumar, no puede apenas comer, no puede practicar deportes, no tiene cultura.

Todo le es hostil en la ciudad: las terrazas de los cafés, los cines, los taxis, las mujeres, los Bancos, hasta los tranvías y el Metro que no se puede pagar.

Los escaparates eran para él otros tantos insultos. Martínez no sabía trabajar, no había trabajado nunca. Era escéptico, vago, solitario, pero miraba y veía.

Algún día sabrían lo que era él sus vecinos de barriada; sus amigos, jóvenes obreros sin trabajo; sus amigas, muchachas desgraciadas e ignorantes.

El Manzanares era su sitio favorito de paseo y las tabernas de ferroviarios que hay en el barrio de la China.

¡Todo menos entrar en Madrid, ese monstruo capitalista, cruel, humillador!

Matas era un joven católico, opositor. Tenía que llevar gafas a consecuencia de los muchos temas estudiados bajo la luz artificial.

Se sabía 1200 artículos de memoria y 400 fechas. La Legis-

lación Hipotecaria no tenía para él secretos.

Había sido robado por todas las academias preparatorias de Madrid.

Estaba gordo y medio calvo, era además gafudo, y, como si esto fuera poco, muy tímido con las mujeres.

Únicamente se había tratado con prostitutas.

Era, sin embargo, católico ferviente y sincero. Sus amigos eran sacerdotes inteligentes, y leía a menudo los clásicos del cristianismo.

Por las noches rezaba solo el rosario. *En serio*. Era bueno, honrado, humilde, trabajador, pero...

¡Por Dios! ¡No podía resistir más, estaba desesperado! ¡Hacía falta algo, algo para los desgraciados, para los pobres, para los buenos...!

Estaba seguro de que eso acabaría con los abusos, con las canalladas, con las injusticias, con los *affaires*, los chantajes, la trata de blancas y, sobre todo, que solucionaría la horrible situación de la juventud española.

¡Juventud! ¡Juventud de España, juventud honrada y sincera, desgraciada y fiel! Tú mirabas en la primavera de 1936 cómo dos olas iban a separarse y a juntarse luego con tremendo furor, con furor de lucha, como dos montañas de piedras, presididas por el sol de la Historia, y decías:

«¿Qué será de mí entre todo esto?».

De aquí iba a salir el objeto de tu vida.

Día suave

—¡U.H.P.! ¡Unión de hijos de puta!

—¡U.H.P.! ¡Unión de hijos de puta!

—¡U.H.P.! ¡Unión de hijos de puta!

Los tranvías se paraban, la gente se detenía, los tenderos

se asomaban a la puerta de las tiendas.

La cosa, en forma de jóvenes barbilindos, avanzaba por en medio de la calle de Alcalá.

Eran pocos, unos cuarenta o cincuenta, pero cada uno con su pistola automática en el bolsillo y rodeados de una banda de pistoleros profesionales, estratégicamente apostados y con pistola ametralladora.

—¡Arriba España!

—¡Viva el fascio!

Sonrisas de condescendencia disimuladas.

*Cara al sol,
con la camisa nueva
que tú bordabas rojo ayer.*

Nadie más que ellos tenían armas.

La cosa avanzó unos metros. Después hubo antifascistas muertos y heridos de ráfagas de pistola.

Algunos falangistas fueron atrapados y delicadamente conducidos a tener el honor de permanecer unos días en la prisión por la verdadera España amaneciente.

Todo esto pasaba en un día suave de sol primaveral y brisita. A la puerta del Banco de España varios capitalistas charlaban. Estaban entre ellos el banquero Mugueros y el militar Pezuño.

—¡U.H.P.! ¡Unión de hijos de puta!

—¡Hay que ayudar a estos muchachos! ¡Son lo único!

—Su actitud violenta me parece la única.

—Yo soy más socialista que los socialistas, aunque, naturalmente, antimarxista, pero lo que está ocurriendo no puede tolerarse.

El militar Pezuño era un hombre alto, delgado, musculoso, con bigote rubio y botines blancos. Llevaba también un bastón y guantes, iba vestido de gris y su sombrero, en forma

de queso, era verde.

—No puede tolerarse lo que está pasando, ni lo toleraremos.

Él era un gran técnico de artillería.

—A propósito —dijo el banquero Muguero—, ¿ha leído usted el artículo de Honorio Maura, en el *ABC* de hoy? ¡No deje usted de leerlo! ¡Lo único que ya se puede decir y hacer!

Un agente de Cambio y Bolsa, emparentado con la aristocracia, salió, agarró familiarmente al militar Pezuño del cuello y, sonriendo incisivamente, le dijo algo al oído.

El militar Pezuño se puso serio y dijo:

—¡Ya se verá!

Por la puerta del Banco salían viejas negras con bolso o paquetes, donde llevaban el dinero o los fajos de acciones.

Mujeres con los labios pintados. Empleados achacosos con los hombros llenos de caspa.

Jóvenes deportivos y elegantes, viejos usureros, ladrones, tahúres, alcahuetas y asesinos. Algunos llevaban una cruz en la corbata. No se atrevían a llevar el yugo y las flechas de Falange.

El militar Pezuño y sus amigos se fueron en dos o tres coches a «Pidoux», a tomar el aperitivo.

Luego sus mejillas estarían rojas, sus ojos brillarían como los de los toros en celo, y sus palabras serían sinceras, españolas y viriles.

Mañana de abril

Aquella mañana, la señora de Palacios se levantó de su cama de plumas, con la actitud de una cabra embravecida, dispuesta a embestir.

Sus oraciones matinales, más bien fueron dichas con el tonillo seco y mordaz de una blasfemia disimulada.

Su café se convirtió en hiel en cuánto llegó al estómago.

Todo le sabía a Frente Popular, como a un palúdico todo le sabe a quinina.

—Esto ya no puede tolerarse. No hay ascensor, no hay agua en la casa, están destrozando a España.

En tal disposición, salió para la iglesia vecina.

Por la calle transitaban miles de personas. Casi todas leían *El Socialista*, *Mundo Obrero*, *Juventud*, *Política*. Estos mismos periódicos eran pregonados por soeces vendedores con frases provocativas.

La señora de Palacios huía de ellos como del demonio. Parecía un gran murciélago negro sorprendido por el alegre sol de la mañana. Sus zapatos de charol taconeaban furiosamente el pavimento.

Transcurrida la ceremonia religiosa volvió a su casa de la misma manera.

Una gran aglomeración de gente avanzaba por la calle, llenándola completamente.

Se trataba de una gran manifestación popular, de un entierro.

Por el centro, encuadradas y uniformadas, con camisas azules y corbatas rojas, marcaban el paso las milicias obreras.

Miles y miles de hombres llenaban la calle hasta perderse de vista.

La señora de Palacios se asomó al balcón y con ojos de loca contempló a las masas.

Por fin no pudo contenerse; entró en la cocina y cogiendo un gran puchero de agua hirviendo lo arrojó sobre la muchedumbre.

Una oleada de gente indignada se estrelló contra la puerta, una marea humana hizo estremecer casi la casa.

Los manifestantes habían visto perfectamente la maniobra. El portero trató de cerrar la puerta inútilmente.

Las milicias obreras intervinieron y la señora de Palacios fue *sólo* conducida respetuosamente a la Comisaría.

La brillante y evocadora jornada

Día de fiesta por la tarde y pantalones planchados. Polvo sobre los zapatos de charol.

Cuellos duros apretados, corbatas de seda, sabor de patatas fritas en la boca. Nubes azules de gasolina de los coches que marchaban apretados.

El paseo de la Castellana de Madrid está lleno de gente confiada, que viene a ver cómo las autoridades celebran el 14 de Abril y el triunfo del Frente Popular.

Sebastián Rubio iba con su mujer y su hijita de cuatro años. Llevaba sombrero color violeta, cuello limpio almidonado, corbata de seda azul con pintas blancas, zapatos de charol, terno marrón de doble pecho y pantalones que, a causa de que caían sobre los zapatos, se arrugaban.

Ella llevaba un traje de seda verde y abrigo negro, dos o tres collares de piedras falsas y zapatos de mucho tacón.

La niña iba con un precioso traje rosa con lacitos azules.

Apenas si podía uno moverse entre el enorme gentío que llenaba el paseo de la Castellana.

En el centro, en una tribuna, estaban varios señores, que eran el Presidente de la República y el Gobierno. Otros uniformados, de largas y delgadas piernas, eran los generales del Ejército, con que el pueblo español contaba para defenderse y que en aquel momento desfilaba.

A las nubes de polvo y gasolina, al reflejo de los ojos de la Guardia Civil y de Asalto, correctamente formadas, en actitud de presentar armas, se unía el brillo de varias bandas de música y el sonido de sus instrumentos.

Sebastián Rubio regaló a su hijita una banderita de papel con los colores rojo, amarillo y morado.

En los cuentos de brujas también suele pasar: cuando canta el gallo todos los fantasmas se desvanecen y aparece la realidad a la luz del día.

En esta ocasión no cantó el gallo, sino la dinamita; no murmuró la brisa, sino las ráfagas de la pistola ametralladora.

¿Qué era eso de celebrar una fiesta sin permiso de los señoritos?

Ellos bajaban disparando por la calle de Jorge Juan; al mismo tiempo varios petardos estallaron en la misma tribuna, en medio de oleadas y oleadas de gente, debajo del Gobierno.

Sebastián Rubio perdió su sombrero morado, pero pudo encontrarlo.

Sebastián Rubio se lo sujetó por medio del cordón que todos los sombreros llevan, a un botón negro de su terno marrón, de doble pecho.

Su mujer no acababa de darse cuenta de lo que había pasado y su hijita lloraba.

Un poco más abajo un capitán de la Guardia Civil se insolentó con la multitud y, naturalmente, fue triturado a pesar de su pistola y su sable.

Así transcurrió la brillante y evocadora jornada del 14 de Abril.

Pezuño reía

—¡Yo soy funcionario del Estado y no tengo obligación de soportar *La Internacional!*

—Y lo mismo que usted, piensan muchos de los jefes en el Ministerio de Marina. Eso de estar de pie hora y tres cuartos, como ayer en la Castellana, soportando *La Internacional*, es demasiado. Porque nosotros tenemos que ser gubernamentales, republicanos; muy bien que toquen el «Himno de Riego» hasta hartarse, pero no hay motivo para que

toquen *La Internacional*. ¡Que la toquen cuando venga el Comunismo! ¡Todavía no ha venido!

—¿Qué le ha parecido el entierro?

—¿Qué quiere usted que le diga? ¡Muy bien por los chicos de Falange!

La conversación tenía lugar en un estanco céntrico de Madrid; nadie se había metido en nada, pero todos habían ido al entierro del guardia civil, muerto el día anterior; todos habían visto cuándo los chicos de Falange sacaron sus pistolas...

Mientras tanto, por la calle de la Reforma Agraria, por la calle de Alcalá bajaban funcionarios, abogados, militares de paisano, hombres de orden, con su vientre palpitante, pollos boquirrubios y barbilindos, y mercenarios bragados. Todos habían ido al entierro del guardia civil muerto el día anterior.

Allí estuvieron después del café y del coñac los Henestrosa, los Muguero, los Heredia, los Pidal, los de Federico... y tantos y tantos otros.

En la calle de Olózaga se destaparon los de Falange como una botella de «Champagne Pommery». Empezaron a cantar su himno y a disparar sus pistolas.

En la Castellana también hubo nutrido tiroteo, y un tranviario que se negó a levantar el brazo resultó muerto.

Allí los pollos se batían en el mismo sitio donde tantas veces se habían paseado. Por la calle de Alcalá subió la manifestación como la espuma de un licor agrio y fermentado.

Pandillas de jóvenes de 17 a 18 años, pistola ametralladora en mano, obligaban a levantar el brazo y dar vivas a Falange.

Los chóferes de las paradas de taxis, los albañiles, los tranviarios eran cogidos desprevenidos, encañonados e insultados.

Las gentes de orden estaban encantados; sus vientres rebotaban después de risa, contándolo.

En los cuartos de banderas, donde cambiaban impresiones los oficiales fascistas, esta experiencia sirvió de mucho.

Total, que hubo un centenar de muertos y heridos.

Que las autoridades se preguntaban ¿qué hacer?, aunque no con la misma profundidad que Lenin.

Que al día siguiente hubo huelga, sencillamente huelga, bajo un puñal que ya estaba afilado, bruñido y levantado sobre el corazón del pueblo.

Que finalmente el Gobierno publicó un Decreto del que se rieron con sus grandes bocas los borricos militares españoles.

—¡Ja, ja, ja! —reía el militar Pezuño—. ¡Sin embargo, silencio!

Hermosa idea

—*Besonderes in eine Stelle!* —decían los alemanes; y se sumergían en las piscinas, en los ríos, en el aire de las sierras españolas, como macizos productos filosóficos del Norte.

Unos eran representantes de cualquier casa S. A., otros arquitectos, otros perfumistas, otros tenían una tienda de material fotográfico, otros construían ascensores, otros daban clases y hacían propaganda fascista entre los jóvenes de la aristocracia, entontecidos. En Madrid había más de quince mil.

A los alemanes que no eran declaradamente fascistas les hacían la vida imposible, tenían que andar ocultos, huidos, y se hacían amigos de los españoles.

No podían ir al Club Alemán, no podían jugar al tenis, no podían ir a la piscina «El Lago», no podían ir al Puerto de Navacerrada en el Guadarrama.

Tenían que andar de una manera vergonzante y furtiva, hacer excursiones a sierras y llanos ignorados por el turismo.

A veces eran importunados, avergonzados y amenazados con diferentes pretextos: socorro de invierno..., etc., hasta en su propia casa, por la organización nacionalsocialista de Madrid, que trabajaba intensamente a la vista de las autoridades y de todo el que quisiera verla.

Hacía propaganda y conspiraba de acuerdo con el Consejo Nacional de Falange Española.

Casi podía decirse, durante toda esa época, que la Falange

Española era filial de aquélla.

Tenían secretas reuniones de células, en las cuales cambiaban impresiones dirigentes falangistas españoles con nacionalsocialistas alemanes.

Santiago López asistió a una de ellas. Era un joven culto; tocaba al piano obras de Ravel y de Frescobaldi, de Stravinsky y de Couperin, de Markievich y de Buxtehude; había ganado brillantemente unas oposiciones de asesor jurídico del Congreso; había sido de la F.U.E. y ahora estaba en Falange Española. No se sabía si era o no invertido.

—Nosotros no nos ponemos en contra de las izquierdas españolas, ¿comprendido?, sino solamente en contra de la *intromisión rusa* en España y del internacionalismo y el odio marxista; nuestra agitación tiene que ser hecha en este sentido.

Santiago López traducía estas palabras del alemán a sus compañeros fascistas españoles.

—Tenéis que comprender —seguía diciendo— que vosotros no podéis hablar como un joven tradicionalista o un joven católico. Esto es lo que por lo visto muchos no comprenden. Nada de decir que vais a defender la Religión y la propiedad; nada de decir que vais a defender a los rentistas. Vosotros vais a defender a España.

¡Arriba España! A todos por igual. A obreros y patronos. ¿Cómo? Ahí conviene dejar a cosa un poco vaga e insistir sobre el Imperio, el Estado corporativo..., etc. Así es como tenéis que organizar la propaganda... Y ahora vamos a la segunda parte. Hay que entrar en los sindicatos y partidos marxistas y anarquistas, a provocar y a espiar. Haced todo lo posible porque se planteen huelgas y surjan incidentes entre patronos y obreros, y que estos incidentes, a ser posible, se ventilen a tiros... A propósito; nuestros cuadros de acción tienen que estar bien activos; que no pase semana sin que se cometa un atentado de cierta resonancia; que en donde quiera que se encuentren, los falangistas se impongan, si no por sus razonamientos, por su valor y por sus pis-

tolas; que nunca os cojan desprevenidos. En una palabra, tenéis que imponeros por lo que aquí lamáis «chulería».

Santiago López había estado hasta ahora pocas veces en células con alemanes. Ahora iba casi todos los días, obligado no solamente por su cargo importante en Falange, sino como intérprete, por entender perfectamente el alemán.

El espectáculo le alegraba: por fin parecía que iba en serio lo de la solidaridad internacional del fascismo.

«Lo mismo que el Comunismo —se decía—. ¿Por qué no ha de poder hacer Alemania e Italia, por la era fascista, lo mismo que hace Rusia por el Comunismo?»

¿No es hermosa la idea de una unión de todos los europeos conscientes, para salvar la cultura occidental del peligro del bolchevismo asiático?».

Y su cabello ondulado cobijaba esta hermosa idea, lo mismo que allá en el Océano índico la concha de una madrepora a una brillante perla.

Y la Falange Española de las *Jons* seguía y seguía, terrible y ridícula, como los espasmos de un epiléptico.

Hábil y tenaz, criminal y cínica, espumante de frases patrióticas y alentada por los peores enemigos de España.

Hablando de la Castilla imperial y vendiéndola al angustioso imperialismo de Alemania e Italia.

Levantando una mano al sol español y atrayendo, con la otra, la garra de los banqueros de Milán y de los industriales del Rin, hasta ponerla sobre el corazón de su Patria.

Cuatro que veían

Miguel es un español alto, delgado, sobrio, elegante, correcto. En los tiempos de ilegalidad él llevaba todo el aparato de prensa clandestina del Partido.

Nadie jamás hubiese sospechado nada.

Nadie hubiese podido adivinar que bajo aquel aparente em-

pleado de Banco se ocultase tal fuego y tal disciplina española y renovadora; tal espíritu de sacrificio.

Enrique había sido cantero; había estado en Cuba; había luchado desde los quince años; había visto morir a sus hermanos; había pasado hambre; había combatido, pistola en mano, con los patronos; estaba deseando volver a combatir.

Gustavo había sido músico, lector, *snob*; había estado en París, en Alemania, en Inglaterra. Sin embargo, él decía que no había encontrado sentido a la vida hasta que entró en el Partido. Acababa de hacerlo.

Ramón era español y militar. Era hombre. Era serio. Era valiente. Tenía palabra de honor.

Primavera española

Madrid estaba en plena primavera. Florecían las verbenas y las huelgas; florecían los discursos, las frases como *portamentos* de violoncelos y las actitudes interesantes.

De vez en cuando un atentado de Falange o un acto de violencia, desordenado y contraproducente, mostraba la realidad a los pocos que querían verla.

En Alcalá de Henares ocurrió un hecho muy significativo. Los militares medio se sublevaron y fueron *delicadamente* trasladados a Palencia, donde la reacción los acogió con palmas.

Valladolid era el feudo de la Falange Española, como había sido durante mucho tiempo y era aún el de la cursilería, por lo que a sus clases acomodadas se refiere.

En su café principal, los hijos de los labradores ricos del Cerrato y de la Tierra de Campos silbaban todos los días, de tres a cuatro, el himno «Cara al sol», y procedían después, de taberna en taberna, entre las sonrisas de condescendencia de las autoridades, a provocar y asesinar, con sus pistolas automáticas, a los obreros más valientes, a los más luchadores.

Noche tras noche

Fernando Trillo estaba todas las noches de guardia en Madrid, con sus camaradas de barriada. En el local del Radio aprendía el uso de las armas.

Allí se marchaba, después de cenar, y permanecía hasta las seis de la mañana. Así llevaba meses y meses.

A veces salían por las calles a pasear y a tomar el fresco. Las noches eran ruidosas y alegres.

Los bares estaban abiertos y arrojaban torrentes de luz, de música y de ruido. Muchos compañeros, los mismos que en 1932 dijeron que eso del fascismo en España eran patrañas inventadas por los comunistas, no creían que hubiese sublevación militar ninguna.

—¡Ese gallego de Casares —decían— los tiene muy bien puestos! ¡Ya pueden andarse con *cuidao* los militares!

El Partido Comunista, el Partido Socialista y las Juventudes Socialistas Unificadas, y algunos contados grupos de otras organizaciones, se preocupaban desde hacía tiempo de organizarse militarmente. En este trabajo se distinguió Enrique Líster.

Fernando sabía muy bien a qué atenerse, tan bien que incluso podía permitirse el lujo de aconsejar a los demás.

—No están vencidos, ni siquiera debilitados —decía—. Se van a jugar el todo por el todo y nosotros también, tal vez antes de lo que esperamos.

¡Hay que estar bien preparados!
¡Hay que estar bien preparados!
¡Hay que estar bien preparados!

Latía por todas las esquinas, por todas las calles de Madrid, las noches de primavera, con viento, con estrellas, con luna, con lluvia, los *monos* desabrochados y las malas pistolas escondidas.

Fernando era, como tantos otros obreros madrileños, delgado y sereno.

El asfalto mojado brillaba a veces bajo los faroles y producía vértigo en los ojos de tanto mirarlo.

Iban y venían los borrachos. Llovía y llovía.

Fernando el metalúrgico, Julio el pintor, Lorenzo el albañil y decorador, se paseaban noche tras noche, y, como ecos, miles y miles de obreros de Madrid.

Era una vida nocturna, silenciosa, vigilante, inteligente. Era el verdadero Madrid que se preparaba a defenderse.

Por el día todo era ruido y facilidad.

Por las noches estaban los lobos sueltos. Velaban los Partidos y la Juventud. Conspiraba la Falange.

En los cuartos de banderas, los oficiales de guardia estaban más pensativos que de costumbre.

Bebían menos.

Se corrían de mano en mano comunicados y claves cifradas de la U. M. E. Las peores horas eran las del amanecer.

Por fin empezaban a volar halcones y golondrinas; el cielo estaba otra vez claro. Pasaba un tranvía repleto de obreros.

El peligro había pasado. A poco lucía el sol, los trajes claros de primavera y las banderas tricolores.

Esperando el amanecer

—¡Qué cara tienes! ¡Pareces un rojo!

El militar Pezuño jamás había oído tamaño insulto.

—¿Un rojo yo? —preguntó riendo.

Acababa de llegar de una pequeña excursión por Ávila y Segovia, en automóvil;

había estado con Eguinoa y Mentiluetta, dos banqueros amigos, y otros militares.

Habían recorrido la Sierra de Gredos; habían pernoctado en

el Parador; habían subido a caballo a la Laguna; habían vuelto por Segovia; habían visto las fortificaciones del Puerto del León, los sitios más a propósito para colocar las piezas de artillería en Gudillos, las pintorescas rocas, donde se podían colocar nidos de ametralladoras, y habían vuelto a Madrid, tostados por el sol, tonificados por el oxígeno, reservados y alegres.

Aquella noche cenaron bien. Pezuño era un gran técnico de la artillería, inteligente en cálculo, alegre y campechano. Saña, además, guardarse bien las cosas.

El único defecto que tenía era el nombre, pero tan aristocrático era que podía fácilmente perdonarse.

Daba continuamente golpes en la espalda a sus amigos con sus grandes manazas. En los arrabales de Madrid había tenido una discusión con un vendedor ambulante de verduras, a causa de una maniobra poco afortunada con el coche, y le derrotó completamente con sus dicharachos y sus graciosos y soeces desplantes.

Cenaban en Fuente la Reina y brindaban por Ubalina Martínez Egoyen, nombre chistosísimo, que Pezuño había intentado durante el viaje para designar a la Unión Militar Española.

Bebieron champaña desde el principio hasta el final de la cena. Sin embargo, Pezuño no se atrevió a saludar con el Brazo levantado a los señores Grápner, matrimonio alemán que había fundado una fábrica de productos químicos en España.

Después continuaron bebiendo, por diferentes *cabarets*, y, cuando al amanecer se retiraban, Pezuño dijo al amigo que llevaba en su coche, con su lengua torpe y señalándole el cielo, amaneciente:

-¡Esto es simbólico!

6

Verano y madurez

En Madrid se produjo un acontecimiento tremendo: acababa de ser muerto Calvo Sotelo.

La red de Falange se había cerrado.

Primero había sido un magistrado, luego un militar, varios estudiantes, policías y obreros.

Por último había sido un teniente de Asalto, el teniente Castillo, cuando salía tranquilamente de su casa.

Un hombre cetrino, chato, con los ojos relucientes como el vientre de las arañas negras, le esperaba, rodeado de otros e hicieron fuego sobre él.

Era el mes de julio, con calor asfixiante, y las ventanas del Ministerio de la Gobernación tenían que estar abiertas.

A horas de la misma noche moría Calvo Sotelo, y en las verbenas gritaba de júbilo la gente subida en los tiiovivos, y eso que la huelga de la Construcción había dificultado y retrasado su instalación.

Los cerditos del tiovivo sonreían y enseñaban los colmillos, moviendo la cabeza al compás de un órgano instalado en el centro.

Había este año como novedad en la verbena, una especie de viaje misterioso por una peseta. Las parejas de novios se subían en unos carricoches y se metían a gran velocidad por unas puertas oscuras, y en la oscuridad se aparecían ahorcados, ataúdes, lechuzas y mochuelos.

Después se salía otra vez a la luz del día o de la noche.

Sin poderse contener, Paco miraba a una chavala de su

barrio. Estaban en la verbena.

¿Le diría que sí o que no?

Era rubia sedosa, ojos azules, esbelta, no muy alta.

Él no sabía si estaba o no decidido a casarse, o simplemente si quería pasar el rato.

A ella le daba poco más o menos lo mismo y respiraba el aire fresco de la noche. Mateo, Manolo y Perico iban también por la verbena, despreocupados y pitadores, y Nieves, Esperanza y Eloísa, y miles y miles como ellos y como ellas.

Era una noria el ir y venir de la gente, como en una rueda.

Ojos azules, verdes, pardos y negros pasaban, y trajes morados, carmesí, amarillos y rojos.

Pasaban también oleadas de voces y de risas. Fuentes de carcajadas de todas formas y colores.

Apenas si el humo se veía entre los focos de acetileno y las lámparas de centenares de bujías.

Apenas si se podía respirar, dado el ruido de los gramófonos eléctricos y de los tremendos altavoces.

Estaban muy de moda en Madrid canciones seudogitanas. Estaban muy de moda palabras como *repanocha...*, etc.

En verano parece que las estaciones de los trenes son sonoras y luminosas; parece que los montes están más cerca, que las discusiones literarias son más cordiales que mientras se toma café helado no puede ocurrir nada, que la fiebre del amor se desata libre en los jardines y paseos públicos.

Parece que el verano es un lagarto al sol, que invita a dormir.

Parece que el verano es un sifón azul y corriente, que invita a beber y burbujear. Parece que el verano es una novia que se tenga, libre y feliz.

Y, sin embargo, al día siguiente hubo su entierro. El entierro de Calvo Sotelo, decimos.

Allí se liaron los guardias de Asalto, indignados, con los señoritos fascistas. Una vieja lo decía:

—¡Esto no puede quedar así; tiene que armarse de una vez *la gorda!* ¡Sea el que sea y venga el que venga!

* * *

Madrid, Madrid, a estas horas te canto,

a estas horas te digo:

Eres alegre, espumante, voceador y atrevido.

Eres grande y algo loco; das sensación como de sedas.

Estás colocado en un terreno firme y elevado, embutido
de sonoras bocinas.

Tus Metros corren por debajo como grandes serpientes.

Tus tranvías amarillos mugen como alegres y luminosos
bisontes.

Tus parques eran nidos de amor.

No conocías la religión y sí la religiosidad.

No conocías el dolor y sí las molestias de la

desorganización y de la incultura.

Madrid: tú te dejabas llevar por tus pasiones hacia toda

Castilla, hacia toda España.

Madrid: tú eras elegante y bienhechor.

Ibas a la guerra con los zapatos limpios.

En los bares se bebía cerveza y más cerveza.

El miércoles el cielo estaba ligeramente nublado de bo-
chorno.

El jueves volvió a estar despejado y apretó el calor salvaje-
mente. A eso de las tres de la tarde ligeras nubecillas apa-
recieron en el horizonte sur de Madrid.

Pedro Calderas las veía desde el sillón donde estaba medio adormilado.

—Esto de Calvo Sotelo no quedará sin venganza —decía.

Lo mismo dijo ese día en el Congreso una armoniosa y parlante pera llamada Gil Robles.

Henestrosa se revolcaba, pálido, extenuado, en la *chaise longue* donde en verano procuraba dormir la siesta.

En sus manos, sudorosas y verdes, estrujaba folletos clandestinos de Falange. Doña Purificación, doña Presentación y doña Fernanda, sin agua y sin ascensor, iban y venían de un lado a otro de sus respectivas casas, envueltas en bochorno y en sudor, y repitiendo nerviosamente entre dientes:

—¡Canallas! Y ahora lo de Calvo Sotelo.

Los Gonzalo de Córdoba, los Muguiro, los Sáez de Heredia trabajaban en la Falange, tenían Madrid policialmente estudiado en la orden que se les daba de estar de guardia permanente y a disposición del Mando.

Pezuño, más serio y preocupado que nunca, desapareció misteriosamente.

Y los industriales, comerciantes y profesores alemanes cerraban sus maletas. Ya lo tenían todo preparado.

La mayoría de la gente no sospechaba nada. Velaba la Falange.

Velaban los Partidos y la Juventud.

Los horizontes de Madrid

Los horizontes de Madrid están así como rodeados de conos morados, de ráfagas plumizas y amarillas, que se distinguen entre las hileras de casas altas y desgarradas, y que han sido aprovechados por todos los buenos pintores que los han visto.

Estos horizontes de Madrid han producido lo mejor de ella, desde Góngora, Velázquez y Goya hasta Antonio Machado.

Han producido también centenares de caravanas de obreros jóvenes que a ellos iban todos los domingos.

Madrid era una ciudad alegre, deportiva y aireada.

Madrid no era una pesadumbre de piedra, sino una ligereza de vidrio.

Madrid está situada en medio de una falsa llanura, cuyas ondulaciones parece que se la van a comer.

Los horizontes de Madrid tiran de la ciudad entera, incluso de los ojos y del espíritu de sus habitantes, de su juventud heroica y de sus poetas.

Por ellos amanece el día 17 de julio de 1936.

SEGUNDA PARTE

Termina en el cuartel de Francos Rodríguez

1

Silencio

Y un espantoso silencio se produjo de pronto en Madrid.

Fue la tarde de un viernes y mientras el sol corría furiosamente a su ocaso. Mientras la gente salía a la puerta de los bares, y mientras los cines vomitaban público.

Mientras se voceaban los periódicos de la noche, tachados por la censura, y se encendían los focos eléctricos de la población.

Mientras en las tabernas y restaurantes se servían las primeras cenas. Mientras se despedían hasta el día siguiente los amigos y los novios.

Una para muchos débil noticia, bajaba sobre Madrid como una nube de verano.

En los oídos sudorosos, en los oídos limpios, en los oídos sucios, en los oídos empolvados se murmuraba:

«Se ha sublevado el Tercio en Marruecos».

La gente se miraba a los ojos y los encontraba más inexpressivos que nunca. La gente salía de los cines de verano y pensaba volver por la noche.

La gente salía de los bares, de tomar cerveza, y pensaba volver a tomar más cerveza.

La gente se encontraba con sus amigos, con sus conocidos, y pensaba volver a verlos al día siguiente.

La gente tenía proyectada una excursión para el domingo, y pensaba llevarla a cabo.

La gente pensaba seguir con su negocio, seguir charlando anárquicamente de política, y pensaba vivir tranquilamente y no meterse en nada.

La Gran Vía, la calle de Alcalá, a esta hora del viernes, 17 de julio, iban como dos grandes corrientes inertes a cumplir su destino, a acabar en la nada.

Era cierto que se había sublevado el Tercio en Marruecos. Era posible.

Era cierto que estaba ya *esto*. Era cierto que había estallado ya el odio español. Ya ha empezado *esto*, ya ha venido *esto*.

¡Ya está aquí *esto*!

No se engañaba el Hombre cuando decía que la revolución no puede hacerse sin sangre.

Ya estaba ahí la sangre, en el cielo, en el aire, en los tejados, en las fachadas, en la calle.

En ese señor gordo, en esa prostituta, en ese reloj.

A estas horas, ya en Marruecos está corriendo la sangre del pueblo. Es completamente cierto.

«Se ha sublevado el Tercio en Marruecos», crujían los ascensores por la espina dorsal de las casas.

«Se ha sublevado el Tercio en Marruecos» se decía al sentarse a la mesa.

«Se ha sublevado el Tercio en Marruecos», se decía al pedir café, al encender un cigarro, al beberse una copa de coñac, al pedir un helado.

Al coger un tranvía, al sacar calderilla del bolsillo, al cruzar la calle, al atarse los zapatos, al pasar junto a las mujeres, al oír las bocinas de los automóviles: «Se ha sublevado el Tercio en Marruecos».

Y se suspiraba y se miraba a las alturas con ojos turbios y pequeños, o se miraba de frente con ojos enérgicos y decididos.

Grupos de reaccionarios andaban por la calle solemnemente; otros entraban en los cafés a observar; otros, por último, se desternillaban en su casa, de alegría nerviosa, de risa sarcástica.

—¡Ya está aquí! ¡Ya está aquí! —decían—. ¡Vivan los machos, los muy machos! Y separaban las sillas de las mesas para sentarse a comer la alegre sopa de la esperanza, la alegre esperanza de tener en breve completamente seguro su dinero.

Pero esto es cierto; también es cierto que había otra gente que hinchó sus pulmones venteando el aire del heroísmo.

También era cierto que había gente cuyos labios se apretaron sobre sus dientes de rabia, cuyas mandíbulas se contrajeron sobre sus cuellos desnudos, sobre sus manos azules.

También era cierto que miles de puños se abrieron buscando armas.

El crepúsculo fue largo ese día, el último de un Madrid que desaparecía para siempre.

¡Saliva aún!

En algunos cafés se pronunciaban las parloterías palabras de siempre.

La baba y el sentimentalismo pequeñoburgués tenían allí su expresión más concreta.

La saliva que se arrojaba al hablar sería capaz de llenar estanques.

Los generales de las diferentes Divisiones han vuelto a confirmar su adhesión

inquebrantable al Gobierno. Han vuelto a dar su palabra de honor. Dos o tres días, una semana, a lo más, y todo está terminado.

—No creo que tengan ninguna queja del trato que se les ha dado. Otros exclamaron:

—Ya sólo nos faltaba esto.

Esto, además, era la revolución, que se la darían hecha.

Alcantarillas especiales para la sangre

Un automóvil blindado subió aquella noche por la calle de Alcalá. Produjo el efecto de una corriente eléctrica.

Las malas conciencias se revolvieron en los cafés elegantes, con verdadero miedo.

Allí estaban la querida del marqués del Valle, la concubina del militar Pezuño, la meretriz especial de Paquito Gonzalo de Córdoba.

Allí estaba también nuestro antiguo amigo Muguiro, que no se había decidido a ir al cine y estaba haciendo tiempo para ir al jardín de Abascal.

El automóvil blindado era del Gobierno y produjo verdadero temor.

Era como recordarles la necesaria carroza de la violencia, en el carnaval de sus ambiciones y vanidades, políticas y económicas, de clase.

Ellos preferían aplastar el movimiento obrero; pero, a ser posible, sin tiros, sin automóviles blindados y sin ruidos molestos.

Ellos preferían que corriese silenciosamente la sangre, a ser posible, sólo por las alcantarillas ya existentes, o por otras especiales que se construyeran al efecto.

Pero que corriese sangre. No había más remedio.

Del momento

Toda la noche se la pasó Federico en el balcón de su casa.

Allá, a lo lejos, se veían las luces de Getafe, del Campamento, de Cuatro Vientos. Esperaba oír de un momento a otro un cañonazo.

Cuando llegó a su casa, dijo:

—Bueno, los militares ya se han decidido a sublevarse. Veremos qué sucede. Pero aquella noche no pasaba nada.

Pitaban en la verbena todavía los tiovivos; escandalizaban los altavoces, llenos de coplas flamencas; atronaban como morterazos los yunques verbeneros, donde forzudos vanidosos daban golpes de maza, haciendo subir por un poste un lacito rojo.

Decididamente, aquella noche del 18 no pasaba nada y *todo* el *mundo* pensaba en divertirse o en dormir, en apariencia por lo menos.

Federico era aficionado a la violencia y a la fuerza. En su balcón se decía:

—Estos pronunciamientos tienen que ser simultáneos, si no fracasan desde el principio. En Madrid ya debía haber sucedido algo.

Y tranquilo, a la madrugada se fue a dormir, murmurando frases sobre la bestialidad de los reaccionarios españoles.

Él también había leído algo en este sentido.

Martínez, el joven obrero sin trabajo, estaba reunido en el barrio de Usera, con sus vecinos y camaradas. Había despertado, como de un sueño, de la pesadilla de inactividad de toda su vida.

Ahora sí que estaba dispuesto a ir a Madrid.

Ahora sí que estaba dispuesto a comenzar la vida.

Matas, el pobre y desgraciado opositor católico, dudaba, dudaba más que nunca. La doctrina cristiana condenaba la violencia, ordenaba el acatamiento a los poderes constituidos, aun cuando éstos procediesen en contra de los intereses de la Iglesia.

El calor era sofocante, su habitación pequeña, su mesa cubierta de papeles y temas de legislación hipotecaria.

En la mesilla de noche tenía un gran vaso de agua fresca de Madrid. En su pueblo el agua era gorda, espesa y salada.

Mientras, pensaba que toda la verdadera doctrina religiosa debe ser limpia y clara, como el agua pura del Guadarrama.

Ya era sábado

Ya era sábado.

Todavía verbenas, teatros y huelgas.

Todavía se proyectaban excursiones para el domingo siguiente.

Al principio se decía que el movimiento no había tenido repercusión en la Península.

Ahora ya se decía Falencia. Ahora ya se decía Valladolid. Ahora ya se decía Burgos. Ahora ya se decía León. Ahora ya se decía Sevilla.

De los demás sitios no se sabía nada.

Todavía estaba la radio tímidamente callada.

Todavía se babeaba de sorpresa. Era natural que los que siempre habían estado en el limbo vacilasen al pisar por primera vez tierra firme.

La burguesía de Madrid no sabía nada fijamente. Los ojos le habían crecido de asombro.

—¿Muy grave?

—Demasiado grande para ser grave. Toda España.

—Entonces...

—¡Ni siquiera habrá guerra civil! ¿Para qué? ¡No les queda forma ni posibilidad de luchar!

El estudiante Marcelo no se había corregido. Experimentó la sensación de un vértigo. Iba de café en café, inquiriendo noticias.

A cada nueva noticia que recibía experimentaba la sensación de que el suelo de su optimismo de paja se abría a sus pies; que iba a caer; que no tenía dónde agarrarse.

Sus grandes y mansos ojos estaban fijos, sus pequeño vientre oscilaba, su cuello tostado relucía de sudor, sus zapatos cuadrados taconeaban por el asfalto de las calles, medio derretido por el sol.

«¡Aquí de la elegante sofresine!», pensaba.

Don José Corcuera, alto funcionario de Correos, sonreía con blanda y bonachona sonrisa.

—¡Es que no podía ser! ¡Estaban ya muy hartos! ¡Bastante ha aguantado el Ejército!

El estudiante Marcelo le miraba de hito en hito y pestañeaba.

Miraba las burbujas de la caña de cerveza; miraba el plato de almejas vacío; miraba las filas de botellas en los estantes; miraba sus zapatos ingleses, apoyados en la barra dorada del bar; su chaqueta impecable, gris, con trabilla, de anchos hombros; su camisa azul; su corbata azul marino, con lunares blancos.

Por todas las calles burguesas de Madrid era lo mismo. La tranquilidad era absoluta, como nunca había sido.

El sol de julio daba en las calles desiertas, en las aceras limpias, en los escaparates abandonados.

—Todas las provincias están en poder de los militares, y una vez que dejen el orden establecido marcharán sobre Madrid.

El estudiante Marcelo se figuraba las llanuras de Castilla la Vieja, amarillas de sol, por donde ejércitos de asesinos corrían hacia Madrid.

Un nudo se le formó en la garganta.

—A pesar de todo, la República vencerá —dijo—. Y usted procure variar de tono cuando hable de esos generales que tan cruelmente han burlado la buena fe del Gobierno.

El viejo y corrompido empleado de Correos le miró cínicamente.

-Yo no me meto en nada. Será lo que usted dice. Suceda lo que suceda, yo tengo mucho calor. Me voy a dormir la siesta. Y se fue, guiñando un ojo, mordaz, con marcada impertinencia.

iArmas! iiArmas!! iiiArmas!!!

Hoy, tarde del 18 de julio, queremos abrir una ventana clara. En los barrios obreros comenzó la efervescencia; comenzó el heroísmo. La sangre española va a hacerse oír.

Cuando todo eran dudas y vacilaciones apareció la solución, allá, por los barrios extremos. Cuatro Caminos, Ventas, Puente de Vallecas.

De la periferia de Madrid salió una voz, una gran voz atornadora, que recorrió la ciudad, y a poco se hizo gigantesca, imperiosa, irresistible.

Era la voz de los obreros, *que también existían en Madrid*, la voz de las fábricas, de los tranvías, del Metro, de las obras, de las estaciones, de las imprentas, de los garajes, de los talleres. Era la voz que pedía *¡armas! ¡¡armas!! ¡¡¡armas!!!*

El ministro de la Gobernación hablaba por radio. El ministro de la Guerra dictaba órdenes.

Los subsecretarios corrían por los ministerios, y corrían los directores generales, los ujieres y los porteros.

Pálidos y nerviosos, los empleados dirigían miradas rápidas. La burocracia venal estaba recostada y silenciosa.

Sólo se oía, firme y segura, la voz de los obreros que pedían *¡armas! ¡¡armas!! ¡¡¡armas!!!*

Y el Gobernador vacilaba y el Ministro dudaba.

De las Ventas, de Cuatro Caminos, de los Carabancheles y del Puente de Vallecas, cuatro ríos proletarios venían a desembocar en la Puerta del Sol. Sus olas solamente murmuraban o rugían esto: *¡armas! ¡¡armas!! ¡¡¡armas!!!*

A pie, en tranvía, debajo de tierra: *jarmas! ¡jarmas!! ¡¡jarmas!!!*

Mientras tanto la radio decía las mentiras oficiosas, propias del caso, y algunas iglesias ardían loca e inútilmente.

Pero en Madrid había aparecido un elemento nuevo, con una fuerza y decisión desconocida hasta ahora por el gran público oficial de republicanos pequeñoburgueses: la clase obrera.

Su espíritu subió de las calles por las casas, por los palacios, por los ministerios.

Volteó las fachadas y las pupilas, remangó camisas, descubrió brazos, arrugó cuellos duros.

La Puerta del Sol vacilaba. La acera del ministerio de Gobernación temblaba bajo el peso de las alpargatas heroicas, que pedían: *jarmas! ¡jarmas!! ¡¡jarmas!!!*

Por fin el Gobierno tuvo que darse por enterado: la radio habló, en el sentido de que los obreros «no salieran al campo y se aprestasen a luchar».

Y los obreros no salieron al campo y fueron a los sindicatos y buscaron armas, y buscaron piedras, y esperaron. Desde la misma Puerta del Sol pararon de golpe la formación del Gobierno del miedo.

En la busca del toro

Corriendo, recorriendo, vigilando, repartiendo pistolas, incautándose de automóviles, deteniendo a los *pacos*, Martínez organizaba rápidamente la defensa.

Por lo demás, la Juventud estaba serena y libre, *en su propia salsa*, no le cogían los acontecimientos de sorpresa.

Con escopetas, con pistolas, con palos o con piedras, disciplinadas y heroicas las M. A. O. C., a las que se habían

añadido muchos obreros, estaban distribuidos por los barrios.

Así se pasaron el domingo, *sin ir al campo*, muchos obreros: pistola o escopeta al brazo.

Ya por la tarde empezó a murmurarse que el cuartel de la Montaña estaba cerrado y lleno de fascistas, como un divieso maligno sin reventar.

Muchos bajaron por la Gran Vía.

Con voces ya cansadas y roncadas, pedían *¡armas! ¡¡armas!! ¡¡¡armas!!!*

Llegaron a la plaza de España: no les dejaron pasar. El cuartel de la Montaña estaba cerrado, severo y silencioso. Las murallas grises, las ventanas negras. No se veía a nadie.

De las chimeneas de las casas salía un humo blanquecino. Sobre la estación del Norte flotaba un humo lechoso, que se convertía en niebla polvorienta sobre el río. El Guadarrama, a lo lejos, aparecía negro; rodeado de nubes rojas y amenazador.

Noche

Toda la noche estuvo poblada de ruidos, de tiros sueltos, de puños, de ¡altos! Toda la noche estuvo llena de sombras, de estrellas, de volar de aviones.

Era una noche de insomnio o de conciencia tranquila, por estar cumpliendo un deber.

El sueño era agitado, la respiración entrecortada, el amor de las alcobas interrumpido para correr a la ventana.

El Madrid blando, el Madrid frívolo y cómodo, dormía esta noche con un enorme ojo abierto, a ver qué pasaba; un ojo pestañeante y lleno de vacilaciones, dilatado, tembloroso de nerviosidad.

Por las calles el Madrid duro velaba. De las sombras de la

noche salían voces jóvenes, brazos acostumbrados a la calma y a las disciplinas de las noches en vela.

Alternando con el ruido de los aviones no se sabía si, sublevados o no, sonaban disparos sueltos, a modo de chicharras y mochuelos.

Antes de empezar

Madrid, Madrid, a estas horas escribo, a estas horas te canto: A esta calma, a esta inquietud.

Cuando aún tenías los chacales dentro. Cuando ya tenías los chacales fuera.

Cuando todas tus bocas vomitaban preguntas, cuando toda tu cabeza temblaba. Cuando te tambaleabas ante España sublevada.

Cuando te agarrabas con mano vacilante a tu clase obrera.

Cuando mirabas a los cuatro puntos cardinales, como un toro potente acosado por perros.

Cuando estabas todavía desarmado, fofo, rojo, de color como el cobre, triste y sereno, como el eucalipto.

Sedas de Madrid, sonrisas de Madrid, asfaltos verdes, acacias y teatros: ha terminado vuestro imperio.

Ahora viene el hierro, el fuego, los dientes apretados y los hombres cojonudos.

¡Qué se quemem las verbenas como nubes de acetileno!

¡Qué se resuelvan las huelgas en brigadas de choque!

¡Qué se sequen los bares como viejas decrépitas!

¿Qué te ha sucedido, Madrid?

¡Vas a luchar!

¡Vas a la guerra, cosa que tú desconocías, aunque recordabas; cosa que tú presentías!

3

Primera lucha

Al alba del lunes 20 de julio, el Madrid que dormía se despertó sobresaltado. Federico se puso en pie de un salto. Era ya. Era un cañonazo.

Muchos reaccionarios dieron media vuelta, sonriendo entre sábanas y murmurando, medio dormidos:

—¡Ya están aquí los nuestros!

Federico se vestía a todo correr. El tiempo se le escapaba.

Se ataba los zapatos rápidamente, se remetía la camisa, se lavaba los dientes. Había tranvías que corrían por las calles desiertas.

Allá, por el Oeste, seguía oyéndose el cañón, entre el ruido horrible de un avión pesado —¿de quién?— lanzando bombas y el fuego graneado de fusilería.

Federico respiraba con entusiasmo el aire de la mañana, aunque algo le temblaban los pulsos. Por eso le gustaba el Comunismo, porque era violento, luchador y agresivo.

El tranvía le dejó en la plaza de San Bernardo, donde ya había mucha gente estacionada, y de allí bajó corriendo.

Emparejó con un grupo, en el que iba un obrero, un asturiano, que ya se había proporcionado un fusil y llevaba varios cartuchos de dinamita al cinto. Los demás le miraban con admiración.

Desembocaron en la plaza de España y se tumbaron rápidamente en el suelo, detrás de unas losas levantadas. Tu vieron suerte.

Las ráfagas de ametralladora se clavaban en la pared.

Federico no había oído nunca el silbido de las balas y tenía la garganta seca, la voz temblorosa. Ya no era tan partidario de la violencia ni se preocupaba de tomar ante ella una actitud elegante.

«¡Para qué esta cosa tan terrible!», pensaba.

En la plaza había dos cañones que hacían temblar los edificios y rompieron todos los cristales.

Su voz era profunda, horripilante; *estremecía las mismas entrañas*. Y eso que disparaban a favor nuestro.

Grupos de combatientes estaban estratégicamente colocados detrás de los setos de los jardines, detrás de los bancos, detrás de los árboles.

Muchos no disparaban ya con el fusil, no tenían municiones. Federico temblaba El obrero asturiano estaba rojo de cólera y de decisión:

—¡Esos hijos de puta —decía— ahora verán!

Se encogió, se arrastró, tranquilo y rápido por entre las ráfagas de balas, dirigiéndose a las primeras avanzadas.

Cruzó el borde de la acera, el encintado; volvió a salir a la otra acera. Su gesto fue tan hermoso que varios le siguieron.

De pronto sucedió una cosa horrible, que acabó con el ánimo de Federico.

Allí en medio se produjo un estampido seco, como un borrón de fuego. Varios de los que avanzaban se retorcían ahora de dolor, salpicando de sangre el pie de una farola del tranvía.

Había sido —luego se lo figuró Federico— un mortero.

Herido o no, el obrero asturiano seguía avanzando, imperturbable, hasta perderse en la región de los hombres.

En breve la explosión de los cartuchos de dinamita vino a unirse a otras. El ruido de los aviones era, como nunca, conversación pastosa y pesada. De todos los barrios populares había acudido gente y seguía acudiendo.

Toda la sangre sana de Madrid se levantaba y se concentraba en este sitio enconado. Los tranvías hacían recorridos especiales para traer más gente.

La luz del sol alargó, primero, las figuras; ahora las achicaba contra el suelo, de calor.

El miedo seguía y seguía.

Desde las azoteas y balcones los vecinos de Madrid miraban.

Allá por el Oeste se veía perfectamente un avión, varias columnas de humo, y se percibía atronador el ruido del combate.

Ni los más viejos recordaban una cosa parecida.

Un hombre de bigote negro miraba, en pijama, desde una azotea. Era un fascista que todavía sonreía, que sonreía más que nunca.

Un poco más lejano se percibía el vago rumor de la batalla que a aquellas horas se estaba librando en el Campamento.

Los aviones iban y venían, describiendo ochos.

Una portera, una verdulera, una traperera miraban al Oeste, la mano puesta en los ojos:

—¡Vamos, lo que nos han traído los tíos esos!

Una mujer lloraba, silenciosamente, apoyada en un árbol. Tenía allí a un hijo. Eran inútiles los esfuerzos que hacían para retirarla.

Otro grupo de mujeres, de criadas, de porteras y tenderas, no podían contener su excitación. Exteriorizaban, violentamente, el odio contra los que habían traído eso.

Los hombres iban de un lado a otro, nerviosos y cabizbajos.

En realidad, los tiros resultaban desagradables con aquel calor, con aquella mañana. Parecía criminal haber recurrido a semejante procedimiento.

Doña Fernanda estaba en la cama todavía. Los brazos, sonrosados, extendidos; extendidos los provocativos libros de

misa en la mesilla de noche; los últimos diarios reaccionarios en el suelo.

Sus ojos brillaban como dos luces de acetileno. Desde las cinco de la mañana estaba despierta.

Por décima vez entró la criada, llorosa.

—Señora, que ahora suena mucho...

—Vamos, eso no te importa a ti; tráeme el desayuno como siempre y los periódicos.

—Los periódicos de hoy no han salido.

—Entonces, en seguida el desayuno, y ten tranquilidad. Esto tenía que suceder. Y sus ojos siguieron brillantes y fijos en el techo.

El «manías»

La lucha iba ya haciéndose pesada.

El «Manías» era un muchacho contrahecho, de ojos vivos, luchador antiguo en las avanzadillas de la Juventud, en la venta de periódicos, en las manifestaciones, en los sabotajes.

Sin fusil, había estado asistiendo a toda la lucha desde uno de los puestos más avanzados.

A veces le permitía su vecino disparar algún tiro.

Tres vueltas seguidas dio el «Douglas» por encima del cuartel de la Montaña, y en cada una de ellas arrojó una bomba.

Una no estalló, otra cayó fuera y mató a varios muchachos, otra dio en medio de una nave. Al aire saltaron las tejas y los trozos de viga.

Un humo amarillo lo envolvía todo.

Uno de los cañones de la plaza estaba averiado y ya no disparaba; el otro había conseguido abrir una brecha. El muro batido soltaba polvo, como una manta de lana sacudida.

Federico estaba ya un poco más tranquilo.

Manteniéndose bien oculto no hay peligro. Los obreros que estaban con él daban voces de entusiasmo:

—¡Así se da! —decían a cada cañonazo.

Por los terraplenes de Rosales también reptaba gente hacia arriba.

Primera vez

¡Lucha primera, lucha primera, que encendiste a Madrid!

¡Sangre primera, sangre primera que fuiste el bautizo de la nueva época! Primeros bombardeos, primeros heridos, primeros muertos.

Primera vez en que el dedo tembloroso acariciaba el gatillo, en que las culatas se apretaban al hombro, en que se cruzaban miradas de odio a través de miras de acero.

Primera vez que en los fusiles hacían carne, en que la metralla mordía, en que las piedras volaban.

Primera vez en que los árboles se desgajaban, en que resonaban los ayes de los heridos y los gritos de la victoria.

En el Madrid, tan alegre, tan tranquilo, tan trasnochador. El pueblo de España os acusó, disparos primeros.

Fuisteis como un aldabonazo en la puerta de una caverna profunda, llena de resonancias.

Fin de tormenta

El general Fanjul, sublevado en el Cuartel, era uno de esos pobres señores que a sí mismos se han dado en llamar de orden.

Los párpados de sus ojos estaban casi siempre hinchados, como cuatro labios de negro. Su barbita era recatada y puntiaguda, como la de un sátiro, como la de un donjuán de los bosques.

Era correcto hasta donde su corta inteligencia se lo permitía. Fue a la sublevación como la mayoría de los generales traidores, llevado más que nada por su brutalidad medieval típica, tan cómica y tan trágica en pleno siglo XX. No podía sospechar lo que había detrás de ella.

Encerrado en el cuartel de la Montaña, se quedó como ciego y sordo. Sus ojos se hincharon aún más, su barba tembló y sus carrillos parecían bocinas para proyectar a distancia sonoras y huecas voces de mando.

Sólo unas horas antes había jurado por su honor fidelidad al Gobierno. Ahora, con la misma tranquilidad con que los señores feudales ejercían el derecho de pernada, le había hecho traición, a él y a los soldados que estaban bajo sus órdenes.

Estos *enchufistas* del Gobierno no merecían ni la menor consideración. ¿Quiénes eran ellos para oponerse a una generalada en la que pensaba encontrarse con todos sus amigos?

En cuanto a sus pobres muchachos uniformados, sólo podía decir que tendrían el honor de hacer lo que se les mandase.

Durante varias noches habían estado entrando falangistas disfrazados de oficiales. Falsos uniformes de complemento, que se guardaban en los armarios, fueron sacados como el disfraz más a propósito para traicionar a España.

En el interior del Cuartel el desconcierto era enorme. Los soldados se habían dado cuenta de la verdadera significación de la lucha, y empezaban a desertar o a negarse a disparar.

A fuerza de amenazar, por parte de los oficiales y de falangistas situados en las ventanas, podían ser contenidos. El que trataba de saltar las tapias, para escapar, era acribillado a tiros. Lo mismo el que trataba de retroceder.

Varios falangistas habían enloquecido. La sangre azul de otros se resolvía en espectaculares ataques de epilepsia. Los *lumpen* y pistoleros de Falange pensaban que por cinco

duros diarios era demasiado pedir.

—¡Arriba España! ¡Arriba España! —gritaba, nerviosamente, un oficial tendido en una cama, mientras hundía en su brazo la aguja para una inyección de morfina. El alcohol no era ya suficiente.

Por fin asomó la bandera blanca. Ahí estaba la rendición. Eso creían muchos, entre ellos el «Manías», pero no era así. Era una nueva táctica para «defender la Religión» y las «tradiciones españolas».

Los que se confiaron en ellas fueron recibidos a tiros, disparados a traición y a boca de jarro.

El «Manías» y otros muchachos murieron de esta manera.

Vuelta otra vez a empezar la lucha. Hasta que el ciego y sordo Fanjul fue sacado y conducido entre guardias de Asalto al ministerio de la Gobernación.

Los del Campamento duraron poco más y los del Prado, después de fracasar, se marcharon a internarse en la sierra, como una nube de tormenta, o como una serpiente redonda que se va.

Madrid por el pueblo

¡Lucha primera, lucha primera que encendiste a Madrid!

¡Sangre primera, sangre primera que fuiste el bautizo de la nueva época!

Primera vez en que se cruzaban miradas de odio a través de miras de acero; en que dedos manchados de grasa de máquinas acariciaban gatillos, en que las culatas de los fusiles se apretaban a hombros cubiertos de *monos* azules o de blusas de albañiles.

Primera vez en que los fusiles hacían carne, en que la metralla mordía, en que las piedras volaban.

Primera vez en que los árboles se desgajaban, en que resonaban los ayes de los heridos y los gritos de victoria.

Madrid por el pueblo. Madrid por el optimismo. Madrid por la alegría.

Federico, Martínez y el minero de Asturias, llamado Maximiliano, subían por la calle de Leganitos, portadores de fusiles, de cascos de hierro y correajes militares.

Subían roncós y morenos de alegría; mirando a los balcones y cantando.

La cosa ya estaba acabada, aunque se decía que lo de provincias seguía mal. Madrid se había salvado. Era cosa de comprar unas cuantas armas a Francia, nuestro país hermano, regido también por un gobierno de Frente Popular, como el nuestro, y sólo los madrileños se comprometían a acabar con todos los focos facciosos de España en ocho días.

De vez en cuando sonaban algunos tiros por Madrid, que tenían la alegría de taponazos de botellas.

Entraron en un bar de la calle de San Bernardo a mojar sus labios sudorosos en cerveza, en vino, en aguardiente.

La guerra era hermosa, y más sintiéndola de fondo.

Ahora en Madrid se podía saludar libremente a los camaradas; alzar al cielo los puños con libertad; respirar ancho y sosegadamente.

Una cosa sucia y torva se había reventado.

En Madrid quedaba sólo el pueblo, lanzado en medio de la calle, mirando a los cuatro puntos cardinales, sin armas, con las manos en los bolsillos: el Madrid tan alegre, tan tranquilo, tan trasnochador.

¡Fue como un aldabonazo en la puerta de una caverna profunda, llena de resonancias!

4

Lava de Madrid

Madrid se derramó como un volcán.

La lava roja había subido del subsuelo y se esparcía por los campos.

La lava contenida de siglos, deseosa de sol, de participar en la vida y en la muerte, de abrasar, de quemar todo lo perdido.

Roja, inocente y terrible.

A la puerta de todos los sindicatos, de todos los partidos de Frente Popular había colas de centenares de hombres.

Camiones y camiones salían de Madrid como espuma de mar, como claveles rojos, frescos y alegres.

Tomaron Alcalá y Guadalajara, esparcieron el optimismo de Madrid por las carreteras y los campos.

En Madrid se habían formado cinco batallones. El quinto correspondía a los milicianos de las barriadas norte de Madrid, casi en su totalidad procedentes de las M. A. O. C. En las barriadas este y sur se organizaban batallones de la juventud.

En la calle de Francos Rodríguez había un gran local, antigua escuela de los frailes salesianos. Es un enorme solar de arenas amarillas, donde hay una iglesia de ladrillo rojo y tres edificaciones, también de ladrillo, destinadas a escuela y a vivienda de los frailes. El todo estaba rodeado de una tapia agria y roja.

Allí podían hacer la instrucción y aprender el manejo de las armas los guerreros de los *monos azules*.

El pueblo vio brillar el primer albor del Ejército Popular de España y se propuso sacar, del solar destartado, lo que no había hasta entonces: grupos de hombres, encuadrados en compañías disciplinadas, férreas y conscientes, que se enfrentasen eficazmente con las disciplinadas e inconscientes compañías fascistas.

Este verano se había despertado en Madrid una gran sed; no de horchata ni de cerveza: de armas.

—No hay más fusiles, camaradas.

—¡Toda la noche esperando para esto!

Era imposible resistir el estar sin hacer nada.

Unos exclamaban:

—¡Vámonos a Alcalá, a Guadalajara, a Zaragoza! Otros:

—¡Vamos a Toledo, a Somosierra, a Guadarrama! Allá, a lo lejos, se elevaban los montes amenazadores.

«Siempre a la mala manera, la sierra y la altura...».

Detrás de ella una caravana de automóviles se entraba por las primeras sombras de los pinares de San Rafael.

Venía de Castilla, seca, árida, pobre, ignorante, que había sido engañada a los gritos de «arriba España, muera el Comunismo, viva Franco».

La caravana venía llena de guardias civiles, falangistas y requetés, que a todos obligaban a saludar a la italiana.

Poco después se les unieron los cadetes sublevados de la Academia Militar de Segovia, los artilleros con piezas del 7 con 5, del 10,5 y del 15,5; en total, cuarenta camiones.

A los soldados les dijeron que iban a Madrid a sofocar una rebelión contra el Gobierno.

En el cruce de carreteras se encontraron todos. ¡Qué de abrazos! ¡Qué de efusiones! ¡Qué de saludos!

Los sacerdotes que los acompañaban no cesaban de echar

bendiciones a los cuatro vientos.

El militar Pezuño se destacó de todos ellos. Ya estaba todo preparado y establecido de antemano.

—¡Batería número 1, a la posición A; batería número 2, a la posición B; batería número 3, a la posición C!

—¡Cien falangistas o requetés a la compañía primera, a mezclarse con los soldados, y ya sabéis lo demás! ¡Otros cien, a la segunda! ¡Otros cien, a la tercera!

—Los cadetes de Segovia y Valladolid formaréis una compañía especial, con fusil ametralladora y balas *dum-dum*, y seréis los primeros en avanzar. El porvenir del movimiento depende de esta acción. ¡Adelante! ¡Arriba España!

Cerca la Tablada, la Sierra pasada...

Crujieron las botas del militar Pezuño y de su Estado Mayor cuando se encaminaba a su puesto de observación. Era éste una prominencia de rocas, oculta entre unos pinos, entre el Puerto del León y el pico de Cabeza Lijar. Ya lo tenía elegido de antemano. En ellas colocó un gran crucifijo — aunque se reía un poco de éste— y una cajetilla de «Chesterfield». También había allí un plano, acotado y señalado con lápiz rojo, dos o tres pares de gemelos «Zeiss» y un telémetro de campaña.

Antes de decidirse a seguir adelante quería inspeccionar el terreno.

El sol, libre sobre los picos redondos de la sierra, hacía brillar las estrellas de su uniforme del ejército de la República y su cogote, largo y aceitunado como un sollo.

A la mano tenía el teléfono, con el que comunicaba con los servidores de las baterías, ya instaladas y dispuestas a disparar, y con las diferentes posiciones.

Era como una gran araña gris, estrellada y traidora en el centro de su tela.

Allá por la carretera de Villalba vio salir para Guadarrama una caravana de cuatro o cinco camiones, cargados de obreros madrileños.

Con mano trémula de gozo cogió el teléfono.

—¡Atención! Batería primera, dispuesta para disparar; 4200 milímetros, 32 de deriva... ¡Atención! Batería segunda, dispuesta para disparar; 4200 milímetros, 32 de deriva... ¡Atención! Batería tercera, dispuesta para disparar; 4200 milímetros, 32 de deriva... ¡Atención! Batería primera, 3 disparos tiro rápido. ¡Fuego!... ¡Atención! Batería segunda, 3 disparos tiro rápido. ¡Fuego!... ¡Atención! Batería tercera, 3 disparos tiro rápido. ¡Fuego!...

Fue formidable el efecto.

El militar Pezuño, en lo alto de la roca, tarareaba una canción de *cabaret*. Estaba en su elemento.

Pacomio «el de las Viñas»

Pacomio *el de las Viñas* o, sencillamente, *el Viñas*, era un tipo popular en el barrio de Usera, pocero de profesión y afiliado a la U.G.T. y al Partido Socialista desde hacía muchos años. Tenía una hija: *la Trini*, y un hijo: *el Pepe*; un hijo político: *el Leoncio*; varios sobrinos: *el Paco*, *el Andrés*, etc. Y muchos amigos: el señor Eusebio, taquillero de la estación de las Delicias; Sebastián conserje de la Fábrica de Gas; un tabernero que tenía una tienda de «vinos de la Mancha» con una sucursal en la Puerta de Atocha que se llamaba «La Alegría de Atocha».

El señor Pacomio sabía tocar en la bandurria *La Internacional*, *El Himno de Riego*, *El Sitio de Zaragoza* y algunas canciones entonces de moda en Madrid, tales como *Rocío* y *María de la O*.

Muchos domingos se iban de excursión con sus amigos, vecinos del barrio; entonces se ponían un gorro blanco, alquilaban una camioneta y tocaban la bandurria, que era ho-

riblemente coreada por todos los demás en tonos discordantes, hasta el punto de que ahogaban al mismo instrumento.

Todos los vecinos de la barriada comentaban, indignados, los últimos sucesos.

Todos ellos eran, como buenos hijos del pueblo, sinceramente antifascistas.

En la barriada se había abierto una lista para que se apuntasen los hombres decididos que estuviesen dispuestos a defender su libertad.

Martínez, el que había estado en el cuartel de la Montaña, dijo que él se hallaba dispuesto a todo y que el deber de todos en ese momento era empuñar las armas.

Los amigos y vecinos del señor Pacomio *el de las Viñas*, no dudaron un momento. Allá fueron todos. Dieron su nombre con una decisión fatalista verdaderamente heroica.

En el Ateneo Popular se formaban dos listas: una con los nombres verdaderos que se guardaban recientemente, y otra con el número que a cada uno correspondía, que es la que obraba. No se sabía lo que podía ocurrir.

La Trini y dos chicas guapas más de la barriada también se apuntaron, y con éstas iban sus novios.

A media noche cinco camionetas estaban dispuestas para salir. Se desarrolló una escena extraordinaria.

En medio de una calle destartalada y junto a la cerca de un solar estaban los cinco camiones con las luces encendidas.

Un viento sur, caliente y manchego, removía el polvo, las basuras sin recoger y las faldas de las mujeres. Pocas eran las que reaccionaban trágicamente; las más eran presa de la misma excitación que los hombres.

—¡Mueran los *fachas*! —decían.

—¡No dejéis ni uno!

Los hombres contestaban desde lo alto de los camiones, pecho al aire y puño en alto.

El señor Pacomio *el de las Viñas* tocaba en la bandurria *La Internacional*, desde lo alto del cuarto camión, y era coreado entusiásticamente.

El camión era conducido por un chófer del Matadero, y en él iban: el señor Pacomio; su hija *la Trini*, vestida con *mono*, que era la madrina, morena, valiente y fiera; su hijo *el Pepe*; su hijo político *el Leoncio*; sus sobrinos *el Paco* y *el Andrés*; su vecino y amigo el señor Eusebio, taquillero de las Delicias; dos hijos de éste, obreros ferroviarios; el tabernero y dos chicos de la taberna, encargados de llevar el vino; cuatro vecinos más, empleados en el Matadero; dos chicas guapas del barrio, como mascotas, y sus novios.

Al mando de ellos iba un telegrafista de la Compañía de Ferrocarriles del Oeste que había estado en la guerra de África, y como armas llevaban cinco fusiles con dos peines cada uno, ocho escopetas de caza con cuarenta cartuchos de perdigón zorrero, tres pistolas con dos cargadores cada una y un revólver Schmit con ocho balas. Los empleados del Matadero llevaban cuchillos de apuntillar y casi todos, al cinto, cuchillos de cocina y navajas.

En un costado del camión campeaba un letrero en rojo que decía: «Guerrilleros del Manzanares».

Eran las doce y media de la noche. Los motores de los camiones trepidaron. Los faros se encendieron. Toda la barriada de Usera estaba allí congregada.

El viento, furioso, se llevó nubes de polvo, ruido de motores y un coro de vivas a los hombres valientes, a la República y al Frente Popular.

¡A la sierra!

La carretera de Guadarrama, de día es una cinta verde, asfaltada, pulida por la cubierta de los automóviles, hasta el punto de que se reflejan en ella las luces del sol poniente como si fuera de agua.

Por la noche se reflejan las luces de los faros y resbala el viento frío.

¡Noches de julio, camino del Guadarrama!

Noches en que por la carretera corría la fiebre, el valor y la impericia.

Noches en que la carretera reflejaba la luz de los faros heroicos y populares, en que la carretera brillaba como una corriente de hierro líquido.

Por ti, noche, avanzaban los caminos de los hombres que siempre han trabajado, de los hombres de los sótanos, de las estaciones, de los andamios, del carbón, de las tahonas; de los hombres que se han pasado la vida con sensaciones de hambre, de desprecio, de atosigamiento.

Ellos no saben el arte de la guerra; ellos no tienen armas. Pero su fuerza moral es inmensa, redonda, inmovible.

Por la carretera avanzan, temblando ya de frío.

Todos se han venido como estaban: las manos abiertas, las camisas remangadas. Los dientes blancos se estremecen, las manos se restriegan.

De sus bocas salen frases sin importancia, frases sencillas y despreocupadas. Canciones no terminadas, tarareadas en tono zumbón.

El frío es gracioso, la falta de sueño es graciosa, los vaivenes con golpetazos del coche provocan risas, sensación de peligro: el miedo es un motivo más para reaccionar alegremente.

Así iba a jugarse la vida la flor del pueblo madrileño.

Todo era ligero, todo era débil, todo era alegre y despreocupado.

Débiles eran las alpargatas de cáñamo sin calcetines, y el *mono* azul o la camiseta; despreocupado, la falta de prendas de abrigo.

Débiles y ligeras las canciones y el sentido general de burla. Nada de gestos dramáticos, nada de prosopopeyas ni de

patadas en el suelo. Al llegar a Villalba temblaron de frío.

En Villalba las montañas que forman el frente se abren como un abanico.

Un hombre, pálido y seco como la luz del amanecer, los detuvo. Martínez, que iba delante, habló con él.

—Que distancieemos los camiones uno de otro; que tengamos cuidado; que la carretera está batida por la artillería.

Así se hizo.

Amanecía. Los montes pelados estaban color de rosa sucio; los cubiertos de pinos de un color pardo negro, con reflejos dorados; el cielo, gris y frío.

Todo era silencio. Allá por el Puerto del León se elevaban algunas columnas de humo.

El convoy iba espantando pájaros de esos que vuelan ondulantemente. Los camiones iban ni demasiado juntos, ni demasiado separados.

Dieron un gran salto al cruzar el paso a nivel del ferrocarril de Villalba al Berrocal.

—¡Hostias! —dijo un empleado de los Mataderos—. A poco más nos manda al Puerto del León, con los *fachas*.

Parte de los pinares que hay por bajo de Cabeza Lijar, ardía.

—Tíos marrajos de m... —dijo Leoncio—. ¡Qué bien preparado se lo tenían! Los cigarros de setenta se deshacían en la boca de los hombres.

La Trini iba vestida con un *mono* azul. Los hombros, el pecho, el cabello negro: todo era armonía simple, confortable, popular.

Era chata, de cara rellena, de ojos vivos y graciosos; tal vez demasiado gorda. Su voz era chillona, pero simpática.

Estaba decidida a todo. Decidida a pelear y a vencer como sus compañeros, como cada quisque.

La lumbre del corazón cargaba las escopetas y los fusiles.

La Trini cantaba:

*Échale guindas al pavo
que yo le echaré a la pava
azúcar, canela y clavo.*

Todos la coreaban y ella estaba decidida hasta a bailar en medio del camión. Después todos la aplaudirían y ella levantaría el puño.

Su nerviosidad natural se resolvía en este sentido.

Los hombres estaban más serios, más preocupados, aunque seguros de que iban a ganar en unas horas.

—¡ Como coja yo a uno de esos señoritos de bigote y escapulario, le voy a volver del revés como un calcetín! —dijo *la Trini*.

—Me han dicho que tiran balas *dum-dum* —dijo un empleado de los Mataderos.

—¿Y qué es eso?

—Balas que se abren una vez que han entrado en la carne y luego no se te cierra la herida.

—¡Eso también lo mandaba Jesucristo!

—Nosotros podemos hacer lo mismo —dijo Martínez—, y lo haremos, si nos hace falta, sin que nos lo mande nadie.

Sobre el gris amoratado del cielo se destacaban las casas del Puerto del León. Parecía increíble que no se pudiera salir.

—Mañana dormiremos en Segovia. Si es que no nos pasamos la noche corriendo detrás de los trabucaires —dijo el taquillero de las Delicias.

*Tengo que subir al Puerto,
al Puerto del Guadarrama,
tengo que pisar la nieve
que ha pisado una serrana.*

El camión cruzaba ahora por entre unos montículos.

—¡Canta ahora la «Joven Guardia»!

Se oía ya algún que otro tiro de fusil, como un cuco oculto en la espesura de los pinares.

Y de pronto se produjo el horror negro, metálico, imprevisto, traidor, preparado.

Se produjo el disparo de cañón, que hizo contraer de risa los músculos faciales al oficial fascista.

Un débil y bronco estampido sonó al otro lado de los montes.

Después fue como si se rasgase la atmósfera con un ruido enconado, maldito. Algo había, envenenado o podrido, en el aire.

Después fue una explosión terrible, que salpicó tierra y aire caliente al camión; una explosión que hizo cerrar los ojos y abrir la boca instintivamente; un pequeño volcán de tierra y humo.

Nadie se lo figuraba, nadie lo había oído. Todos estaban acostumbrados a oír chistes, piropos, música ligera, cante flamenco, conciertos de banda o de guitarra, discursos grandilocuentes y socialdemocráticos.

Nadie había oído aquello; nadie podía figurárselo.

Todos se tiraron del camión, que quedó parado en el acto. El que venía detrás tropezó con él y volcó.

Lo horrible seguía. Seguía el miedo suave al miedo prolongado y desesperante y a las explosiones espantosas.

No sabían ni meterse debajo de los camiones.

No sabían si correr. No sabían si tumbarse en el suelo. Querían que los tragase la tierra.

Seguía el bombardeo y seguían los miedos; los miedos de guerra.

El aire era irrespirable, de polvo y humo. Ya no se veían

montes, cielo ni tierra. Sólo se veía terror. Terror. *Terror.*

Un camión saltó, como si hubiese recibido una corriente eléctrica, y cayó destrozado encima de otro.

Entre las nubes de polvo y de humo podía verse a los hombres y a los heridos, tumbados en el suelo, quejándose: uno había sido degollado; otro tenía una pierna arrancada; otro tenía el espinazo roto.

Los obuses silbaban y explotaban del cielo a la tierra. Esto no se lo figuraban. Esto no era lo convenido.

Ellos venían a la lucha contra los señoritos falangistas de bigote, contra los frailes ventrudos y contra los militares ebrios.

Pero no veían a nadie: no se veía más que el fuego y el hierro mortales.

Un cuarto de hora duró el bombardeo, al cabo del cual el humo se fue disipando. Las explosiones cesaron. Los volcans de polvo y humo estaban en otro sitio.

Como una burla se oyó entonces el tableteo de las ametralladoras, allá por los picos. Toda la tierra florecía de balas *dum-dum*, como de flores venenosas.

Martínez, el joven obrero sin trabajo, estaba ileso, debajo de una retama, cubierto de polvo y humo; tenía la cara desgarrada por una zarza y chorreaba sangre.

El sol pegaba ya sobre la tierra, caliente y removida.

Una lagartija asomaba curiosamente su cabeza por entre unas piedras, sin explicarse lo ocurrido.

«Ha ocurrido lo siguiente —pensó Martínez—: que nos han enviado unos cuantos cañonazos. Ya se los mandaremos nosotros a ellos».

Se oían los lamentos de los heridos y una voz terrible: Trini estaba muerta.

Cuando se tiró del camión, salió corriendo y un casco de metralla le rebanó la cabeza.

El suelo estaba salpicado de sangre y sesos; el hermoso

pelo negro, polvoriento y sangriento; la canción, partida; la alegría, la generosidad y la gracia, acabadas.

Una sensación de terror inmenso se apoderó de todos. Muchos no pudieron resistirlo.

Pacomio *el de las Viñas* contempló silenciosamente el cuerpo de su hija durante largo rato; de sus ojillos brotaba fuego. Apenas sujetaba la mano de la muerta.

Era una mujer típicamente madrileña: trabajaba en la fábrica de tapices y estaba afiliada a la U.G.T. y a la Juventud Socialista Unificada.

Otros automóviles llegaron y transportaron a los heridos al hospital de sangre provisional, en el Preventorio de Guadarrama.

Los muertos se quedaron en el campo, las manos abiertas y la vista fija.

Pacomio *el de las Viñas* seguía mirando y mirando. Su cara se afilaba, su expresión se transfiguraba.

Se le caían los pantalones y se le salía la camisa.

Tenía el cuello arrugado, sucio de calor y polvo; el pecho, débil y velludo; el pelo, gris; la nariz, chata; los ojos, pequeños.

Cuando se reía mostraba mucho las encías. Era pocero de profesión.

Vertido estaba en el cadáver de su hija, en su sangre, cuajada en sus sesos, salpicando el suelo. Esto era la guerra: la guerra, que es sólo para los hombres sencillos y valientes.

Cuando le propusieron volver a Madrid, como otros, se negó.

—Te vengaremos —dijo—. Somos hombres, tenemos fusil. ¡Canallas! ¡Malditos! La expedición se había dispersado.

Martínez le agarró del brazo y continuaron adelante. Su hijo, a su lado, lloraba. Todos apreciaban mucho al viejo, pintoresco e inocente. Los pinos del Alto del León supieron después de él, de su corazón de gigante, de sus certeras balas

y de sus miembros desgarrados.

Pero antes pasaría por el cuartel de Francos Rodríguez.

El puerto de Somosierra se abría también como una boca o como un vértice de remolino. Es como un pellizco dado a un páramo. La tierra tiembla en los alrededores de Robregordo, golpeada como un yunque por el martillo pilón de los obuses del 15 y medio.

Poco después vino la aviación y los milicianos salieron de debajo de las atarjeas y del fondo del cauce de los arroyos.

Perfectamente se veía cómo el aviador saludaba con el puño. Hasta los más temblorosos se acercaron.

Cuarenta o cincuenta bajas causó la primera bomba; otras cuarenta o cincuenta, la segunda.

El aviador, de despedida, saludaba con la mano abierta. Los milicianos quedaron enloquecidos.

La boca del puerto vomitaba ahora fuego, y eso que el día anterior se había bajado por el otro lado hasta Cerezo de Abajo.

Pero había un comandante negro, un cuervo traidor que los entregó.

Varios camiones de refuerzos trataron de doblar la vuelta de Lozoyuela. Eran jóvenes madrileños recién incorporados. Llevaban dos noches sin dormir y tenían frío.

Un obús estalló a sesenta metros de la carretera; otro, a cuarenta. Los nuestros no habían oído nunca un ruido semejante.

Pero, sobre todo, ¿a qué iban allí? ¿Quién les mandaba? No había ni tiempo de volver a los camiones.

Decidieron regresar a pie a Madrid, y a pie llegaron dos días después.

Galán arengaba, pistola en mano, desesperado y heroico.

Había subido del cuartel de Francisco Rodríguez, y procuraba organizar una compañía con los hombres más serenos.

En Guadarrama todo era confusión. Una bomba había caído precisamente en el Preventorio Infantil, atestado de heridos.

En las alturas se oían las interjecciones secas de los fusiles y las frases conminatorias de las ametralladoras. En la parte baja la algazara entrañable de Madrid al rojo vivo. Sobre ella estallaban los obuses de la batería primera, segunda, tercera; delante de ella, en la misma cumbre militar del Guadarrama, había fortificaciones de cemento, en zigzag, con reductos.

Había escuadras, secciones, compañías, batallones, que disparaban balas *dum-dum* con ametralladoras científicamente emplazadas.

Contra ellas tenía que luchar la entraña abierta, chorreando sangre popular española, sentimiento y sorpresa.

—Hay que acabar con esos tipos; es sólo cuestión de corazón, de riñones —decían los hombres atravesados.

Y subían, y subían camino del Puerto, hasta que reventaban como perros.

Por la carretera se veían camiones destrozados, quemados, materialmente retorcidos. Algunos en posturas inverosímiles, ruedas arriba, en el tejado de una casa.

El terror a lo desconocido paralizaba los labios y los pulsos. Con un *mono*, un cuchillo de cocina al cinto y una escopeta de caza subían algunos por el pinar.

—¿Qué os habéis creído? ¡No hemos venido a una fiesta! ¡Adelante, compañeros! No habían venido de excursión, ni de pesca, ni de merienda, ni de baile. ¿Dónde estaba ya todo eso?

¡Adelante! ¡¡Adelante, pinar arriba!!

Ametralladoras invisibles los acribillaban de balas *dum-dum*.

—¿Quién manda aquí?

No había ni cabos ni sargentos, ni alféreces, ni tenientes.

—¿Hacia dónde iban?

No se veían tampoco fascistas. No se veía más que la desorientación y la muerte en forma de bala *dum-dum* o de obús, de metralla afilada como una cuchilla de afeitar.

No podían resistir más el no ver, el no comprender, el no obedecer. Algunos volvieron entonces a Madrid.

5

Quinto Regimiento

Sin embargo, alguien vigilaba y alguien preveía. Cuando todo temblaba, cuando todo huía.

Cuando a las balas *dum-dum* se oponían los pechos y a la metralla los puños cerrados.

Cuando a la disciplina militar se oponía el capricho y la conveniencia. Cuando se tenía un concepto alegre y fácil de la guerra.

Cuando se carecía de plan, de técnicos, de autoridad.

Cuando se hacía la guerra a ratos y se disparaban tiros en los propios automóviles. Cuando se desperdiciaban inútilmente el valor y la abnegación de los mejores obreros de Madrid.

Cuando el Gobierno vacilaba peligrosamente. Alguien comprendió y alguien previo:

Algo que fue como el cauce de un río, como un cable de alta tensión, como la bóveda de un túnel.

Algo que fue como el agua fina que convierte en acero el hierro fundido de la cólera popular, como el agua del Tajo.

Algo salido del proletariado, del pueblo madrileño, de su Frente Popular: el Quinto Regimiento, su comandancia en el cuartel de ladrillo rojo de Francos Rodríguez.

De ahí se irguió un puño purificador, un puño asolador, brillante y fuerte.

Recordemos una sensación dura, áspera, de cielo polvo-

riente, de arena soleada, de ladrillos secos, de aguas vertidas, de trepidar de automóviles, de alpargatas de cáñamo, de *monos* azules, de estómagos vacíos.

Recordemos un sol que se levanta entre centenares de conversaciones, entre explosiones de motores, entre nubes de gasolina y aceite, entre caras y cuellos sudorosos.

Recordemos un sol que llega, como una cosa no esperada, por una puerta entreabierta y vigilada, máuser al hombro; un sol que entra por el tragaluz de una iglesia de ladrillo, por la ventana de un cuarto lleno de colchones y tazas sucias de café.

Recordemos una sensación dura y áspera.

Hay prisa, mucha prisa; hay cólera; hay deseo de organizar. ¡Ciudadanos republicanos, socialistas, comunistas, anarquistas, hombres libres, trabajadores en general!

¡Corred! ¡Corred a vuestro puesto!

En aquella puerta dan armas, en aquella puerta dan fusiles. Aquí están los camiones para marchar al frente: cuatro, cinco, veinte camiones.

Mirad este rojo:

«Eguinea Hermanos-Construcciones». ¡Ya no hay construcciones!

Mirad esto verde: «Standard Electric». ¡Hay cosas más importantes que la electricidad!

Mirad este negro: «M.Z.A.-Despacho central». ¡Nada de despachos centrales!

Ya no hay más que hombres, hombres y fusiles. Hombres para defender al pueblo. Hombres que el nuevo Regimiento manda, desde su cuartel de Francos Rodríguez, a combatir a los fascistas.

Y tiemblan los motores y se levantan puños y se oyen vivas. Por la puerta del solar apenas si caben los camiones cargados de corazones, de cerebros, de manos, de fusiles, de

espíritu de sacrificio.

Por la puerta apenas caben todas las miradas, toda la atención despierta del pueblo madrileño.

Por la puerta de Francos Rodríguez apenas cabía el río de Madrid, que se desbordaba.

Hubo que ampliarla, hubo que ensancharla.

Salían expediciones, pero no por eso quedaba el cuartel silencioso. Colas había para alistarse.

Colas había para recoger armas.

Colas había para hacer la instrucción.

Colas para dar, para darlo todo y para no pedir nada. Las colas más generosas del mundo.

Mientras tanto, en la comandancia se creaba y se organizaba. Había que crear un ejército. Había que crear una defensa.

Un hombre había con el codo apoyado en una mesa.

—Mañana mismo tiene que salir a la calle nuestro periódico, nuestro diario, el diario del pueblo en armas. Tú vas a encargarte de hacerlo. Tiene que salir mañana. Las noticias del frente son muy malas; pero, naturalmente, no hay que decirlo.

Hay que organizar también el rincón rojo, el periódico mural, y festivales, sesiones de cine para los milicianos que vengán a descansar.

Luego, todo era correr escaleras abajo y escaleras arriba.

Allí estaban el comandante Carlos, Castro, Barbado. Y Lísiter, Modesto Márquez estaban ya en primera línea en los frentes; con sus *monos* azules eran dos más, dos héroes más.

Entonces fue cuando llegó al Cuartel un hombre bajo, con gafas, que andaba muy de prisa. Tenía los oídos doloridos

de disparar contra el cuartel de la Montaña. Inmediatamente se puso a trabajar en la comisión de Trabajo Social, que tanto contribuyó a la creación del ejército español. Todo su cuerpo temblaba con la fiebre de la actividad.

Se llamó a poetas, se llamó a escritores, se llamó a dibujantes, se llamó a carteristas.

En una cola, como un miliciano más, estaba el nuevo poeta: Miguel Hernández.

La Comandancia del Quinto Regimiento trepidaba de actividad, y con ella la comisión del Trabajo Social.

Un hombre se apoyaba de codos en una mesa, andaba, volvía, hablaba, callaba, meditaba, organizaba y creaba. Lo llamaban, lo dejaban, le preguntaban, le contestaban. Tenía mil ideas, mil soluciones, mil caras diferentes.

Instrucción militar previa. Propaganda en las filas enemigas. Unidad de mando. Disciplina. Cultura. Prensa. Mandos democráticos. Higiene...

Mientras, los primeros brotes luchaban y caían, pero contenían la avalancha de traidores. Entre retama y jara, el capitán Benito murió.

La sierra era un símbolo: a un lado lo verde, lo negro, la sombra; al otro el sol, lo claro, lo rojo. La sangre resbalaba por aquí.

De piedra en piedra, de tomillo en tomillo.

Las balas *dum-dum* de la Inmaculada producían mucha sangre.

Las compañías de Acero

Por el Quinto Regimiento se crearon, por el Quinto Regimiento se forjaron y se endurecieron.

Fue al olor de las balas *dum-dum*, de los obuses y de la falta de disciplina. Fue al olor del heroísmo desorganizado.

Las compañías de Acero iban cantando a la vida.

Las compañías de Acero eran la flor de esta nueva batalla histórica.

Las compañías de Acero eran azules de *mono*, blancas de brazos y pecho; de proletariado, de fábrica.

Las compañías de Acero eran sufridas, inteligentes y silenciosas.

Las compañías de Acero sabían de madrugadas junto a los martillos pilones y de noches junto a las cajas de imprenta, durante años y años.

Las compañías de Acero sabían todo lo que iba a ocurrir y por qué ocurría.

Las compañías de Acero sabían lo que era la «plus valía» y el capital monopolista, y por qué el fascismo español traicionaba a la patria.

Las compañías de Acero sabían marchar de frente sobre el hombro y acompañar los movimientos de sus pantalones azules.

Las compañías de Acero sabían pisar fuerte y disciplinadamente con sus alpargatas, y mirar fijamente a su comandante, mientras pasaba revista.

Las compañías de Acero sabían resistir el sol y la fatiga de las grandes cuevas pedregosas.

Las compañías de Acero sabían manejar un fusil, colocar en buen sitio una ametralladora y utilizarla luego.

Las compañías de Acero, concienzudamente, daban vueltas y vueltas por el solar de Francos Rodríguez.

—¡Un, dos, tres, aro!

—¡Un, dos, tres, aro!

Daban vueltas y vueltas como una barrena bruñida, dispuestas a entrar hasta el mismo corazón de la sierra del Guadarrama. Márquez era el agujijón de diamante.

Daban vivas templados y serenos, como la voz de un órgano apasionado.

Eran como el toque de un clarín de orden en medio del Madrid colérico y desorganizado.

¿No son ellos tan amantes de la guerra? ¡Pues ahora van a tener guerra hasta hartarse!

Sol y polvo, sol y polvo, ¿qué ves, qué dices qué oyes?

—*Yo, hijo del pueblo, ciudadano de la República española, tomo libremente la condición de miliciano del Ejército del Pueblo.*

Por una frente cae una gota de sudor, por una boca sale su voz.

—*Me comprometo ante el pueblo español a defender con mi vida las libertades democráticas.*

—*Me comprometo a guardar y hacer guardar la disciplina más rígida.*

La gota de sudor ha llegado a la pestaña, ha llegado al ojo, pero el hombre está firme, no se mueve.

Doscientos fusiles están alineados, doscientas miradas, doscientas almas.

La fuerza del sol hace oscilar las paredes de ladrillo, los arenales y las torres.

—*Me comprometo a acudir en defensa de la República democrática española al primer llamamiento del Gobierno, poniendo todo mi esfuerzo y mi vida al servicio del régimen republicano y del pueblo.*

Un hombre tiene la nariz aguileña y los ojos azules, otro es chato y rubio, otro es moreno.

Mirad lo que dicen. Son jóvenes, ágiles, fuertes. Trabajan en la fábrica

«Standard». Están casados. Tienen hijos.

El fusil les llega poco más arriba de la cintura.

Otro es un albañil más bajo, pelo rubio y muy fuerte. Sus pómulos miran al sol, su fusil tiembla. Tiene únicamente

madre.

Otro es estudiante rebelde. Se llama Federico. No tiene a nadie. Sus ojos están inteligentemente fijos y serenos.

Otro es un obrero sin trabajo: Martínez. Sus ojos brillan de alegría. Por la ventana acaba la voz.

—Si faltó a este compromiso solemne, que caiga sobre mí el desprecio de mis camaradas y me castigue la mano implacable de la ley.

La Banda del Quinto Regimiento entona *La Internacional* y los de «acero»

desfilan. Los camiones ya están preparados.

Al salir se pasa junto a unas arcadas de ladrillo, y al entrar en la calle bajo arcos de admiración y bóvedas de vivas.

En el horizonte, la sierra espera.

El Militar Pezuño estaba desesperado.

El chacolí de Navarra, el vino de la Rioja, el clarete del Cerrato, el vino del Rivero y el jerez andaluz no les bastaban.

Quería ir a Madrid, a beber champaña en Casa-Blanca, a gozar, a pisotear marxistas.

Llevaba ya quince días en el Puerto del León y no había conseguido avanzar ni un paso.

Por la noche las luces de Madrid, que se veían a lo lejos, eran una verdadera provocación.

Estaba harto de vino ralo de Segovia.

Nadie, en toda Castilla la Vieja, sabía confeccionar un cóctel. Era preciso avanzar.

El alto mando que él presidía se rascaba furiosamente. Las uñas acartonadas de sus dedos sarmentosos producían, al chocar contra sus barbas, un ruido como de cañas.

En las Navas de San Antonio tuvieron una reunión. Allí acudieron los coroneles como buitres hinchados.

—Sí, sí; había que avanzar, fuese como fuese.

Mola quería entrar en Madrid para el día 10 de agosto. Y no llevaba visos de conseguirlo.

Los cadetes y los requetés estaban bien preparados, bien atrincherados y bien municionados, pero no bastaban. No había medio de avanzar.

De Madrid venían olas y olas de hombres que morían, olas y olas de hombres que ahogaban hasta las grandes ventanillas que da la premeditación, la alevosía y el ensañamiento.

El alto mando acordó traer tropas de toda España: rapaces gallegos, que apenas sabían de qué se trataba: *jebos* navarros, de las orillas del Arga, embrutecidos por sus respectivos sistemas musculares hipertrofiados; mozos castellanos de la ribera del Duero, que todo lo ignoraban excepto el paralelismo de los surcos y los daños de las heladas tardías.

El coronel Maza Pelliza pronunció una arenga en uno de los cuarteles de Logroño; el general Doval le respondió desde Ávila; el general Mola sonrió de colmillos al cura que le confesaba, y el arzobispo echó la bendición a todos. Cerró la suerte.

Resultaba que había habido un intento faccioso contra el Gobierno y que tenían que ir a Madrid en paseo militar, para «dar sensación de fuerza». Todos los discursos terminaban con un «viva la República».

Los rapaces gallegos, los *jebos* navarros y los mozos del Duero atravesaron Castilla, enlutada y desierta.

Se les unieron numerosos jóvenes, pistola al cinto, con boinas rojas y amarillas o con camisas azules y cintas bordadas por manos femeninas.

Los puentes castellanos trepidaban, indignados ante tal mixtificación.

En algunas capitales de provincia, las señoritas de la localidad, hijas de los caciques de los pueblos, de los terratenientes o de los usureros, se rebajaron por unos momentos a alternar con los campesinos. Se sacrificaron una vez más

por «la Patria» y les cosieron en las guerreras imágenes de Jesús con un letrero: «Detente bala».

En Villacastín era enorme la afluencia de convoyes de tropas y de material, tanto que algunos temieron que efectivamente lograsen entrar en Madrid.

Por la carretera de Segovia desembocó un verdadero río de hombres y material.

En Gudillos y más arriba estaban montando piezas de artillería. Pistola en mano daban estentóreas voces de mando. Las habían mamado desde la cuna.

Fijemos posiciones

San Rafael, la punta del talón de Castilla la Vieja, es como un cuenco elevado sobre las llanuras mucho más bajas de la provincia de Madrid.

Entre San Rafael y Madrid la sierra del Guadarrama se afina en dirección Norte Sur.

A un lado del Puerto del León nace el sol, al otro se pone. Al mediodía la sierra, como un tajamar, parte en dos sus rayos.

San Rafael era una colonia veraniega, edificada por la burguesía madrileña donde antes sólo había una pequeña venta entre pinares, en el camino real de La Coruña a Madrid.

Está rodeado de montes de pinos, pero por el Oeste son más claros y se ve la luz amarilla que reflejaban los rastros de Castilla la Vieja.

El conjunto es sombrío, como el fondo de un pozo de paredes verdes y húmedas. En las villas y *chalets* que se extienden a un lado y otro de la carretera, tenían los fascistas magníficos cuarteles y comandancias, debajo de los pinares; magníficos escondites para la impedimenta y las fuerzas de artillería.

El fondo del valle del río de la Garganta, que pasa por San Rafael, está a 1100 metros sobre el nivel del mar; el león de

piedra levantado por Carlos III encima del puerto, a 1500 metros, y el pueblo de Guadarrama, situado ya en la llanura de Castilla la Nueva, al otro lado, mucho más bajo, sólo a 800 metros. Este lado es mucho más claro y más quebrado.

En su primera embestida, los fascistas de Valladolid rebasaron la línea divisoria de la sierra. En la vertiente madrileña tenían preparadas las fortificaciones.

¿Quién te ha visto y quién te ve, león del Puerto? Los «ace-ros» van a verte.

Frente a frente

Negro, sombrío, torvo, alma de Castilla, corazón servil, inteligencia frívola, el artillero traidor está apostado debajo de un pino.

Detrás tiene la llanura amarilla de Castilla la Vieja; a la izquierda parda, la Mujer

Muerta; a la derecha, el pinar del Collado del Hornillo.

Verde, sombrío, alma de números, inteligencia frívola, dispara el artillero su pieza del 15 y medio por encima de la curva de la sierra.

Se llama Ángel Fernández Conde y es rubio, de labios gruesos y torcidos, ojos de mujer, pierna esbelta y brichos ceñidos.

Su boca muerde nerviosamente una hoja de helecho; su pie brillante se hunde en el césped húmedo.

Está seguro, completamente seguro, y sonríe.

Está haciendo una *gansada*. A él le han enseñado a disparar cañones y los dispara. También sabe bailar *blues*.

También sabe dirigir un cotillón, y decir chistes y piropos atroces. Sus amigas solían llamarle ganso y decir que era *tremendo*.

Ahora disparaba el cañón porque odiaba al marxismo, aunque a punto fijo no sabía lo que esto significaba.

Marxismo para él era no llevar los pantalones con raya, no conocer ni tratar a la gente *bien*, y preocuparse de cosas que no tenían remedio: estar un poco loco.

Además, los marxistas son los auténticos estropeadores de combinaciones.

La suya era casarse con una niña rica. Porque, ¿qué iba a hacer él, sólo con seis mil pesetas anuales?

El fascismo era hermosísimo, algo azul, vago, espectacular. Elimina las protestas de los obreros, respeta los capitales y los dotes de las hijas de familia. Había gente *bien*, gente «comme il faut».

¿A disparar? A disparar.

Ha llamado el teléfono: 4500 milímetros. Tres disparos.

Tres disparos de cañón retumbaban serenos por los pinares. Indignos del frívolo motivo que los producía. En la Mujer Muerta contestó el eco.

Una serie de obreros y campesinos uniformados acaban de llegar al pueblo de Guadarrama. Son los soldados de los regimientos traídos de Valencia.

Llevaban un mes acuartelados en Valencia, sin saber nada de lo que ocurría, cuando les mandaron salir a la calle.

Al principio el público les recibió con desconfianza, pues no sabía si iban sublevados, pero al darse cuenta de que no era así estalló una ovación como no se ha oído jamás.

Por la carretera del puerto bajaban camillas y camillas de heridos. Subían camiones y camiones de acero.

Una miliciana rubia acababa de bajar de la línea de fuego donde llevaba diez días. En Guadarrama estaban también diversas agrupaciones de combatientes, como el grupo «Atmósfera» del barrio Sur, de Madrid, con su dirigente Eduardo Benítez.

También estaba el grupo de voluntarios de Teléfonos, y el grupo de camioneros. Oyen la orden: «A las cinco de la ma-

ñana todos vestidos, equipados y dispuestos para salir».

Enrique Líster y Márquez entran en aquel momento en la comandancia. Los camiones de los «aceros» trepidan. Los obuses caen y caen.

El artillero traidor tenía abierta la boca, los ojos enrojecidos; con el dedo pulgar de la mano izquierda arañaba nerviosamente una sortija que tenía en el anular. Su pie brillante se hundía en la hierba, y sus piernas vibraban como trapos al viento.

Mientras, por el otro lado de la sierra se oía un tiroteo, un vivo tiroteo que presentaba caracteres de verdadera y gran batalla.

Las últimas fuerzas llegadas habían iniciado la ofensiva.

Marcha del «acero»

Balas de pan, balas de libertad, balas de tierra. Disparad, corred de prisa.

A vosotras os digo, balas.

Balas que el pueblo disparaba, que el pueblo encendía.

Balas de los pobres: de los metalúrgicos, de los albañiles, de los carpinteros, de los ferroviarios.

A vosotras os digo, balas de justicia, las que cortaban el aire de la sierra de Sur a Norte, de Este a Oeste.

A vosotras os digo, balas de amor, granadas de juventud: las que el Quinto Regimiento tenía, las que el Quinto Regimiento disparaba.

Ábranse y ciérrense los cerrojos de los fusiles, fíjese el blanco, cíñanse los dedos a los gatillos.

Hombres, no retrocedáis, no os estremezcáis, no tembléis. Dilátense los pulmones al olor de la pólvora.

Dilátense los corazones al olor de la justicia y las inteligen-

cias.

El «acero» ha entrado en combate, el «acero» del Quinto Regimiento, el ACERO DE MADRID.

No es una milicia más, no es un grupo de hombres más.

Es una cantidad exacta de pasos acompasados, de fusiles de precisión, de disciplinas de hierro.

Son una serie de voluntades matemáticas a una sola voz. Por primera vez, el pueblo español tiene esto.

El acero brilla como un espejo, en él se miran las demás milicias.

El acero lo es a la luz de la luna, a la luz del sol, al viento, al frío y al calor, al hambre y a la humedad, a las derrotas y a las victorias.

El Quinto Regimiento lo hizo.

«Al iniciarse un ataque se debe marchar rápidamente, de obstáculo en obstáculo, cambiando con frecuencia la dirección, aprovechando las irregularidades del terreno, árboles, etcétera, atravesando con rapidez los sitios descubiertos».

Todo, todo Valladolid, todo Burgos, encauzados y dirigidos por una fuerza negra, se ha volcado contra nosotros.

Es el momento de la gran ofensiva. De la «gran ofensiva del café» que iba a tomar Mola en Madrid entre mares de sangre.

Los de acero resisten y contraatacan. Su misión es ofender, entrar en las filas enemigas.

En estos momentos se está librando el combate más fuerte desde que empezó la guerra.

El cañón ha retumbado durante toda la mañana.

Jamás se han oído tal cantidad de disparos y de explosiones; jamás tal cantidad de sapos venenosos, de morterazos traidores; jamás las ametralladoras regaban la cuesta y el pinar de «finos mensajes de muerte» como aquella mañana.

Las balas *dum-dum* estallaban en los troncos de los pinos como disparos de pistola, como pétalos de una rosa destrozadora de carne; silbaban en el aire como pájaros acariciadores.

Se tiraba mucho y nerviosamente.

¡Se tiraba con rabia contenida de siglos!

Ellos, los cadetes, los curas, los requetés, sí sabían por qué tiraban: tiraban por sus privilegios, por sus fincas, por sus cuentas corrientes.

El humo es por arriba bastante espeso y él espera que eso le salve.

El tiroteo continuaba con toda intensidad, pero él estaba contento porque «no los habían visto», porque «no era a ellos».

Sin embargo, hubo cuatro o cinco bajas de rebotes.

«Por el tomate».

Por encima de ellos silbaban los obuses de una pieza de grueso calibre, que sin duda debía estar enfrente, del otro lado de la divisoria. Estallaban allá abajo, en la carretera, junto al pueblo de Guadarrama.

Federico había cruzado ya el claro, cobijado ahora detrás de una gran piedra. Estaba tranquilo.

Desde allí veía cómo los «aceros» iban cruzándolo rápidamente.

A uno se le destapó la cantimplora y se le derramó toda el agua. ¡ Con la sed que tenían!

Detrás venía Pacomio *el de las Viñas*, y Federico no pudo menos de reírse. Venía a saltos de panza. Parecía un gran sapo, con su colilla deshecha en la boca.

Detrás de él llegaban los restos de su familia y amigos del barrio de Usera. Él era como el jefe de una gran cohorte. *El Leoncio, el José, el Felipe, el Paco*. Uno de ellos tenía la cara llena de tierra.

—¡Pacomio, ya estás aquí! —dijo Pacomio *el de las Viñas*,

cuando llegó a la roca y su cara se volvió, vigilante, para ver cómo cruzaba su gente.

—¡Así da gusto hacer la guerra! Esto es orden, disciplina. Además, así hay mucho menor número de bajas. Cuando nosotros llegamos la primera vez era horrible.

Habló Martínez.

—¿Llevaba o no llevaba yo razón cuando te dije que fuéramos a alistarnos a «Francos Rodríguez»? Tú estabas empeñado en no moverte de aquí, y yo te decía que antes de luchar con eficacia teníamos que comer muchas sopas, y que solos y cada uno por su lado no hacíamos nada.

En aquel momento, uno se distrajo, y luego dos o tres. Se habían confiado demasiado.

Pasaban corriendo, a medio agachar, en vez de pasar a rastras.

La ametralladora de la copa del pino los vio. Ahora era la tierra la que hervía a balazos. Dos cayeron. Dos lograron pasar rápidamente. Uno quedó tumbado, con la cabeza entre las manos y detrás de una pequeña piedra. Hacía bien.

Nosotros tirábamos por nuestro pan, por nuestra tierra, por nuestra libertad.

Ellos, los campesinos movilizados, tiraban porque se lo mandaban los señoritos, y aquí se abría una enorme perspectiva.

Varias veces trataron los fascistas de Valladolid de apoderarse de nuestras posiciones; varias veces inútiles; varias veces sangrientas y sacrificadas.

Empezaba a caer la tarde.

Se enrabiaban las ametralladoras con sus lenguas de fuego. Se enrabiaban los morteros con sus coces de mulo falso. Se erguían como serpientes.

Un collado enrojecía como un horno eléctrico.

Y se removía de cascos, de manos empuñadoras de bombas. Silbaban las granadas Laffite como fatales peonzas

aéreas. Desde nuestras líneas oíamos las voces con que se animaban.

Desde nuestras líneas oíamos algo como latigazos, oraciones o blasfemias.

«¡Arriba España! ¡Viva el Fascio! ¡Viva el Requeté!». Parecían mulas de una reata trágica.

Pero los «aceros» no retrocedían. Caían, uno, dos, treinta, cincuenta.

Quedaban muchos: ciento noventa y nueve, ciento noventa y ocho, ciento setenta, cien.

Y más que vendrían nuevos, disciplinados, físicamente sanos y políticamente seguros.

Los de «arriba España» tenían que gritar ahora arriba la cuesta. El acero iba a tomar la ofensiva.

«El soldado ha de observar una rigurosa disciplina. Obedeciendo las órdenes recibidas durante su ejecución, no disparando nunca hasta que haya cubierto con el punto de mira el correspondiente blanco, no gastando municiones en balde».

«La disciplina exige a veces permanecer expuesto al fuego enemigo sin contestarle».

A nuestra izquierda la cuesta se curva hacia un collado, por donde se refleja una luz verdosa.

Allí aparecen, como en un vapor, retamas, zarzas y troncos medio quemados. Un humo de agua sobresale entre los troncos agudos y las ramas desnudas.

El monte arde con dificultad. Algunas retamas crepitan como troncos y en otras hierve el agua produciendo columnas de vapor.

La trinchera de los «aceros» era infernal, si es que podía llamarse trinchera. Apenas existía un pequeño desmonte, para cubrir las apariencias.

Ramas quemadas de pino, pifias y zarzas; piedras, matas apelotonadas, hormigas rojas, arañas y orugas; cadáveres y

sangre.

Caras y brazos, quemados y ampollados.

Federico era un «acero», un buen «acero», a pesar de su aparente frivolidad en cuestiones políticas.

Un «acero» era también Martínez. Un «acero» era Manuel del Río, y un «acero» quería ser Pacomio *el de las Viñas*, que a ellos se había añadido con sus pantalones caídos, sus vendas y sus botas torcidas.

El comandante Márquez dio la voz de ¡preparados!

Un buen saco terrero es algo cariñoso, casi femenino, cuando nos rodea una atmósfera de balas.

Se está a punto con la cara arrimada a la espillera, que parece suave. Es difícil dejarla.

Delante de Federico los pantalones de Pacomio *el de las Viñas* y sus polainas están ya de pie, y delante Martínez y Manuel del Río y cien más.

¡Esta guerra está más allá de Remarque y del pacifismo! A Federico le gusta ante todo la aventura.

Salen del parapeto retrocediendo. Van avanzando entre retamas y polvo rojizo. Delante de ellos hay un pequeño claro: es la zona más peligrosa. Hay sólo dos o tres piornos, retamas y piedras, pero no lo suficientemente grandes para protegerlos.

Martínez teme que los bata una ametralladora que los fascistas tienen emplazada en la copa de un pino.

Pacomio *el de las Viñas* va fumando un cigarrillo de setenta, torpemente liado; el tabaco se le cae.

Federico se adelanta algo. Él es rápido y se arrastra fácilmente.

Los peines que lleva en el bolsillo del *mono* se le clavan en un muslo y, al arrastrarse, tiene que ponérselos en el pecho.

Una zarza le desgarró la cara. Martínez, serenamente, mira.

Pero había que recoger a los dos heridos, que se quejaban

débilmente. Jamás los «aceros» han abandonado a un herido.

Los que todavía quedaban por pasar el claro, se detuvieron. Había que esperar. El enemigo empleaba entonces a fondo todos sus refuerzos.

Era ensordecedor el ruido. ¡Buen bautismo de fuego para el ACERO DE MADRID! Un mortero estalló al otro lado de la roca donde estábamos refugiados.

No hizo nada.

Pero había que recoger a los heridos.

Ya había varios dispuestos a ir, cuando por el fondo del claro aparecieron los camilleros que el Quinto Regimiento había organizado.

No dudaron ni un momento. Uno de los heridos había caído bastante abajo y no tuvo más que arrastrarse un poco hacia ellos.

Al otro hubo que recogerlo, pasase lo que pasase. Lo recogieron, y se lo llevaron rápidamente. De aquí iría en la ambulancia a Madrid.

Al Hospital que por encargo del Quinto Regimiento se había organizado.

El copo

El trozo por el que iban ahora, era ya mucho menos peligroso. Una garganta cubierta de zarzas y de un pinar espesísimo.

Era imposible que nadie les viera.

Dando un gran rodeo atravesaron la línea divisoria de la sierra y se internaron en el espeso y sombrío pinar del otro lado.

Volvió a oírse muy fuerte el estampido del cañón; cada vez más fuerte, demasiado fuerte.

Por encima de los pinos subía una densa columna de humo.

Sesenta y tantos hombres avanzaban conteniendo la respiración.

Pacomio *el de las Viñas*, con su colilla en la boca y el pelo lleno de telarañas y resina.

Avanzaban en guerrilla, distribuidos como les había enseñado el Quinto Regimiento, de obstáculo en obstáculo.

El último disparo del cañón les cogió muy cerca, casi les hizo dar un respingo. Una bocanada de aire caliente azotó los rostros.

Se oían ya las voces de los servidores de la pieza.

Por entre los troncos de los pinos se distinguía a un oficial, vestido caqui, con la rubia y rizada cabellera al viento, la rodilla ligeramente doblada y el pie metido en el césped.

Era Ángel Fernández Conde, que ya no silbaría más los *blues* de las películas de moda. Con él estaban cuatro o cinco jóvenes de *mono* fascista. Eran falangistas, aprendices de artillero.

De aquí en adelante ya todo fue coser y cantar. Jamás podían sospechar que setenta fusiles encañonaran desde los pinos a ellos, que estaban en la retaguardia.

—No era sorprendente que estuvieran muy pálidos cuando venían con nosotros. Lo que sí lo era es su inconsciencia y su frivolidad.

—El momento, sin embargo, era muy peligroso. Pudimos ser copados. Pero avanzaron los nuestros por el otro lado y los copados fueron ellos. No había más que mantenerse y hacer fuego.

En la retaguardia tuvieron que dejarse un camión con impedimenta. Nosotros perdimos a Guido Lazzaro Paolo.

¡¡No pasarán!! ¡¡No pasarán!! ¡¡No pasarán!! Márquez y Lister eran de los más emocionados.

La comandancia del Quinto Regimiento encargó a los «ace-

ros» que trajesen a Madrid los cadáveres de los héroes muertos en esta primera acción.

Al día siguiente, entre las ráfagas de balas, se buscaron y se trajeron.

En el cuartel de Francos Rodríguez estuvieron junto al de Guido Lazzaro Paolo.

Vistas al león del puerto

Los «aceros» del flanco derecho, habían subido a gatas por la carretera del puerto. Avanzaban sin disparar un tiro.

Con ellos iba Márquez; con ellos iba Guido Lazzaro Paolo.

Los fascistas no sospechaban que en el Madrid popular pudiera existir eso. Avanzaban entre postes, retama en flor y tomillo.

No hacían caso de las ametralladoras. ¡ No hacían caso de los muertos! Únicamente veían doblarse allá arriba la cuesta.

Únicamente veían iniciarse una curva y aparecer una casa medio destrozada y un león de piedra.

Después llegaron a ver aún otra cosa: el león del puerto.

¡Pero, ay! ¡Había quién despreciaba las fortificaciones!

Sin embargo se dijo y se repitió, lo murmuraron las balas, lo repitieron los vientos y lo rugieron los obuses.

Lo proclamaron las bandas y los armónicos de los aparatos de radio.

Lo pensaban y repensaban las verduleras, los traperos, los chóferes, los tranviarios, los metalúrgicos y los panaderos.

-Ese tío traidor de Mola no ha contado con que es Madrid, nada menos que Madrid, lo que tiene que tomar, y como no se dé mucha prisa se va a encontrar con un Madrid todo de acero.

¡A chulo, chulo y medio!

6

La retaguardia

¡Milicianos! ¡Por la máxima eficacia!

Millares de jóvenes se aprestan a combatir en defensa de la República.

Impulsados de entusiasmo, sin freno a su deseo de aniquilar al enemigo, forman en las patrullas de vanguardia.

La vida propia no importa nada cuando es la vida de un pueblo, acosado de traidores, lo que peligrá.

En varios frentes los jefes militares han tenido que poner un dique de reflexión a los enardecidos.

Es preciso que estos muchachos, sin antecedentes militares, pasen por un cuartel para recoger una instrucción.

¡Que el heroísmo rinda toda su eficacia al juego de una acción disciplinada y conjunta!

¡Milicianos! ¡Por la máxima potencia ofensiva!

—¡Un, dos, tres, aro!

—¡Un, dos, tres, aro!

—¡Un, dos, tres, aro!

Sobre el cuartel de Francos Rodríguez cae la tarde, demasiado suave y tardíamente para la actividad febril de los que se han pasado el día al sol y al polvo.

—¡Un, dos, tres, aro!

—¡Un, dos, tres, aro!

El estudiante Marcelo va enfundado de cargos oficiales; su cultura le sale en forma de saliva por la garganta. De tanto

pensar en la República, se le han puesto los dientes más incisivos, aunque no ha perdido nada de su sana alegría.

Un día apareció por el Quinto Regimiento en forma de molinillo de preguntas y respuestas.

—¡Un, dos, tres, aro!

—¡Un, dos, tres, aro!

Siguen los «aceros» no pensando en nada, no preocupándose de nada más que de ganar la guerra.

El estudiante Marcelo habló con uno de ellos.

Oye. Los labios del «acero» se mueven precisos y fríos; sus ojos, ardientes y serenos.

—En cada movimiento fascista hay siempre un gran financiado. El gran capitalismo, el capital monopolista es la base económica del fascismo, el que realmente se aprovecha de él, poniendo por medio del llamado «Estado totalitario» toda la nación a su servicio, a sus órdenes, a sus criminales deseos de guerra y expansión... Yo sé manejar la ametralladora, el fusil, el rifle de repetición y la pistola; todo ello y mi vida están a disposición de la causa antifascista.

El estudiante Marcelo no contesta. No puede contestar.

Doña Fernanda estaba asqueada. Justamente asqueada. Había devuelto los periódicos que le habían traído.

—Éste no es *mi ABC*.

Estaba dispuesta a devolver todo a la cara de aquel que viniese a hablarle de política.

Estaba justamente indignada, estaba justamente resentida, estaba justamente dolida.

En la habitación de al lado sus hijos, Felipe y Alfonso, jugaban al *pócker* con las Pineda, que habían subido del piso de abajo.

No querían saber nada, no querían enterarse de nada.

—Esperad un momento, que voy a traer pasteles y vino de

Málaga.

—¡Así vengan revoluciones y más revoluciones y guerras civiles!

—¡Ja, ja, ja!

Don Pedro Calderas y Ariza no sabía lo que se le había venido encima. Un cuñado suyo, el señor Revesz, alto empleado del Banco Español, había enloquecido y se había suicidado.

Don Pedro Calderas no podía comprender cómo su corazón no reventaba de cólera, cómo sus ojos miraban todavía detrás de los cristales de sus gafas.

¡Ahora sí que era seguro que ganaban los rojos!

—¡Oh, leñe! ¡Oh, Jesucristo! ¿Cómo lo has permitido? ¿Cómo consientes que esa plebe consiga sus propósitos?

—¿Y la finca? ¡Ni hablar! Ya se la habrán repartido los de Navalcarnero. ¡Y con lo exaltados que son!

—¡Oh, leñe! ¡Oh, Jesucristo! ¡Con lo bien preparado que lo teníamos!

El pijama se le había quedado estrecho, y las gotas de sudor le rebasaban las orejas y el cuello cuando daba vueltas y vueltas en su aparato de radio, buscando las emisoras fascistas.

—¡Caracoles con el calor que da esta radio!

—¡Caracoles con las circunstancias! ¡Qué me suban otro jarro de horchata!

Fefiñanes hablaba con el portero de su casa, al que durante años había abrumado con propinas.

—¿Quién, el Gobierno o los militares?

—Los militares, o sea los facciosos.

—No lo creo, Gaspar; ellos son católicos y no es posible que cometan esas crueldades que usted me cuenta. Yo, mire usted, no me he metido jamás en política.

No soy tan exaltado como el señorito Carlitos y el señorito Francisquito, que gracias a Dios ya están en sitio seguro; pero, desengáñese usted, repartir armas a esta canalla es una atrocidad.

—Pero, señor, alguien tiene que defender la República, al Gobierno legítimamente constituido.

—¡Ta, ta, ta, ta! Ésas son pataratas, Gaspar. Los gubernamentales son, en realidad, los sublevados, los insurrectos. Ellos son los que tienen la culpa de todo. Y tenga usted la seguridad de que antes o después, tarde o temprano, los militares vencerán. ¡Confío en Dios!

—¿Los militares? ¿Qué militares? ¡Los traidores, querrá usted decir, los facciosos, los canallas!...

—En fin, usted comprende...

Fefiñanes se sonreía sarcásticamente, bajo sus bigotes, entre sus mejillas y sus ojos, rojos de cólera.

—En efecto. Buenas noches, Gaspar, y tenga usted cuidado, no se comprometa mucho en favor del Gobierno *legítimamente constituido*. Solamente por un por si acaso...

Madrid seguía retumbando, brillante como si nada hubiese ocurrido.

Madrid aparecía todavía brillante de luces, florecido de bares, de puestos de horchata, de mesas para cañas de cerveza.

Allá en el Guadarrama unos cuantos idiotas se batían.

Eso pensaba el *Marrasquino*, sombrío tahúr, portero de *cabaret*, conquistador de mujeres fáciles y vago profesional.

¡Ahora había llegado la suya!

Eso pensaba golpeando la mesa de mármol con su última ficha de dominó.

—¿Vamos, camaradas?

Cuatro hombres salieron de la calle. ¡Ahora había llegado la

suya!

En la boca llevaban sendos puros, al hombro sendos fusiles.
Un coche les esperaba.

¡Cómo brillaba Madrid de noche! Todo él era suyo. ¡No había autoridad!

¡Incautar! ¡Requisar! ¡Asesinar! ¡Ésa era su labor! ¡Preparar la retaguardia! Otros habían elegido la disciplina, el frente. ¡Idiotas!

¡Allá ellos!

En la noche madrileña velaban cara a la sierra ojos conscientes, ojos disciplinados.

En cada esquina, en cada bocacalle.

En los cuarteles de los regimientos, en los partidos políticos, en las radios de las barriadas, en las casas de los sindicatos y de las Organizaciones.

En la noche todavía Madrid brillaba, y se cenaba bien, barato y alegre. La luz eléctrica parecía más pura y brillante que nunca.

No se oían los cañonazos ni los tiros del Puerto del León. Sólo se oía el viento sobre los árboles del Retiro, algún que otro *paco* y alguna autoritaria voz de alto.

Por la madrugada todo quedaba más en silencio. Cantaban las ranas, entraban y salían coches de las embajadas.

Cantaban los grillos, funcionaban las radios clandestinas. Madrid hervía de espías como de gusanos un burro podrido.

Del Quinto Regimiento salieron las primeras consignas: «¡Vigilancia en la retaguardia!».

Mientras los «aceros»:

—¡Un, dos, tres, aro!

Aprendían la instrucción para marchar al frente.

Agazapados, sombríos y torvos, otro grupo de fascistas activos esperaban en el fondo de una cervecería «que pasa-

sen estos momentos».

Sus ojos tenían el color de la cerveza negra y sus manos el de los mariscos.

—Había que organizar, organizar, organizar.

Fernando Ariz y Andrés Laso Cortegada se habían marchado. Ellos no lo habían conseguido, pero trabajarían en Madrid.

—Había que relacionarse, relacionarse, relacionarse.

La clandestinidad se abría delante de ellos, rica y prometedora, como una novia educada en el *Sacré Coeur*.

Y lo primero que hacía falta para poder trabajar bien, era obtener un carnet sindical o político o hacerse simplemente miliciano.

De arriba, les venía la gracia de Dios y de los Estados Mayores.

Consignas

«Vigilancia, vigilancia en la retaguardia».

«Disciplina militar».

«Unidad de mando».

«Unidad de plan».

En Madrid sonaba todo esto todavía con un aire machacón, con un aire pesado. Muchos en Madrid pensaban sólo en veranear en «Villarrevolución».

Madrid estaba llena de aguas subterráneas, de aguas fecales que a veces salían a la superficie.

Era muy fácil abrir las compuertas del Frente Popular a las alcantarillas fascistas.

Era fácil abrir las esclusas de los Estados Mayores.

En ellos florecía la planta venenosa del sabotaje activo y pasivo. Pueblos, sierras y llanuras se regalaban entonces al enemigo.

Y mientras tanto, en el Quinto Regimiento, las colas para enrolarse continuaban. El pueblo madrileño se ofrecía en carne viva para el sacrificio.

Acudían los hombres de Cuatro Caminos, de la Prosperidad, de la Guindalera, de la Puerta de Atocha y los Carabancheles; acudían con sus manos llenas de grasa mineral, de harina o de cal; acudían con sus uniformes de tranviarios, de trabajadores del Metro.

Acudían los tipógrafos, los mecánicos, los estuquistas, los chóferes, los albañiles, los panaderos, los músicos, los metalúrgicos.

El cuartel de Francos Rodríguez se hinchaba. Florecía como una copa de espuma de licor heroico.

También acudieron los campesinos: los soles de las diferentes partes de la meseta de Castilla la Nueva.

Acudían con regalos para los milicianos: con pollos, gallinas, conejos... Además, acudían con su vida. La que ofrecían en la ficha firmada.

Blusas y gorras toledanas, sombreros manchegos, pañuelos alcarreños, allí iban a defender sus barbechos, sus trigos, sus altozanos de tomillo, de romero y espliego.

Allí iban a defender sus montes, sus ríos de anguilas, sus huertas de fresa y espárragos.

Y venían al Quinto Regimiento, a su Regimiento, al Regimiento de España. Querían sentirse hermanos de sus mandos.

Querían ser mandados por sus compañeros de la ciudad o del campo.

La vista de un Estado Mayor entonces era algo que movía a risa o a llanto.

¡A ti te digo, Estado Mayor de los primeros tiempos!

De cuadros medios ni hablar, y en cuanto a los zapadores y fortificadores sobran, porque «bastaba con el pecho de los heroicos milicianos».

En este estado de cosas, el Quinto Regimiento penetró como una cuña, como un aguijón de acero.

¡Así no ganábamos la guerra!

Era de noche en el cuartel de Francos Rodríguez.

La Orquesta Sinfónica da un concierto para los milicianos, para los obreros y campesinos.

Contrabajos, tubas, violoncelos, flautas, trompetas entonan *La Internacional* en medio de un silencio emocionante.

Al principio todo el mundo está de pie, con los puños en alto y la cara pálida y emocionada.

Al principio todo el mundo mira las estrellas y los arcos de los violoncelos, sus ideales y el sacrificio de su vida.

Los *monos* azules y los rostros pálidos de los obreros escuchan, junto a las caras ennegrecidas y arrugadas de los campesinos.

Las blusas se abren, las alpargatas se pasan.

Los cigarros se apagan y la luz eléctrica brilla en medio de la oscuridad. Poco sabe Europa lo que es oír *La Internacional* en este ambiente.

Resbalan los dedos de los contrabajos en rápido acompañamiento. Los milicianos del Quinto Regimiento rompen a cantar.

Han llegado al colmo de la emoción y unen sus voces vigorosas al conjunto orquestal.

El aire de la noche es agradable y levanta ligeros remolinos de polvo y arena del enorme patio del cuartel.

Los milicianos están sentados en torno a la orquesta.

En este momento empieza la interpretación del serenamente apasionado «Kommintern», himno de la orientación y disciplina proletaria, ardiente y encauzada. El público lo oye, silencioso, y las paredes de los edificios tiemblan, conmovidas, por su firmeza.

Después se interpreta la «Joven Guardia», burbujeante de sangre joven, de impaciencia, de fe revolucionaria, de masas que marchan jubilosas forjando el porvenir.

Los jóvenes milicianos sonríen alegremente a este himno de juventud y alegría. Efectivamente, los poderosos reaccionarios tiemblan ante la guardia roja, y el pueblo, esclavizado de siglos, alcanzará su triunfo.

Finalmente se interpreta el Himno Nacional.

Los héroes tienen alegre el espíritu, como esta noche de Madrid, canícula de sencilla abnegación, de estrellas, de fuertes puños de acero.

Nocturno en Logroño

Negros, grises, engañadores, traidores se alzaron los oficiales rebeldes en el cuartel, sobre los muchachos que el Estado les había confiado.

En los primeros momentos les faltó valor para decir la verdad de lo que se proponían.

Les faltó valor y dijeron que la sublevación se había hecho para defender al Gobierno.

Les faltó valor para decir que era para implantar el fascismo en España.

Les faltó inteligencia para ver que era para regalar España al imperialismo italiano y alemán.

Les cegaba la chulería y la brutalidad histórica: el tupé, las cejas y los bigotes.

Les cegaban los leguis, los corrajes, los bombos y los cornetines de pistón; los frondosos paseos provincianos y las brillantes salidas de las misas aristocráticas.

Les cegaba ese vago canto azul que es la propaganda fascista.

Ellos querían dar una respuesta a los obreros en forma de desplante, de insolencia. *Ellos se apearon del coche de tu-*

rismo y cruzaron de un latigazo la cara del arriero que osó interponerse en su camino, obligándoles a dar un frenazo y asustando a las señoritas que los acompañaban.

Esto es en resumen la sublevación.

Los labios del coronel Maza Pelliza se hincharon como una trompeta.

—¡Soldados del regimiento de Ceriñola de Logroño! ¡Se ha producido un levantamiento faccioso contra el Gobierno; para evitar mayores males tenemos que acudir a Madrid, en aseo militar, para dar sensación de fuerza! La partida será mañana, a las cinco de la mañana. Espero que todos cumpliréis como bravos, como españoles que sois. ¡Viva la República!

En el patio del cuartel están, firmes y agrupados por compañías, hasta ochocientos muchachos.

Son campesinos de la Rioja, de la Demanda, de la sierra Cebollera.

Fueron traídos de las vides, de los barbechos, de las majadas, para servir a España, al Gobierno de la República.

Fueron conducidos a los cuarteles donde nadaban entre dos aguas los tiburones de la traición.

Allá fueron alegremente, con sus ojos de inocencia y su bozo incipiente, entre canciones y risas, tabaco de treinta, pipos y novias, a ponerse a disposición de los mandos del ejército republicano.

Ellos creían que eran honrados, que eran caballeros, y se confiaban a ellos. Esteban Rojas, sin embargo, sospechó algo y así se lo dijo a varios compañeros suyos.

—Yo, en cuanto tenga ocasión, me escapo.

Sería la del alba cuando salieron para Burgos. Sin armas de ninguna clase y con la conciencia volando a su espalda, como cometas de dolor prendida con alfileres a la carne viva.

En el camino terminaron con toda duda; se les unió una buena cantidad de individuos con boina roja y borla amarilla, armados hasta los dientes: eran los requetés de Navarra.

Brillaban los fusiles ametralladores y los cañones de las pistolas; fosforescían los escapularios y las nieves que aún quedaban en las sierras de esta parte de Castilla.

En Burgos les esperaban más requetés y falangistas, ataviados con *mono*, yugo y flechas, y boina pequeña coquetamente colocada a la francesa. Eran los de la localidad, aleccionados y dirigidos por el hijo del juez, Lucas Suso, joven de nariz gorda, nuez y gafas también gordas, y labios mal cerrados por dos dientes sobresalientes. El pelo lo llevaba fantásticamente peinado hacia atrás.

Eran de rigor los *arriba España* y los *dioses, patrias y reyes*.

En aquella estación Esteban Rojas oyó un grito nuevo: «Una Patria: ¡España! Un Caudillo: ¡Franco! Un estado...». Lo del Estado quedaba sin definir.

Se entrechocaban los fusiles ametralladores, los escapularios y los pechos de los fascistas, como cántaros viejos.

Los soldados esperaron más de dos horas en la estación, en los almacenes de pequeña velocidad. Las puertas estaban guardadas por parejas de falangistas o requetés. Los demás, pistola en mano, se mezclaban con ellos por parejas y los interrogaban:

—¿Tú de dónde eres?

—De la provincia de Soria.

—¿Oficio?

—Pastor.

—Muy bien; nosotros vamos a ir a Madrid en la misma compañía vuestra, en la que manda el teniente Espinosa. Espero que nos llevaremos bien. ¿Has militado en algún partido político?

—Ninguno, no señor.

—Y tú, ¿qué ideas políticas tienes?

—Yo... si le he de decir a usted la verdad, no tengo ninguna. Yo no sé lo que es eso.

Los ojos del campesino se abrían entre carne tostada. Eran pequeños y turbios. Parecían dos ratas acorraladas, chorreando miedo y desconfianza.

—¿De dónde eres?

—Del partido judicial de Calahorra; a mi pueblo le dicen Carcabuey.

¿Y tú?

¿Y tú?

¿Y tú?

Los campesinos no sabían qué pensar: sus padres, sus gallinas, sus barbechos, sus novias, algún editorial de periódico, mal leído en algunas ocasiones: todo se mezclaba en su cabeza, daba vueltas y, como resultado, salía lo de siempre: desconfianza.

Llegó el turno a Esteban.

—¿Y tú qué eres?

—Aprendiz de zapatero.

—¿Dónde?

—En Logroño.

—¿Qué ideas políticas tienes?

—Yo, ninguna... Español, leal a la República.

Otro falangista de más categoría intervino. Apartó con el codo al primero.

—¡Déjame lo a mí! ¡Apunta su nombre! ¿Cómo te llamas?

—Esteban Rojas Rodríguez.

—¿Con que tú dices que ninguna idea política tienes, pero eres leal a la República? ¿Cómo explicas tú eso?

—Pues muy sencillo. Yo acato el poder constituido.

—¿Y qué te parecería si el ejército español y la mayoría de los españoles se levantasen en contra del Gobierno? ¿Qué

te parecería?

—¡No entiendo!

—¿Cómo que no entiendes? ¡Pues está la cosa bien clara! ¿Qué te parecería?, repito.

—Yo no sé. Depende... Según los motivos.

—¿Has estado alguna vez en la Casa del Pueblo?

—No.

—¿Estás afiliado a algún sindicato?

—No.

—Pronto nos enteraremos si mientes y la pagarás. ¿Has apuntado su nombre?

¡Cuidado con este pájaro!

Por fin Esteban quedó tranquilo, aunque rojo de vergüenza e ira.

Más de sesenta compañeros se habían llevado los falangistas y no se volvió a saber más de ellos.

Mientras tanto, Lucas Suso, el jefe falangista, estaba desayunando en el café de la estación con el teniente Espinosa y varios oficiales. El coronel Maza Pelliza había ido a entrevistarse con el gobernador militar de Burgos.

Llegaron del Norte dos trenes militares más, con tropas y requetés.

El jefe de la estación era un ingeniero militar y los empleados estaban vigilados por falangistas. En las máquinas de los trenes iban falangistas, pistola en mano.

—La Falange es lo más vivo, lo más audaz —dijo Lucas Suso—. Hay qué ver la soberbia respuesta que hemos dado a la política del Frente Popular de Moscú.

—La Falange —añadía— no es más que una unión de corazones calientes y españoles, corazones de jóvenes. No vamos contra ningún partido político determinado. Estamos por encima de ellos. Nuestra idea es España y sólo España. ¡Amor español! ¡Hay que acabar con los partidos políticos! Y

con la interpretación económica y materialista de la Historia. A la Historia y a los hombres les mueve no la economía sino la fe, el amor. Si no, ¡véase la muestra!

—Eso es lo que nos mueve a nosotros —dijo un hombre alto, corpulento, medio calvo, moreno y peludo: Aspiroz, el jefe de los requetés.

Los falangistas eran más «inteligentes». Los requetés, hombres de pelo en pecho, como Vifredo *el Velloso* o Clodión *el Cabelludo*, representaban más «la tradición», «las virtudes raciales».

Los requetés eran más brutos. Los falangistas más traidores, más crueles, más consecuentes.

Las gafas de Lucas Suso estaban empañadas con el vapor del café caliente. Se las limpió con un pañuelo blanco, de borde negro.

Aspiroz, el requeté, se sonó entonces estrepitosamente. En todo eran igual los tradicionalistas.

—*Laus Deo!*

Burgos es una tierra blanca, amarilla y rojiza, con altos chopos que el viento norte desnuda sonoramente noche tras noche. Desde la estación se ven perderse los raíles de la vía en el infinito.

Burgos tiene un río, flor de cangrejos, dos o tres puentes y un grande y frondoso paseo.

El coronel Maza Pelliza iba delante a caballo.

Los oficiales le seguían de la misma manera, gallardos y agudos como estiletes. Después, gris y mortecina, la masa de la tropa, aplanada, medio descalza, en ayunas, en babia.

Detrás venían los requetés, muchos de ellos con barba y bigote, cantando con voces broncas, como los rugidos de cien bueyes lejanos.

Si te preguntan quién vive,

*responde sin dilación, ¡sin dilación!
voluntarios de la causa
y viva la Religión, ¡la Religión!*

Cerraban la marcha los falangistas. Éstos eran adolescentes, gañidos, buenos hijos de familia, provincianos, cloróticos unos, fofos otros, insultantemente deportivos, y atléticos algunos.

Todos llevaban fusiles ametralladores y pistolas alemanas. Iban taconeando y braceando audazmente.

Una cabeza charolada rubia, otra morena, otra castaña.

Delante iba Lucas Suso, y a su lado el abanderado llevaba el estandarte rojo y negro.

Esteban pudo verlos largamente.

Eran los mismos de la mañana.

El frondoso paseo temblaba bajo las pisadas ancestrales de los requetés, y se estremecía de cosquillas bajo el gracioso taconeo falangista. También se oscurecía de dolor al paso de la reata de esclavos españoles, las desoladas compañías del regimiento de Ceriñola.

Pasaron junto a varios cadáveres, colocados junto a la baranda del río y bajo un letrero: «Esto pasará a todos los cochinos marxistas», y como sello, el yugo y las flechas.

Pasaron por el Espolón, completamente desierto.

Solamente dos barrenderos viejos levantaron el brazo, como dos troncos de árboles centenarios, paralíticos de miedo. Así llegaron a un gran local. A la puerta había algunas gentes: varios sacerdotes, dos o tres jefes militares y unas quince o veinte señoritas y señoritos de la aristocracia burgalesa, hijos de caciques de los pueblos, de usureros, de jueces y notarios, de tenderos enriquecidos, sobrinas y sobrinos de canónigos, etc.

También había varias señoras y señores, con un aspecto tal, que parecía increíble se mantuviesen de pie sin desahacerse al sol y al viento.

Dentro del local se sucedieron los gritos de *arriba España, Dios, Patria, Rey...*, etc., y los saludos a la italiana.

Les entregaron un paquete de setenta a cada uno y les cosieron en la guerrera un escapulario: «Detente bala, el corazón de Jesús está conmigo».

El coronel Maza Pelliza volvió otra vez a poner los labios en forma de trompeta, para hablar del «resurgimiento nacional», «la resolución de España», «el glorioso ejército» y otras cosas, pero sin decir claramente en qué consistían. También llamó a los soldados «soldaditos», cosa que a Esteban le dio muy mala espina.

A continuación tomó la palabra Lucas Suso.

Habló del sol, del amanecer, del cielo azul, de los imperios españoles, de la «cultura occidental», puesta en peligro por los bolcheviques.

Tenía una voz aguda, que se convirtió en chillona cuando dio el grito de *arriba España*. Sus ojos parpadeaban febrilmente detrás de las gafas.

A continuación habló Aspiroz, el requeté, con voz profunda y entrecortada. En su cabeza, un poco calva, brillaban algunas gotas de sudor, como si la hubiesen regado con un sífon. La boina, colorada y amarilla, le había dado un calor espantoso durante toda la mañana.

Su discurso fue el menos lírico y el más breve. Nada de amaneceres, de soles nacieses ni dorados imperios. Nada de «cultura occidental». La cultura occidental era liberal y atea.

En resumen, no dijo más sino que, como los antepasados, había que volver a luchar por la Fe.

Después tomó la palabra un sacerdote gordo, sin duda un obispo o canónigo muy importante.

Fue acogido con grandes aplausos. Tenía el rostro cuidadosamente afeitado, las carnes blancas, los ojillos azules e inocentes, como cargados de una bondad pesada, semejante a un sueño reparador.

Su voz era suave, dulce, como la mantequilla de Soria.

Los momentos eran graves para España, pues irnos desgraciados y pobrecillos ignorantes, dignos de compasión, y a los que deseaba que Dios, en su infinita misericordia, les perdonase, habían puesto en peligro la «paz social», por seguir las prédicas del enemigo.

Tal vez habría que luchar, tal vez habría que derramar sangre; pero no importaba, porque Dios estaba con sus fieles como un pastor con sus ovejas, y al fin les daría a todos la bienaventuranza.

Las carnes blancas se iban tiñendo de un vivísimo carmín a medida que hablaba, y sus ojillos, antes apagados, soltaban chispas de alegría o de malicia.

Parecía que iba a romper a reír a carcajadas.

Su color blanco, sus mejillas sonrosadas, sus ojos azul purísimo, se mezclaban y se borraban con la distancia. Parecía un cielo amaneciente primaveral.

¡El verdadero amanecer de España!

A modo de un cargamento de carne fría, fueron metidos a las dos de la tarde en camiones.

El obispo o canónigo dio, antes de partir, la bendición a la carne fría y la regó de agua bendita.

Allí se quedó, con su mirada perdida en el infinito, mientras corrían Espolón arriba, en busca de la carretera de Aranda.

Chopos y chopos. Campos arrancados a España.

Campesinos más bajos, más morenos, más desgarrados que nunca, que se arrastran por entre los rastros, mirando a la sequía del cielo, a los arroyos secos, a la sequía de la política y otra vez a la cruz de la torre de la iglesia.

Campesinos vueltos a sumergir en la ignorancia y en la locura desconfiada, contemplando los cadáveres de sus hermanos fusilados.

En medio de las tierras castellanas se tiende, teatral, blando

y abyecto, el histórico saludo italiano.

Rien sólo los usureros, los caciques, los sanchopanzas, las trotaconventos y las celestinas de Castilla.

Los buscones adulan a los señores.

Don Carnal, terrateniente, se ceba, junto a las tapias de los cementerios, en los cadáveres de los castellanos dignos y batalladores.

Llegaron a Aranda de Duero, donde hicieron noche.

El Duero escapaba libre y feliz hacia el mar, hacia la libertad. No había quien pudiera sujetarlo. Esteban Rojas pensó que era como el pueblo español. Nadie podía encerrarlo, y todo lo que dijeran de Madrid y del resto de España era seguramente falso.

En Aranda les acondicionaron alojamiento en un gran garaje.

Esteban Rojas tuvo ocasión de hablar con sus compañeros. Todos estaban temiendo algo muy malo, aunque no sabían a punto fijo lo que ocurría.

Los falangistas y los oficiales les vigilaban constantemente y les dijeron que las tropas del general Mola habían entrado victoriosamente en Madrid.

—Toda España, excepto algunos pequeños núcleos, está por su glorioso Ejército y por sus personas decentes. El marxismo y la anarquía han sido aplastadas al tratar de sublevarse en Madrid contra el Gobierno de la República.

Propaganda en las filas enemigas

Mientras tanto en Madrid se trabajaba. Se trabajaba y se veía.

Desde las terrazas del Quinto Regimiento no solamente se veía la sierra.

El gigante Quinto Regimiento miraba por encima de ella,

con sus ojos inteligentes y acerados.

Veía toda Castilla la Vieja, ensangrentada y desierta. Veía los campesinos, humillados y robados.

Veía las columnas de campesinos uniformados, forzados a combatir contra sus hermanos, en contra de sus intereses.

Veía el terror con que eran amenazados y oía las mentiras con que los oficiales trataban de justificar su traición a la patria.

Observaba los ojos desorbitados, los labios pálidos de ira, los puños crispados en los bolsillos izquierdos, mientras con la mano derecha se saludaba a la italiana.

Observaba los muros socavados, las paredes huecas bajo los desfiles aparatosos, los cimientos carcomidos de todo el edificio de la traición sin base.

Observaba el sentimiento de simpatía que existía entre los campesinos castellanos, gallegos, aragoneses y andaluces hacia la causa del pueblo.

Observaba, en fin, que los hermanos eran hermanos, por encima de todos los entorchados y de todas las traiciones.

De todo esto podía extraerse un arma gigantesca, eficaz y terrible, con la que los fascistas no podrían jamás contar, avivando el fuego de esta fraternidad.

El Quinto Regimiento no solamente sabía disparar ametralladoras. Sus hombres sabían también, con oportunidad y acierto, manejar la máquina de escribir.

Aquella noche Esteban Rojas pudo hablar mucho con otro compañero suyo, Francisco Villanueva, con un sargento y varios cabos.

Todos coincidieron en que se trataba de una sublevación militar fascista, aunque no sabían si en realidad había triunfado o no en Madrid y en las demás capitales de España importantes.

Quedaron juramentados para escapar en la primera oca-

sión, caso de que hubiese lucha.

Tres oficiales paseaban, pistola en mano, pero ellos fingían hacer cola para beber agua en un grifo próximo.

En este momento el corneta tocó «silencio».

—¿Qué hacéis aquí? —dijo el teniente Espinosa, que mandaba la compañía—. ¡A dormir! Está prohibido salir del dormitorio varios a la vez.

Todos callaron.

—No lo sabíamos, mi teniente —contestó el sargento.

—Pues ya lo sabéis. Que no tenga que volver a repetirlo.

Los ojos del teniente les miraban, fijos y desconfiados. Era un muchacho delgado, barbilampiño, con ojos grandes y dulces, boca delicada y manos finas.

Una voz suave, forzada al máximo, salió de su garganta al tiempo que levantaba el brazo.

—¡Arriba España! —gritó rabiosamente.

—¡Arriba España! ¡Arriba España! —le contestaron los otros, con ojos llameantes, los puños crispados, las manos en los bolsillos.

El teniente estaba lívido de ira.

—¡Arriba el brazo! —gritó—. ¿Todavía no sabéis saludar a los españoles?

El teniente Alcocer se acercó, pistola en mano. Todos estaban ya con la mano trémula a la altura de los ojos.

—Tú te llamas Esteban Rojas y eres de Logroño —dijo el teniente Alcocer—. En Burgos me han hablado de ti. ¿Eres socialista?

—No.

—¿Has estado en la Casa del Pueblo?

—No.

—Bien; averiguaremos. Y ahora vamos a apuntar el nombre de los otros. ¡Mejor que traigan la lista de la compañía y les

haremos una señal! En estas cuestiones hay que tener mucho cuidado. Luego sacaremos una copia de los sospechosos y se la entregaremos a los de Falange.

Al día siguiente, a las ocho, salieron.

Ya formados para salir en los camiones, el teniente Alcocer hizo traer a un confidente de Logroño, un antiguo limpiabotas que ahora estaba de asistente.

—¿Conoces a éste? —dijo señalando a Esteban Rojas. El confidente afirmó con la cabeza.

—¿Le has oído hablar alguna vez de política? El confidente negó.

—¿Sabes si ha estado afiliado a algún sindicato? El confidente negó.

—¿Tienes alguna referencia de sus ideas políticas? El confidente negó, finalmente.

—Está bien —gritó el teniente Alcocer—. Como se confirman las sospechas que tenemos sobre ti, yo con ésta, ¿]a ves?, te pego un tiro en la cabeza.

Este mismo examen lo hicieron a muchos que eran de Logroño. El descontento era cada vez mayor entre la tropa.

A las tres de la tarde llegaron a Cerezo de Arriba.

En este momento voló sobre ellos un aeroplano. Los soldados no tenían ni la menor idea de lo que esto podía significar, pero los oficiales, muy nerviosos, les mandaron que se echaran bajo los camiones y se refugiaron corriendo en los portales de las casas.

Así lo hicieron, y esto fue una verdadera suerte. El avión descendió y arrojó una nube de proclamas impresas en papel rojo, sobre los tejados, las calles y plazas del pueblo.

Cuando los soldados salieron de los portales, los oficiales y los falangistas estaban en medio de las calles, pistola en mano.

—¡Al que toque una de esas proclamas, le mato como a un

perro! Seguidamente, varios falangistas se dedicaron a recogerlas y quemarlas. Pero todo fue inútil. Muchas de ellas habían sido ya leídas. Empezaban así:

¡HIJOS DE ESPAÑA!

¡Soldados de las fuerzas de Mola, Cabanellas y Franco! ¡Soldados que os llevan arrastrados, coaccionados o engañados los militares vendidos a un contrabandista...!

Los traidores que han faltado a su juramento están ensangrentando España. Para comprar armas, han vendido al extranjero pedazos de nuestra tierra.

La inmensa mayoría de los españoles están en pie contra ellos. Querían tomar Madrid y en Madrid están hasta las mujeres y los niños luchando por defenderle.

Serán aplastados porque la traición no puede triunfar.

Muchos de vosotros vais a la fuerza al lado de ellos y otros engañados.

Ya veis cómo no triunfan, cómo no solamente no toman Madrid, sino que serán aplastados.

Venid a nuestro lado. Seréis recibidos por el pueblo con los brazos abiertos. Nosotros no maltratamos a los que vienen a nuestro lado desengañados. Fusilaremos a Franco y a Mola antes de que preparen su huida al extranjero.

El efecto moral, entre los soldados de Ceriñola fue fulminante. Un rayo de luz había iluminado sus cerebros.

Ahora veían claro.

Los militares se habían sublevado contra el gobierno del Frente Popular. En Madrid habían fracasado. Madrid seguía siendo del gobierno del Frente Popular y a ellos les llevaban a tomar Madrid, a luchar contra sus hermanos los republicanos, los socialistas, los comunistas, los anarquistas.

Aquella noche florecieron las conversaciones clandestinas

entre los soldados de Ceriñola, como los grillos en las estepas castellanas. Solamente había una idea fija: pasarse a los leales.

De nada servía que los oficiales, los falangistas y requetés saltaran de grupo en grupo como cigarrones negros.

Los evadidos

Al sur de Cerezo de Arriba la llanura castellana se hincha, se abre en dos cuerdas retorcidas de rocas, de tierras altas, estériles y tristes. A un lado está el pico Cebollera; al otro, los montes Carpetanos; en medio, el puerto de Somosierra, como embudo seco, como gargantón áspero, rojizo y amarillento, con las cuerdas bucales hinchadas, sin saliva y sin lengua.

El paisaje es de los menos pintorescos del mundo;

Por unos campos cegadores, bajo un sol infernal, sube la carretera desarrollada en agrias revueltas.

Por ahí subían los camiones de los traidores.

Tres aviones facciosos volaron sobre ellos. Tres trimotores «Junker», negros y pesados, arrojando octavillas.

Ahora sí que había que cogerlas.

Y los falangistas dieron ejemplo, partiéndolas.

En ellas se decía que Mola estaba a las puertas de Madrid, que estaba entrando, que el empuje de las fuerzas nacionales era arrollador. ¡Ni una palabra que justificase todo esto!

Al poco tiempo se oyó intenso fuego de cañón y de fusilería. El teniente Alcocer reunió a sus hombres, y les dijo que se preparasen a entrar en fuego con una pequeña columna de marxistas que había logrado escapar de Madrid y a la que, afortunadamente, habían logrado sorprender las fuerzas que nos precedían.

Los colocaron en los parapetos, mezclados con los falangistas. Detrás había ametralladoras, manejadas por oficiales,

para enfilear a los que tratasen de retroceder.

A unos doscientos metros se distinguía un grupo de hombres agazapados, desplegados en guerrilla.

Esteban Rojas no pudo por menos de dar con el codo al cabo Francisco

Villafranca, que estaba a su lado.

¡Eran ellos!

¡Eran las milicias del pueblo!

¡Eran sus hermanos!

Los ojos se les llenaron de lágrimas, de lágrimas que temblaban con el viento. Contra ellos se les ordenó hacer fuego. Los falangistas y requetés lo abrieron pronto; a los de Ceriñola les costó más trabajo.

Así llegó la noche. La guerra quedó reducida a pequeños tiroteos. De vez en cuando un pobre *paco* «rojo» saltaba, y los fascistas le daban una adecuada contestación de arma automática.

En cambio, la Naturaleza adquirió toda su fuerza como si nada pasara. El silencio se convirtió en cantar de millares de grillos, de chicharras, de mochuelos.

Somosierra se despertaba. Estaba allí, a pesar de haber tiros, a pesar de haber traidores, a pesar de haber fascistas.

Se conversaba en voz baja en el parapeto fascista. Esteban Rojas oía el latir de las venas de su cuello.

Un requeté, joven y colorado, al que Esteban conocía de vista, tendió un insulto a los «rojos».

—¡Hijos de la «Pasionaria», no vais a parar de correr hasta Madrid!

Allá abajo se oyó una voz que contestaba algo que no se percibía en la distancia. Sonaron otros disparos sueltos y todo volvió a quedar en silencio de grillos y corriente de aguas.

Y de pronto sucedió lo extraordinario: el espíritu del Quinto

Regimiento que hizo aparición en medio de la cuenca montañosa. Una gran voz, una potente voz dominó todos los ruidos, extendiéndose a muchos kilómetros a la redonda, por cerros y montañas.

Los oficiales y los falangistas escupieron palabrotas y dieron orden de disparar, pero la voz dominaba todo, su garganta eléctrica era potentísima.

Es la radio de Buitrago, «E.A.J.7.— Unión Radio de Buitrago», que comunica las noticias del día, y la verdadera situación de España.

Hasta los mismos falangistas han enmudecido, impresionados. Quieras que no tienen que oír, tienen que escuchar, aunque se tapen los oídos, aunque se muerdan los puños de rabia y aun los mismos escapularios.

La voz de la radio de Buitrago lo domina todo, y retumba por montes y valles, por las trincheras y los reductos, por las baterías y los nidos de ametralladoras. Para los jefes fascistas esta voz es un tormento indecible, pero, para los soldados engañados, es una revelación.

Esta voz les llama hermanos de clase; les dice que no tienen nada contra ellos; les aconseja que abandonen las filas fascistas y se pasen a las avanzadillas del pueblo, donde serán atendidos y tratados como camaradas; les explica la verdadera significación del movimiento y cómo luchan contra los intereses de ellos, de sus padres, de sus hermanos; les desenmascara las verdaderas intenciones de los jefes fascistas, de los militares traidores, de los señoritos y de los curas, que los arrastran.

Es la voz del Quinto Regimiento:

«Si queréis luchar por vuestros intereses y por vuestro porvenir, fusilad a vuestros jefes fascistas y pasaos a nuestras filas, para luchar al lado de nuestros hermanos».

Esteban Rojas está agarrado de la mano de su compañero; la sangre le hierve, nota que se funde en un nuevo ser, que un demonio o un dios le sube de las entrañas a la cabeza.

—¡Es el pueblo, es el pueblo! —dice—. ¡Somos nosotros!

En efecto; era el pueblo, el pueblo inteligente, el pueblo organizador, el pueblo de Madrid en pie de guerra; el Quinto Regimiento.

Los fascistas tenían que hacer algo. Tenían que contestar con sus razonamientos, tenían que emborracharse a tiros.

De madrugada ordenaron un ataque furioso. Primero iban los de Ceriñola; detrás los falangistas y requetés; a retaguardia quedaban los oficiales, con las ametralladoras enfiladas.

En este momento oyeron ruido de gente, que se acercaba arrastrándose. El teniente Alcocer les dio el alto y, a menos de veinte metros, se oyó la voz de *fuego*, dada por el comandante Francisco Galán.

Inmediatamente empezó el combate. Los fascistas respondieron, rápidos y con gran violencia, al ataque de los milicianos.

El teniente Alcocer, a grandes voces, dio la orden de avance. Por lo visto creía que se trataba de una chulería fascista más.

Desgraciadamente para ellos, la orden fue seguida por algunos requetés. Pronto sonaron las voces de los heridos y empezaron a caer bombas de mano.

Esteban Rojas y su compañero estaban en un flanco menos batido. Consideraron que había llegado el momento.

Se desembarazaron de sus fusiles y se arrastraron a toda velocidad hasta llegar a un agujero.

Un requeté, gordo y colorado, les había visto y hacia ellos apuntó un fusil ametrallador, rebosante de balas *dum-dum*.

La culata del fusil rebotaba sobre los escapularios y las medallas que llevaba en el pecho.

Cuando se tiraba de cabeza al agujero, una bala *dum-dum* atravesó el muslo de Esteban Rojas.

Al cabo de dos horas huyeron los fascistas, y Esteban Rojas

y su compañero, el cabo Francisco Villafranca, se atrevieron a asomar la cabeza.

Hacia ellos venían unos hombres. Unos *hombres*, unos *hermanos*.

Los dos evadidos juntaron sus pechos con el del comandante Francisco Galán.

Al poco tiempo se oyó un vivo tiroteo en las filas fascistas y al amanecer las descargas cerradas de los fusilamientos.

Todavía se oían cuando el cielo estaba ya azul, como los ojos del obispo de Burgos.

Los campesinos riojanos habían muerto por la causa del pueblo.

La gran boca de Somosierra salía de entre la niebla y el humo que se pegaba a la tierra. En lo alto se veían nubes doradas.

En las filas fascistas, un sacerdote, traidor a España y a Jesucristo, dirigía un rosario, que comentaban los requetés con voces de bueyes lejanos. Era por el alma de los campesinos de la Rioja fusilados.

¡En España amanecía!

Otra vez el Guadarrama

Al oeste del pueblo de Guadarrama existe un monte muy espeso, que pertenece al antiguo y famoso latifundio de Cuelgamuros. Por él avanzan los milicianos, silenciosamente, a copar un grupo de fascistas que tienen instalados unos nidos de ametralladoras, con las que se dedican a hostilizar al pueblo de Guadarrama.

Van dirigidos por Enrique Líster.

A través de esta marcha sin incidentes se siente palpar el espíritu que los anima. Todos saben a qué van y por qué van.

Todos lo hacen voluntariamente, sabiendo a lo que se ex-

ponen, la significación y la fuerza del enemigo.

Es de noche y el silencio absoluto. No se oye más que rumor de pisadas trepando por la montaña y tiroteos aislados.

Detrás vienen otros grupos, y por la derecha y la izquierda otros, todos subiendo silenciosamente.

La expedición es peligrosa y el que quiera puede marcharse; pero nadie lo hace; se moriría de vergüenza, que es la peor muerte que puede sufrir un hombre.

Al amanecer llegan a un sitio más despejado, cercano a la cumbre. Allí el silencio es aún más impresionante. Se agrupan en guerrillas, preparan los fusiles y las ametralladoras, y descienden para caer sobre el enemigo.

Son emocionantes las últimas pisadas silenciosas, antes de que el estruendo de la fusilería atruene toda la ladera.

Una voz cavernosa grita un *alto*, en el que se refleja gran susto. Responden los fusiles y las ametralladoras ligeras.

Replican fusiles y ametralladoras del otro lado. Pronto entran en acción las granadas de mano.

—¡Fuerte el brazo y cuerpo a tierra!

—¡Fuerte el brazo y cuerpo a tierra! Heroico vaivén del bombardeo.

Del otro lado también caen granadas, pero el «acero» resiste y resiste. Enrique Líster da la voz:

—¡Adelante, muchachos!

Y adelante se van, para luego retroceder.

Pero los «aceros» no cejan; nada importan las bajas, nada importa el peligro. El enemigo, al fin, parece buscar el modo menos peligroso de escapar.

Tensas las voluntades, tensos los músculos, un esfuerzo más. Enrique Líster lo inicia; Enrique Líster lo dirige.

—¡Más bombas! ¡Allí, por encima de aquella piedra! Un esfuerzo más y los «aceros» lo consiguen.

Ya es completamente de día. Varios cadáveres; una ame-

tralladora en perfecto estado, camuflada entre ramas de pino y retama. En el suelo varios hombres cubiertos de sangre, y entre ellos dos jefes: un capitán de infantería y un alférez. Algo más lejos un tonsurado, con *mono* azul, despanzurrado por una granada.

Y cubriendo el suelo algunos frascos de coñac, paquetes sanitarios con cápsulas de morfina, un gran crucifijo, varios rosarios y un libro de oraciones.

Todos los cadáveres llevaban escapularios con este letrero: «¡Detente, bala; el corazón de Jesús está conmigo!».

Todo lo contrario del valor sereno, del sacrificio consciente.

El valor de los fascistas es como el de los caballos de la Plaza de Toros; necesitan taparse los ojos.

Octubre número 11

Por el oeste del Puerto del León, en la cima de Cabeza Lijar, se divide la sierra en dos ramas de azulados collados que van a perderse, melancólicamente, unos en las parameras de Ávila; alegremente, otros, en las aguas transparentes y rápidas del Alberche.

Al principio de estas bifurcaciones, en una pradera rodeada de pinos y rocas está la posición leal de Navazuelas, y en el fondo de un alto barranco el pueblo de Peguerinos.

Malos vientos corrieron por estas sierras el domingo por la mañana; vientos africanos y morunos, vientos de traición.

De la parte de Pinares Llanos bajaron los tabores de regulares que los fascistas azuzaban.

Venían entusiasmados del triunfo, borrachos de sangre humana y de mujeres españolas.

En nombre de la «cultura occidental» tomaron Peguerinos; en medio de una algarabía marroquí violaron mujeres, fusilaron, devastaron. Los oficiales fascistas se retorcían los bigotes, satisfechos.

Buenos vientos soplaron en Peguerinos el domingo por la tarde. Vientos que rodearon el pueblo, vientos que lo tomaron.

Por Navalperal, por Peguerinos, por Guadarrama, por Navacerrada, por los Altos Puertos de Malagosto y Reventón, por el embudo de Somosierra el Quinto Regimiento, el pueblo de Madrid mantenía la sierra cerrada.

De cumbre a cumbre había, tendido, un alto letrero de voluntades: *No pasarán*. La primera *n* estaba en Navalperal, la última en Somosierra.

Contra esto se estrellaba la ciencia y la técnica traidoras, los equipos de fusiles ametralladores, las balas *dum-dum*, los falangistas, los requetés, los curas y los moros, los oficiales y paisanos traidores a España.

El Quinto Regimiento había dicho: *No pasarán*, como más adelante diría:

Pasaremos.

Sierra de Guadarrama, sierra española.

Tan seca y tan castellana, tan alta y tan clara. Tan querida por el pueblo de Madrid.

Tú nos dabas fresca y salud en otros tiempos; ahora nos das parapetos y coraje. Con tus brisas cortadas por las bombas, con tus lomas rotas por las granadas, eras y sigues siendo como una muralla inerte entre la luz y la sombra, la vida y la podredumbre, el agua y el cieno.

Por tus cumbres corren las ráfagas de balas que dividen dos mundos, los remolinos de sangre y las oleadas de voluntad y coraje humano.

Miles de miradas se cruzan sobre el lentisco, sobre el tomillo, bajo las ramas de los pinos; se cruzan y se entrecruzan inteligencias y conciencias políticas.

En tus collados y en tus gargantas se apoyan, vigilantes, los cañones de centenares de fusiles y los trípodes de las ame-

tralladoras; los brazos, los pechos y las mejillas de los hijos de Madrid.

Una bala de cañón pasa zumbando y roza las ramas de los últimos pinos.

¡Eres, tú, cordillera de fuego!

Un hombre cae con el pecho destrozado por una bala explosiva. Apenas tiene tiempo de decir:

—¡Salud!

¡Eres, tú, cordillera de sangre, de sangre heroica!

«Francos Rodríguez»

¡Brilla, sol! ¡Brilla, aire! ¡Brillad, voluntades! ¡Brillad, consignas políticas!

¡Brilla, tiempo!

Llevamos un mes de lucha, un mes de organización, un mes de Quinto Regimiento.

Los fascistas lo tenían todo: armas, hombres, ejército; los antifascistas no teníamos nada, más que voluntad, fe y razón.

Los fascistas tenían la técnica, la disciplina, la unidad de mando; los antifascistas teníamos la ignorancia, la desorganización, la anarquía militar.

Los fascistas tenían el apoyo material de los gobiernos fascistas; los antifascistas teníamos sólo el apoyo moral del proletariado de todos los países.

Los fascistas tenían armas; los antifascistas teníamos pechos.

Los fascistas tenían Estados Mayores; los antifascistas teníamos conciencia política.

Los fascistas tenían fuerza; los antifascistas teníamos sangre.

Los fascistas tenían los moros y el tercio extranjero; los anti-

fascistas teníamos el proletariado madrileño y el Quinto Regimiento.

¡Brilla, sol! ¡Brilla, tiempo! El Quinto Regimiento desfila. Desfila en una escuela de salesianos de Cuatro Caminos. Desfila ante Lister, ante Márquez, ante Modesto.

El pueblo desfila ante el pueblo, ante sus hijos predilectos.

Del blanco de los andamios; de las leznas de los zapateros; de las chispas de los motores eléctricos; de los chorros de vapor de las locomotoras; de las tuercas y los tornillos; de las poleas de transmisión puede salir una fuerza militar.

Del sentimiento de las azoteas; de las torres, de los téjalos, de los paseos, de las calles, de los hogares, de los cafés, de las tabernas, de todo esto en peligro puede salir una fuerza heroica.

Todo esto ocurrió en Madrid: lo consiguió el pueblo organizado.

Los fascistas en Guadarrama se volvían, desesperados, a la Castilla negra, a Burgos, a Valladolid, a Salamanca a Italia y a Alemania.

Se miraban al espejo.

Los espejos devolvían lumbre.

¡Cincuenta kilómetros al Madrid del Frente Popular!

En invierno sacude el viento cresterías heladas.

Los ríos se derraman en primavera.

El sol abrasa en el verano.

Los mares destrozan las rocas de las costas.

«Los fascistas en Guadarrama no consiguieron adelantar ni un paso».

Después los moros, la legión extranjera, Alemania e Italia, tuvieron la palabra.

Pisadas regulares baten la arena.

Voces serenas templan el aire.

Acero de los fusiles encallecen las manos.

Son los nuevos batallones de la victoria que el Quinto Regimiento ha creado.

Son los nuevos batallones formados por hombres templados en la lucha.

Son los nuevos batallones de hombres dispuestos a sacrificarse.

Son los nuevos batallones de hombres seleccionados en el frente, perfectamente disciplinados, perfectamente sanos, perfectamente conscientes, que saben que su vida no significa nada cuando se trata de librar a la nación entera del fascismo.

Allí habla Luis Martínez. Allí habla Jesús Hernández. Allí habla Álvarez del Vayo.

Allí lee Márquez.

«Me comprometo a estudiar las ciencias militares».

«Me comprometo a acudir en defensa de la República democrática española al primer llamamiento».

Allí trescientos hombres, sobre los cuales estaba la Historia de España, contestaron:

«¡Prometo!».

TERCERA PARTE

Termina en el Ejército Popular

No por el Norte. Por el Oeste

No por el Norte. Por el Oeste.

No con españoles. Con moros.

No con «personas de orden». Con aventureros del tercio extranjero.

En las dehesas de Extremadura se preparaba, se meditaba, se azuzaba.

Entre las encinas y los alcornoques se calentaban los motores «Maibach», los motores «Diesel».

Se frotaba, hasta dejarlo relumbrante, el acero de Essen.

El duraluminio alemán reflejaba caras africanas, narices achatadas, dientes blancos.

Allí se caldeaba en el ambiente la ofensiva definitiva.

La traición se había consumado. No eran suficientes los fascistas para aplastar al pueblo. Había que traer a los moros, a los regulares, al tercio extranjero.

Había que recurrir, fuese a lo que fuese, para vencer, ya que los fascistas y el ejército traidor, por sí solos, no podían dominar al pueblo.

Un mes llevaban en Guadarrama y no habían conseguido avanzar. Un mes llevaban en Somosierra, y tampoco.

Un mes llevaban en Sigüenza, y que si quieres.

Franco, el nuevo conde Don Julián, abrió la puerta de Calpe a las fuerzas africanas.

Abrió los aires de Gibraltar a los trimotores cargados de cabilas, para lanzarlas contra sus compatriotas.

Y allí estaban, en Extremadura, sobre las sierras de Guadalupe, sobre las huertas de la Vera.

¡Oh Tajo! ¡Oh Cáceres! ¡Oh Vera!

Los fascistas son brutos, brutos y criminales.

Los fascistas son traidores a la Patria.

Que hubieran hecho propaganda.

Que hubieran ganado elecciones.

No, no; los fascistas españoles compran su triunfo al extranjero.

El precio es la Patria.

Sí: avanzaron. Sí: ganaron.

Sí: tomaron Oropesa con su castillo, con su sierra de Gredos al fondo. Sí: tomaron Talavera.

Sí: nosotros retrocedimos. Sí: rodamos como pelotas, sin tener un cañón que clavar en tierra, sin tener un avión que clavar en el aire.

Sí: cruzamos las aguas rápidas del Alberche a la carrera: con quince trimotores alemanes encima, con la traición a retaguardia, con las cabilas enfrente.

Sí: retrocedimos hasta Toledo.

Los fascistas se habían adelantado, los fascistas recurrían a todo, los fascistas no tenían escrúpulos.

Allí fueron nuestras fuerzas mejores de la sierra, y fueron barridas como hojas de un periódico bien intencionado y halagador.

¡Era el fascismo internacional nueva fuerza violenta, frívola y criminal! Para capitalistas despechados estaba hecha y para cerebros lanudos. Para mujeres con lunares y para intelectuales alquilados.

Para principios convencionales y para hipocresía secular.

¿Qué os habéis creído? Éste es el fascismo.

¿Qué os habéis figurado, españoles?

¡Buena os ha caído encima!

Os habéis atrevido a irritar a Italia y Alemania. Os habéis atrevido a opinar sin su permiso.

Os habéis atrevido a desafiar al mundo de los banqueros, de los negocios sucios, de los «straperlos» internacionales.

¡Ja, ja! ¡Pobre España! ¡Pobre pequeño país!

¡Ja, ja! ¡Pobre país atrasado, con sus generales tan brutos, tan analfabetos!

¡Cómo han caído en el lazo de Maquiavelo! ¡Cómo han caído en el cepo de Mussolini!

¡Ja, ja! ¡Pobre España, pobre pequeño país!

Tan rico en mercurio y en cobre, con carbón y con naranjas. Con una pequeña industria y una pequeña Banca incipiente.

Tan religioso. Con sus iglesias y conventos, con sus procesiones y sus poetas místicos.

Tan pintoresco. Con sus corridas de toros, con sus sombreros de ala ancha, con su cante flamenco.

¡Qué ingenuos los españoles!

¡Pobre pequeño país! ¡País atrasado, de gentes crédulas, sencillas y honradas!

¡Sí, están aquí Mussolini y Hitler, que quieren mandar en el Mundo!

¿Qué os habíais creído, españoles? ¿Qué podíais opinar? No, nunca.

Vosotros os olvidabais de vuestra crema podrida y del talento de otros para aprovecharla.

Oropesa: rápida marcha al Este, paralela a la sierra de Gredos. Allí se revuelcan los marxistas, allí se baten y allí mueren.

Talavera: de frotar el lomo del Tajo a contrapelo, saltan

chispas como de los gatos.

Ya se ve más de flanco la sierra de Gredos.

Santa Olalla: han cruzado el Alberche, suben por los barbechos, abrasados por miles de ráfagas de ametralladoras.

Carmena: allá pican los trimotores como sepultureros.

Torrijos: allá mueren y se debaten en la agonía españoles quemados vivos, mientras ríen los regulares.

Descenso al Tajo

Elena es una chica rubia y menuda de las Ventas.

A los diecisiete años tiene el pelo rubio en rodetes sobre las orejas, los mofletes gordos que le hacen hoyuelos y los ojos negros. Es exacta la proporción entre todos sus miembros.

De pequeña visitaba a menudo a un hombre que hay allí, con un clavel en el pelo, y que alquilaba una Plaza de Toros a los aficionados que van allí a torear.

Los toros son becerros o novillos, con los cuernos y la intención torcidos, enrabiados, cegados de cólera y de pasión, que tiran a dar y de mala idea.

El hombre del clavel en el pelo se ríe, desde los burladeros, del miedo de los aficionados.

—¡Este agujero en la pared lo ha hecho la becerra!

El aficionado piensa en el cuerno retorcido hacia abajo y tiembla a su pesar. Cuando la becerra escarba en la arena y sopla, el aficionado se tira de cabeza a un burladero con gran regocijo de Elena y otras chicas, que lo miran desde los tendidos.

Cuando estalló la sublevación, a Elena no le pilló de sorpresa; esperaba todo lo malo de los señoritos fascistas.

Ella paseaba por las cercanías del cementerio del Este con otras amigas.

¿A qué indignarse? Nada de gritos; era natural. Los militares eran unos canallas y como tales tenían que proceder.

El sol caía de plano sobre la hondonada del Abroñigal.

Tribus de gitanos estaban allí acampadas y había basuras

podridas, perros abandonados, aguas vertidas, hierros oxidados.

Era natural y es natural. Ahora lo que hacía falta es combatir, combatir hasta la muerte, y organizar, organizar.

Ella trabajó, trabajó y organizó, durante todo el verano, en las J. S. U.

Y ahora iba con su padre a visitar los frentes de Talavera. Había que ver a los camaradas de las Ventas que estaban allí luchando.

Al pasar por la plaza de Santo Domingo pararon un momento.

Madrid estaba entonces alegre y soleado. Con vendedoras de churros, con vendedores de tabaco, de lotería y de periódicos alentadores.

En el bar atronaba el parte de guerra de las nueve de la mañana.

¡Todo iba bien! ¡Sin novedad en todos los frentes!

Elena se compró unas alpargatas para andar por el campo.

Los periódicos traían fantásticos reportajes sobre la guerra. Este empuje de Talavera había sido una locura por parte de los facciosos. No importaba mucho que avanzasen; dejaban al descubierto los flancos; más fácil sería batirlos luego.

Aquél era el primer día en que se hablaba del frente Talavera-Santa Olalla; hasta entonces se había hablado sólo del frente Talavera y, antes, del frente Oropesa-Talavera.

La carretera de Extremadura se entra, medio derretida, por entre campos de fuego. Las cunetas son blancas, calcinadas, desvaídas; los rastrojos, amarillos, claros; los cardos, blancos, ceniza, y el cielo, oscuro, berrendo de azul cobalto.

A lo lejos se ven, desvanecidos, montes azules de humo, como flotando en vapores amarillos.

Los ríos que atravesaban eran como sartenes sin aceite puestas al fuego; los altozanos, como calderas de cobre. La sombra de los olivos se recortaba durísimamente. El aire

era allí diamante fino.

Elena iba de *mono* azul, tumbada en el fondo de una furgoneta. Su pelo rubio flotaba entre las ráfagas de viento caliente.

Al lado iba su padre, sereno, meditabundo.

Enfrente un tipo andaluz muy simpático, que inmediatamente se sintió conmovido por su belleza.

Iban también dos o tres hombres, silenciosos como máquinas de combatir. En Navalcarnero pararon a desayunar.

El pueblo estaba agitado, pero alegre. Las tabernas, abiertas, con frascos cuadrados de vino de Méntrida, chorizo, longaniza y pan de libreta. El andaluz sudaba blandamente; tenía ojos de pez y parecía que estaba metido en el agua.

—Niña, ¿qué quieres?

Allí tomaron chorizo, longaniza y vino. Allí hablaron con varios militares.

Allá abajo

Al salir de la taberna vieron lo que era allá abajo. Los fascistas habían apretado por allá abajo.

El coche corría, carretera al Sur, camino de Maqueda.

Abajo se veía la tierra calcinada, como flotante en agua hirviendo —tal era el calor— y unos delicados pellizcos azules en el horizonte, las pequeñas y ridículas sierras toledanas.

Doblaron el castillo de Maqueda. Un poco más abajo había unas débiles líneas de fortificaciones, con pequeñas alambradas.

Por el campo vagaban oleadas de viento caliente, casi visibles y palpables.

—En Rusia era lo contrario; allí tenían que luchar contra el frío —dijo Elena.

—La guerra civil duró allí cinco años.

—¡Pues hay que prepararse, caballeros! —dijo el andaluz.

Elena permitía que su pelo volase al viento. Ella era completamente optimista, los fascistas estaban ya atascados en Santa Olalla y de ahí no pasarían.

—Total, que los tenemos cuarenta kilómetros más lejos que en el Puerto del León. De repente, el coche dio un frenazo violento que los hizo golpearse cruelmente unos contra otros.

El chófer y su acompañante ya se habían bajado y corrían hacia la cuneta. Una sombra negra corría por la carretera a increíble velocidad. Un trueno plateado había pasado por encima. En el suelo salpicaron los tiros de ametralladora.

—¡Los «Junker!».

Elena estaba tumbada debajo de un olivo, cara a tierra.

El aire trepidó, y allá lejos se produjo una blanca explosión de polvo y gasolina.

Al aire subieron objetos como en un surtidor trágico. Al través de las espigas Elena vio llamaradas rojas entre el humo espeso y negro.

El silencio se hizo insoportable. En el horizonte se perdía un débil zumbido, como el de un avispon maligno.

—¡Canallas!

—Yo, a poco más me quedo dormido —dijo el andaluz. Subieron otra vez al coche. Estaba intacto.

Medio kilómetro más lejos estaba atascada la carretera. Varios camiones ardían y otros esperaban poder pasar.

Los rastrojos estaban también incendiados, y los arbustos secos crepitaban de un modo aterrador.

Se bajaron para ayudar a los que estaban tratando de apagar el fuego, con tierra y mantas.

Dentro de un camión se asaban los cadáveres del conductor y de dos acompañantes.

El camión fue volcado fuera de la carretera, con los cadáve-

res dentro.

En aquel momento había más de cincuenta coches detenidos, con material de guerra, tanques de agua, víveres y tropa. Cincuenta *claxons* tocaban, a la vez, pidiendo paso. Era impresionante la confusión y las voces.

Mejor era no pensar en lo que ocurriría, si volvía la aviación.

Pero todo el mundo tenía esta idea fija en la cabeza.

¡Los motores estaban en marcha y se confundía el ruido terriblemente!

Era aplastante la sensación de calor, de desolación vocinglera y de desamparo. Elena estaba pálida, pero serena. Había que ayudar.

La tierra estaba negra y el cielo rabiosamente azul. No volvieron los trimotores. No asomaron por detrás de la torre de Santa Cruz del Retamar.

No asomó Alemania, no asomó Italia, pero España ardía.

El coche pudo pasar por un borde de la carretera; los neumáticos rompieron los arbustos hechos carbón.

Mediodía

La carretera seguía, y seguía todavía mucho más al sur. Los fascistas estaban lejos. Elena sonreía, optimista.

—¡Bah!

—¡Pero esos «Junker», esos horribles artefactos invencibles!

—Parece ser, además, que tienen tanques. ¡Tanques italianos!

—El otro día coparon una posición con treinta moros y ¡diecisiete armas automáticas!

Llegaron a Santa Olalla, donde pesaba el mediodía con toda su fuerza. Los coches no podían dejarse en la plaza; había que disimularlos por las calles. La plaza, por otra parte, no

era sino un arenal abrasador. Y también el problema, en esta guerra, consistía en la falta de agua. La torre de Santa Olalla era como una mano blanca, como una pata de gallina pelada, sobre el cielo azul oscuro.

Fueron a una casa incautada, donde estaba la Comandancia. La casa de un rico: coquetona, con poltronas, con encajes, retratos en abanico y un piano. Por una puerta abierta se veía un patio, donde el sol atravesaba un emparrado verde.

Tenía suelo de baldosas y un pozo, estrecho y profundo, con tapadera. Por el interior del brocal se paseaban los ciempiés.

—Aquí la aviación nos trae fritos —dijo un hombre joven, rubio y optimista—. Esta mañana ya han venido dos veces.

—¿Y los frentes? —preguntó Elena.

—Eso va mejor. Ayer se avanzó.

Salieron para ir al frente. La carretera continuaba recta. Era un día de intensa calma.

Se abandonó el automóvil, por prudencia, y se continuó a pie.

En una venta, situada a la izquierda, había varios hombres sentados, unos en el suelo y otros de pie, protegidos por la pared norte.

—¡De prisa! Tiran con ametralladora.

Elena llegó corriendo.

Uno de ellos era el comandante Modesto, vestido de *mono*, sin afeitar. Su batallón Thaelmann había hecho prodigios el día anterior, y por eso se había avanzado.

Varias veces se había visto envuelto por los regulares, pero los había contenido. Sobre la llanura negreaban algunos cadáveres, y por el aire pasaban balas de ametralladora como lápices afilados.

—Ayer no se podía llegar hasta aquí —dijo Modesto.

Líster hablaba, un poco más lejos, con un general, malhu-

morado, que acababa de romper la máquina a un fotógrafo inoportuno, que temblaba de ira.

Con los ojos fijos en el horizonte se retorció los bigotes Buri-
llo.

Por allí se confundían el cielo y la tierra, en el aire blanco azulado, en ebullición. Burillo era todo energía y buena voluntad. Corría de un lado para otro, miraba con los gemelos y señalaba.

Líster hablaba con el puño cerrado. Algo grave ocurría o iba a ocurrir. Algo grave estaba en el ambiente.

Sin novedad en el frente

Serenos, pierna ceñida, vientre redondo, cinturones holgados, labios gruesos, ojos semicerrados, estaban de pie varios militares profesionales del Estado Mayor, al servicio del pueblo. Su actitud era correcta, militar, orgullosa. Dirigían la lucha, contra sus compañeros y amigos, con la máxima teatralidad. (Lápices rojos marcaban los mapas, lápices que, luego, resultaron tan frívolos, ¡ay!, como los lápices con que una *cocotte* se pinta los labios). Bajo ellos se extendía la vega, rendida y caliente, a sus pies. Sus frentes, cubiertas por las gorras de plato, chorreaban sudor, pero un sudor fino y aristocrático. Sus ojos reflejaban la luz de los barbechos calcinados. Sus botas aplastaban los surcos de los sembrados, doblaban los rastros. Sus botas se abrían y hablaban con una voz profunda y cavernosa. Sus gestos eran displicentes y graves. *Estaban en el secreto*. El viento ardiente sacudía sus pantalones, pero no conseguía tirarlos. Las sandías frescas les aguardaban y las botellas pequeñas de cerveza. Una inmensa dejadez invadía sus miembros; una íntima y dulce pereza despectiva.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Por el fondo se veían vapores que brotaban del Sur.

¡Sí, allí estaban! ¡ Allí estaban!

¡La Logística! ¡La Estrategia! ¡La Táctica! ¡Los reglamentos de tiro! ¡Los batallones numerados!

¡Aquí están los ojos verdes, azules o negros, las caras, las bocas, los pechos sudorosos, los estómagos y los riñones!

Todas las guerras tienen algo de frívolo, de encantador, de *cócteles* bebidos por oficiales, y de monstruosidades grotescas, que luego se cuentan, entre carcajadas, en los casinos militares. Ésta no tiene nada: es demasiado trágica y humana; con riñones y sangre de hombres que quieren ser iguales a nosotros; con heroísmos soeces y sucios; sin entorchados; con retaguardias oscuras y malolientes; sin paseos principales y sin señoritas provincianas.

Los cuartos de banderas están mal acondicionados y los asistentes no existen.

Un grupo de militares del Estado Mayor leal allí miraba. No comprendía cómo se hallaban metidos en este lío.

¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué?

Y vengan días y días, y semanas, y meses.

A un Estado Mayor, que le den unidades disciplinadas, encuadradas y hechas; que le den buen armamento y buenos medios de transporte, porque si no, ¿qué va a hacer?

Los milicianos chaquetean, no obedecen las órdenes, no avanzan, no resisten, no contraatacan.

La aviación no viene, la artillería no funciona.

La misión del Estado Mayor es algo limpio, selecto, cerebral, sobre el papel.

El calor es molesto, y los olores y la vulgaridad, y los periodistas y los fotógrafos, y los jefes salidos del pueblo, y los milicianos, y la revolución.

—Mi general, ¿qué quiere usted decir?

—¡Sin novedad en el frente! Puede usted retirarse.

Los ojos, medio cerrados, se dirigen otra vez al campo, blanco de sol, como los de una fuerte res extremeña que rumiara hierba y mirase la lejanía, poética y soñadora.

Negro y amarillo

Más allá de la casa no había más que el campo plano, sin más accidente que la carretera asfaltada, en alto, como una bandeja, y los postes del telégrafo, erguidos y desafiadores a la artillería y a la muerte. Algunos estaban tronchados, los alambres retorcidos por el suelo, pero el trozo que quedaba de ellos se conservaba más altivo que nunca sobre la llanura.

La carretera estaba roída a trozos y reventada como una tapa de laca, pisoteada por una niña rabiosa, por pequeñas granadas del 7,5.

Era la guerra en el llano algo que no conocíamos, en la que cada pequeño detalle reviste proporciones gigantescas, rebasa los horizontes.

Elena se arrastraba por la cuneta izquierda; quería llegar hasta los primeros parapetos. Y llegó. Pero no a tales parapetos, sino a una pequeña vaguada seca, que rozaba la carretera por debajo de una pequeña atarjea. Allí había unos grupos de milicianos y un teniente de las compañías de Acero. Detrás de una noria había instalada una ametralladora.

El tiroteo se reducía a *pacos* aislados, pero el calor era irresistible. La vaguada era horno donde los milicianos se abrasaban, tumbados a pleno sol. No había agua.

—El enemigo debe estar por allá —dijo el teniente—; pero, a punto fijo no lo sabemos y esto es lo grave. Tiene tanques, caballería y muchos cañones y ametralladoras. Los «Junker» nos pegan tres palizas diarias.

Elena estaba arrebatada, con el *mono* lleno de tierra y de pajas de las eras que había atravesado. El andaluz que iba con ella, ocurrente, con una gracia un poco pesada y sereno.

—Nos han dicho que hoy iba a venir nuestra aviación —dijo el teniente—, pero todavía no la hemos visto.

—¡Ánimo, camaradas! Ya vendrá; estoy seguro que vendrá y de aquí no pasarán.

—¡No pasarán!

Se volvieron. Cuando llegaron al pueblo, las campanas estaban tocando.

¡La aviación! ¡La negra!

Las mujeres de Santa Olalla, enlutadas como todas las castellanas, salían corriendo al campo.

Por el azul del cielo pasaron cinco enormes aparatos, bruñidos, majestuosos, magníficos, con su grave y monótono ruido acompasado, como un canto funeral.

Parecía que una montaña de calaveras, de huesos, de esqueletos, de rosarios y de libros de misa se venía encima.

Eran negros como la noche, orgullosos, despreciadores.

Dentro de ellos, seguramente, iba gente riéndose. *Europeos* burlándose de las pobres mujeres enlutadas de Santa Olalla, que lloraban rostro a tierra.

La tarde caía y caía, por detrás de los montes del Oeste; sin duda venían demonios. La carretera se alargaba hacia allá, con sus postes al cielo, sus brazos retorcidos y sus alambres.

Elena estaba optimista.

—¡Sin duda alguna, sin duda alguna, de Santa Olalla no pasarán! ¡Ya es bastante!

¡Sería monstruoso!

¡No sabía lo que hacía!

Un mapa de Estado Mayor es algo terriblemente detallado, confuso por eso mismo. Algo pardoamarillo, rayado de lápiz rojo, con una serie de nombres tiernos, no ya de pueblos y aldeas, sino de vereditas y trochas. Nombres de majadas y de arroyos; nombres de ríos de arena, tostada por el sol del verano de Castilla; nombres de alegres colinitas y cerros cubiertos de encinas y de olivos; que se destacan sobre el cielo azul y los trigales amarillos: esto es un mapa español de Estado Mayor; esta cosa profunda y terrible: Estado Mayor. El trigo será quemado, los surcos serán aplastados por las cadenas de los tanques, las alegres colinitas servirán de refugio a traidoras baterías atronadoras, los inocentes arroyos servirán de escondite y de refugio contra los aviones, y sus aguas lavarán la cara ensangrentada de algún cadáver.

¡La tierra española será levantada, en surtidores negros, por los obuses y las bombas! ¡Éste es el Estado Mayor! ¡Ésta es la guerra que ha caído sobre la geografía española!

El militar Pezuño mira fijamente una taza de café medio verdedo sobre la mesa. Pero su vista va más allá.

—Está perfectamente indicado el camino —dice—; las circunstancias geográficas suelen ser, generalmente, los mejores guías; no engañan y conducen a sitio «seguro».

—Madrid nos espera —dijo—. Tenemos que hacer una venganza ejemplar y rápida. Nuestro avance no puede detenerse ni diluirse con rodeos inútiles. En mi opinión, es estúpido en estos momentos y dado el escaso número de hombres de que disponemos, el intentar un sitio en regla en

torno a Madrid. Esto produciría una dilatación de nuestros frentes, que yo considero peligrosa. Mi consejo es: de prisa, de prisa, sin perder un solo momento. ¡A Madrid!

Aquí empezó a dar golpes sobre la mesa para recalcar las palabras:

—¡A Madrid! ¡A Madrid! Por el camino más corto, por el más directo. ¡A Madrid!

—Tenemos Talavera. Seguramente esta tarde tendremos también Santa Olalla. Maqueda y Santa Cruz de Retamar caerán en cuanto nosotros queramos. Se nos presentan tres soluciones. Primera: continuar por la carretera de Torrijos hasta Toledo, y de aquí a Aranjuez, y seguir por el Tajo a cortar la carretera de Valencia y unir nuestras fuerzas con las de la Alcarria; segunda: continuar por la carretera de Madrid, por Maqueda, Navalcarnero, Móstoles, Alcorcón, etc., sin preocuparnos de más. De esta manera estaremos en Madrid dentro de ocho días, que es, al parecer, lo que quiere Mola.

—De acuerdo —rugió éste.

Y era tal su estado de nerviosismo, que movía ligerísimamente la pierna mientras escuchaba.

—Y la tercera solución, que a Franco y a mí nos parece la más acertada, es la intermedia. En el término medio está la virtud. Nosotros creemos que lo mejor es continuar presionando sobre la carretera de Madrid y al mismo tiempo atacar por el flanco derecho y dirigirnos en derechura a Toledo: cortamos la línea de Andalucía y entonces, todos juntos, marchamos sobre Madrid. Todos conformes. ¡Mirad qué maravillas acaban de llegar a Cáceres!

Pezuño sacó de su bolsillo una fotografía de un tanque ligero, italiano.

—¡Cincuenta de éstos tenemos ya en Cáceres, limpios como una patena y preparados para actuar! ¡Vamos a lanzar veinte, de primera intención, para ver qué tal les sientan a la canalla marxista!

La sombra del mediodía de verano entraba por la ventana. Los generales salieron rápidamente. Quedaba Pezuño solo, con la fotografía.

¡En cuanto en Madrid vean esto, se entregan!», pensó, sonriendo.

En la habitación había un gran cuadro que representaba la Purísima Concepción, envuelta en la bandera monárquica. Pezuño colocó la fotografía del tanque metida en el marco, y en cuanto todos se hubieron marchado dibujó, a título de broma, sobre el pecho de la Virgen, el haz y las flechas de Falange Española.

Después empezó a tararear, picarescamente, esta canción napolitana:

*Italia, Italia bella.
¡Oh dulce tierra mía!*

Era pleno verano. En la habitación hacía un calor insostenible. Se echó y se levantó varias veces del camastro. ¡Estaba tan nervioso! ¡No sabía lo que se hacía!

4

Toledo

*Fuego le echaban y le echaban fuego
cuatro cañones desde los olivos.
Viva metralla sobre los altivos,
potentes muros, temblorosos luego.*

Todos estaban en Toledo, todos. Los militares, las viejas, los *grecos*, las aguas del Tajo, las rocas peladas, los perros, los gatos.

Todo estaba muy tranquilo, demasiado tranquilo. Únicamente...

Fuego le echaban y le echaban fuego...

al Alcázar, que estaba enconado.

Allí habían raptado, los cobardes, mujeres y ancianos para, en los momentos en que veían flaquear sus fuerzas, protegerse indignadamente detrás de ellos. Allí, cuando mayor era el combate, los soldados, encadenados a las ventanas y obligados a disparar, daban voces, pidiendo auxilio.

Fuego le echaban y le echaban fuego...

Los obuses hervían en el aire y dejaban una bola de humo sobre los muros, deshaciéndose al viento de la tarde.

En el verano de 1936, era Toledo uno de los sitios donde mejor se dormía la siesta. A la sombra de los portales de Zocodover apenas se oía algún que otro *paco* ligero, mezclado con el ruido del agua, en las presas de San Martín y

de Alcántara.

De vez en cuando doblaban los obuses, pero su ruido más bien hacía el efecto de campanas funerales e inútiles.

Las viejas de Toledo, semejantes a brujas, apenas si levantaban la vista de la calceta que estaban haciendo desde tiempos de Tirso de Molina, para decir displicentemente:

—¡Ése es del 10,5!

—¡Ése otro es del 15,5! ¡Hace más ruido!

Mientras tanto, sus ojos brillaban como fuego, a la luz del atardecer, y sus carnes blandas no temblaban ni se estremecían.

Ellas a lo único que tenían miedo era a la aviación, pero no mucho miedo, porque el Espíritu Santo volaba mucho más alto y era infinitamente más fuerte. Toda esta guerra había ocurrido porque tenía que ocurrir, y no merecía la pena preocuparse mucho ni hablar de ella.

Igual les daba que ganasen unos que otros: el fascismo, la democracia, el comunismo y la política en general, eran cosas sin importancia práctica; todo lo más, dignas de ser comentadas por los hombres los domingos, en la taberna, como comentan también las jugadas de dominó o de tute, pero indignas de que ellas, mujeres de sus casas, de los demonios, de la ropa blanca y de Dios, se ocupasen de ellas.

Todas eran viejas, y algunas bigotudas y secas. Sus ojos resplandecían de malicia y de ironía. Sabían los mismos secretos que los cardenales arzobispos de Toledo se transmitían de generación en generación, durante siglos y siglos. Sabían tanto como las mismas aguas del Tajo.

Elena, ese mismo día, habló con ellas.

—Nosotras lo que queremos es que nos dejen en paz en nuestro Toledo.

Sus labios, sonrientes y secos, reflejaban un orgullo infinito, y en los bolsillos de sus faltriqueras resonaban rosarios y, tal vez, huesos de muerto. Un viento caliente abatía las ca-

nas sobre sus frentes, y sus ojos abrasadores se dirigían al Oeste, donde el sol se ponía en aquellos momentos y donde los trimotores negros hacían retemblar los cielos.

Elena era leal, era sana, era joven; estaba viva y sintió una sensación de verdadero ahogo delante de ellas. Hasta el punto que tuvo que dejarlas.

Todo era inútil en torno de Toledo. Toledo estaba predestinado, condenado, maldito. Allí tendrían los «Junker» un suntuoso nido; allí tendrían los dioses oscuros del mal y la barbarie un templo adecuado.

Era inútil que fuese un obrero, cantero moderno, el comandante Enrique Líster; que dejase allí sangre de su cuerpo y cuerpos enteros de muchachos jóvenes y heroicos.

Logró entrar en el Alcázar, pero tuvo que salir. Algo no funcionaba en Toledo.

Y los africanos y los traidores se acercaban por las llanuras del Oeste.

Y enviaban negros mensajes, con tres motores y monstruosas bombas.

Y ardieron Torrijos y Carmena.

Y se destrozó, a dentelladas y a bayonetazos, a los campesinos que allí quedaron.

Y se bombardearon hospitales de sangre.

El campo venía ardiendo desde Talavera y no había quien lo contuviera.

El incendio se corría y llenaba de negro los horizontes.

Era espantosa la fuerza de la caballería mora.

Era espantosa la cantidad de cañones, de granadas, de armas automáticas, de estrategia y de táctica.

Los españoles estábamos ahora casi abandonados, mientras las fábricas de Essen y de Milán se volcaban sobre los traidores.

Tenían técnicos extranjeros, pilotos extranjeros, tercio ex-

tranjero, moros y material extranjero.

Únicamente el enemigo era español.

En la retaguardia, los fascistas españoles gritaban: «¡Arriba España!».

Combinación de color

Las aguas verdes y transparentes corren sobre las arenas amarillas. Es una hermosa combinación de color.

Debían llevar arrastrando pajitas, turbantes blancos, gorros turcos, camisas azules, trozos de aeroplanos y caballos ahogados.

Tal vez el cuerpo hinchado de algún comandante traidor, que bajase flotando hasta la confluencia del Alberche con el Tajo, donde se hundiría definitivamente en la verde profundidad.

Los moros ya habían adelantado hasta Torrijos con toda facilidad, cuando en Madrid sacudió las redacciones de los periódicos y las tertulias de los cafés una noticia estupenda:

—¡Operación ejemplar! ¡Genio militar! ¡Las presas del Alberche han sido soltadas! ¡Miles de moros muertos! ¡Centenares de camiones arrastrados! ¡Docenas de cañones inutilizados! ¡Aeroplanos deshechos!

Como locos corrían ciertas personas a dar la noticia, y el dibujo era fácil. Una raya representaba el Tajo, otra perpendicular el Alberche. En la unión, un punto representaba Talavera, y otros, al Este, Torrijos, Maqueda, Santa Cruz del Retamar, etc. Varias rayas onduladas, la presunta inundación, y unas enérgicas flechas negras, las fuerzas operantes.

—Por aquí subían los moros. Al soltar las compuertas del Alberche se inunda toda esta parte y corta las comunicaciones entre Torrijos y Talavera; además, destruye el aeródromo de Talavera y varios campamentos. Al mismo tiempo nuestras fuerzas atacan por aquí, y por aquí los dividen en

dos y los destrozan.

—He oído decir que ya se ha tomado Talavera. Fuerzas de Navalperal han bajado por la sierra de San Vicente y lo tienen cercado.

—No es nada difícil. El enemigo no tiene retaguardia; ha dejado descubiertos los flancos.

Sobre los mármoles de los cafés, sobre la cerveza derramada se hacían planos.

Los camareros, en esos días, emplearon bastante más tiempo en dejarlas limpias.

¡Qué operación más bonita y qué operación más triste!

¡Qué operación más poética y qué operación más ridícula!

El Estado Mayor siente la Geografía como un libro de sonetos.

El Estado Mayor suelta las esclusas del Alberche e inunda de aguas verdes las arenas amarillas.

¡El efecto de color es precioso!

El cielo estaba azul, radiante, y el militar, dudoso, cimbreaba su cuerpo con un empaque magnífico.

—¡Esos cochinos milicianos no quieren avanzar!

Una columna *debía* haber avanzado por el Sur; otra, *debía* haber bajado desde Maqueda.

En las mesas de los cafés de Madrid se hacen planos preciosos.

Se dejan los cigarros encima de la mesa y se sacan lápices sucios para explicarlo.

—Ésta es la cota 206...

¡Y cómo se ríen los regulares de todo esto!

¡Y cómo se ríen Mola, Yagüe y Franco!

Ellos tienen fuerzas regulares y disciplinadas, porque operan siempre a las malas.

¡Nada de democracia en la elección de mandos!

¡Nada de consideraciones a la tropa!

¡Nada de hablar de conciencia entre los soldados! Los soldados no tienen conciencia.

Los soldados no tienen derechos.

No son más que una mano derecha para apretar el gatillo, una mano izquierda para sujetar el cañón, una vista para apuntar, y un corazón mecánico para regar de sangre todo el cuerpo, hacer que ésta corra por el suelo e indicar dónde ha habido una baja.

¡Son trescientas bajas! ¡Son quinientas bajas!

¡África está abierta!

¿Qué les importan a ellos los moros africanos?

¡Cómo se llevaban las manos a la cabeza los milicianos en Talavera! ¡Cómo corrían!

¡Qué risa para las señoritas de Burgos! En cambio, ellos:

¡Dios, Patria, Rey! ¡Escapulario!

¡Dios, Patria, Rey! ¡Escapulario!

¡Alá o Dios! No importa.

¡Jesucristo o Maquiavelo! Es lo mismo.

El caso es vencer. El fascismo tiene que vencer.

Y vencen, y vencen. Y cruzan vados y campos de trigo, y cortan olivos y arrancan chopos de raíz.

Y cantan canciones, sus canciones españolistas, traicionadas.

Y alborotan y atropellan y revientan lagrimales, y levantan el polvo de los barbechos, con sus tanques y sus granadas de artillería.

Y sorben la humedad de los cielos con sus nubes de gasolina, con sus nubes de trimotores.

Y los labios gordos de los africanos secan los ríos, y los corazones envilecidos de los mercenarios internacionales, secan de mujeres los campos.

Sombras

Y tomaron Toledo. Por Madrid corrió la noticia, como el primer calofrío de una grave enfermedad.

—No estoy para fiestas. He pasado muy mala noche, noche toledana, en verdad. Ese mismo domingo daba un mitin la Alianza de Intelectuales Antifascistas, y ese mismo día empezaba el éxodo de personas hacia Valencia.

—La pérdida de Toledo sería una catástrofe.

Y en efecto, fue una catástrofe y una catástrofe horrible.

Los cañones fascistas atravesaron al galope de sus caballos el río Guadarrama, reducido a un arenal.

La caballería mora iba delante, cubierta de espuma. Tomaron Bargas, patria del gran escultor Alberto.

Los cañones fascistas empezaron a batir Toledo, mientras los nuestros, que batían el Alcázar, se retiraron a toda velocidad de su refugio, debajo de los olivos, para volver sus bocas hacia el Oeste.

Por las terreras de la orilla derecha del Tajo se descolgaron los regulares, ebrios de entusiasmo, enloquecidos. Llegaron a Toledo y acuchillaron a los heridos de los hospitales.

Como nube negra bajaban del Alcázar los traidores allí refugiados.

Al otro lado de la ciudad, en el Tajo, nadaba con todas sus fuerzas, contra corriente, el último miliciano, para salvar la vida, mientras otros resistían en la catedral. Hasta que se quedaron sin posiciones y fueron pasados a cuchillo.

Entonces salieron del interior de las casas y de los subterráneos de Toledo una serie de frailes, de curas, de cardenales y de obispos, allí escondidos desde el mes de julio, pálidos y como muertos algunos, pero ardiendo en ira.

Su primera ocupación fue subir a las torres de las iglesias y voltear las campanas en infernal repique.

Mientras tanto, los africanos se dedicaban al saqueo, a la

violación, al estupro; sus gomas se clavaban en el cuello de los obreros rezagados. La sangre corría por las empinadas calles de Toledo y goteaba en el verde aceituna del Tajo.

Mucho después llegaron los falangistas y los requetés, con camisas nuevas, limpias y bordadas *ayer*.

Todo se convirtió entonces en vítores, blandas lágrimas de júbilo y poesías almibaradas, de Pemán y otros.

Entonces llegó también el generalísimo, rebosando entusiasmo y saliva. En el camino se cruzó con el «Entierro del Conde de Orgaz», del Greco, que iba camino de Portugal, con rumbo desconocido.

El generalísimo entró a pie por la puerta de Visagra y subió por la del Cambrón hasta Zocodover.

Las viejas de Toledo le miraron, fija y despreciativamente, con sus ojos brillantes, y continuaron haciendo calceta.

5.

Los primeros fríos

En Madrid empezaban a acortarse los días.

Las cumbres de la sierra se llenaban de nieve.

Las noches eran largas, negras y pavorosas.

En el Quinto Regimiento se iniciaron estas consignas: «Mujeres madrileñas: ropas de abrigo para los milicianos, jerseys para los milicianos».

El Quinto Regimiento organizó el batallón alpino de esquiadores para vigilancia de la sierra.

Vinieron días de tranquilidad, cuando el enemigo se fortificaba en Toledo y en Bargas.

El cielo de Madrid empezaba a oscurecer; su carácter a cambiar.

Había mucha gente que no quería saber nada, que no quería entender de nada.

Sin embargo, en algunos cafés y cervecerías se notaba una verdadera ansia por vivir, por reír, por divertirse.

En las esferas oficiales se daba un optimismo falso: una especie de reyes magos iban a salvar la situación.

Los labios se contraían en sonrisas, los chalecos se estiraban hacia abajo, y tras los ojos, absurdamente sonrientes, los cerebros no tenían nada.

Madrid seguía su vida otoñal, agarrándose a la alegría, con millones de manos.

Los emboscados y los fascistas empezaron a levantar la cabeza, plena de orgullo y de lógica grotesca.

—¿Qué haces tú?

—¿Yo? ¡Esperar!

Y brillaban los ojos, detrás de equívocas sonrisas.

Al mismo tiempo se proyectaban planes para el futuro, se preparaban funciones de teatro para ser estrenadas, se discutía de literatura, y se bebía cerveza en abundancia.

Esa serenidad era grande en algunos. Madrid se tapaba la cabeza con las sábanas, para no ver el peligro.

Había restaurantes donde se comía lentejas, pescado y carne. Quedaba buen café en «Negresco» y algunas botellas de licores raros, tales como *kirsh*, *kümel*, ginebra «Foking», *curaçao*, etc. En los estancos había entonces bastante tabaco inglés.

En el restaurante «La Carmencita» se reunían a cenar intelectuales y poetas.

A algunos les daba por cantar vasco, idioma que no entendían. Otros decían chistes amargos y agudos.

Todo un sistema de columnas, todo un Partenón amenazaba con desplomarse.

Para todos los que allí había la entrada de los fascistas en Madrid significaba el fusilamiento o algo peor. Sin embargo, cuanto peores eran las noticias había más alegría.

Una frivolidad desesperada florecía allí, en algunos, ciertas noches en que todo se veía negro.

Su imaginación veía, antes que nadie, lo que otros ni siquiera presentían como antes que nadie había visto la fuerza y la belleza del marxismo.

Se andaba por la noche a tientas en Madrid, y luego, en casa, se leían novelas policíacas, novelas rosa, cualquier cosa que no tuviese nada que ver con el espanto y la maldición de España.

Sin embargo, todos estaban dispuestos a cumplir con su deber y todos cumplieron.

¡Madrid, Madrid, a estas horas te canto, a estas horas te digo!

Con tus sonrisas nerviosas, con tu cielo nublado y tu sol huidizo.

Con tu pueblo en gestación de heroísmo, con tus fascistas crecidos,

con tus judías inquietamente comidas, con tu vino malo.

¡Madrid de las noches oscuras, que todavía no iluminaban el resplandor de los disparos!

¡Madrid, con tu luna de octubre! ¡Cuántos se preguntaron!: «¿Será tu última luna?».

Porque los fascistas estaban parados en Bargas, con Toledo entre las uñas. Los fascistas estaban parados en Bargas, pero pronto empezarían.

Los fascistas habían tirado una línea y ahí la dejaban tendida. Eran inútiles los esfuerzos que Madrid hacía para romperla.

¡Silencio! ¡Silencio!

¡Vivir, gozar hasta que los fascistas empezasen!

¡Era lo último de la vida!

¡Ya tendría Madrid tiempo de morir!

Actitudes

Javier Soto, sobrino segundo del marqués de Salcedo, se había pasado el verano tan aburrido como una pera que colgase eternamente de un rama. Miraba su pijama a rayas moradas y blancas y sus zapatillas a cuadros en sus pies cruzados. Leía un periódico del Frente Popular con verdadera atención, con verdadero interés.

El peligro le había enseñado a ser inteligente y observador, a ser astuto y silencioso.

Había perdido mucho de su antigua frivolidad señoril, o

mejor dicho, para poder conservarla para siempre, se había hecho ahora cauto y reflexivo.

Prestaba, por primera vez en su vida, atención al marxismo, que se le presentaba como una brutal fuerza ciega y desagradable, como un enemigo enorme, flexible y viscoso como un pulpo.

Todo esto se unía con sensaciones de malos olores, de frases soeces, de rabia infinita contra él y los suyos.

Esto era para Javier de Soto, sobrino segundo del marqués de Salcedo, el marxismo, mientras contemplaba los pantalones de su pijama a rayas y sus zapatillas cuadrículadas.

Descubría la desorganización y el caos por todas partes, y esto era lo que más le alegraba.

El periódico estaba lleno de artículos alentadores y de frases optimistas, que él veía claramente falso.

Mentalmente subrayaba esta idea: «No tienen preparación moral y material para una guerra de la envergadura de ésta que nosotros les hemos planteado. Ahora empiezan a prepararse, pero ya es tarde».

La idea le alborozaba profundamente. Un empuje más del ejército nacional y todo estaba terminado.

Por otra parte, él se decía: El fascismo, defensor de sus rentas y de las de su tío segundo, el marqués de Salcedo, era perfumado, azul y sobre todo audaz, organizado y consecuente. La victoria final no era dudosa. Además, contaba con el apoyo incondicional de Italia y Alemania, que estaban decididas a todo. Las democracias occidentales eran cobardes, y Rusia, oscura, misteriosa y lejana, nada podía hacer por sí sola, y era en todo caso poco peligrosa en la guerra.

Soto sonrió. Su posición, después de todos los horrores y miedos pasados, era ventajosa, afortunada.

Su piso estaba protegido por la bandera de una república sudamericana. Por este lado no había nada que temer. Además, tenía dinero suficiente en metálico, alhajas y títulos que recobrarían todo su valor con la próxima entrada de

Franco.

Había que trabajar, hacer algo para que esta entrada fuese lo más rápida y fácil posible. Hasta entonces había tenido mucho miedo, demasiado miedo. Su conciencia fascista le atormentaba por esto. Pero ahora el miedo había desaparecido. Sí, sí, se pondría de acuerdo con... y con... y trataría de hacer algo, aunque sin exponerse mucho. Para quedar bien ante la España nacional y ser luego bien tratado en ella, y que le fuesen dadas todas las ventajas a que tenía derecho.

Javier de Soto, sobrino segundo del marqués de Salcedo, era feliz.

Matas, el opositor católico, también era feliz. Trabajaba como mecanógrafo y organizador del archivo militar de un regimiento.

Su espíritu estaba más saneado y como libre de una serie de trabas.

Se había hecho bebedor y comilón, hablaba mal y tenía una simpática alegría comunicativa.

En el fondo de su alma quedaba el rescoldo de su fe católica, rojioscura, con un fuego lento, pero más fuerte que nunca.

No quería acordarse de ella. Sin embargo, algo le decía que estaba en el verdadero camino que Jesucristo señaló.

Ciertas personas le echaban en cara lo que ellos llamaban traición; un «católico»

no podía estar con los «rojos».

—Jesucristo nunca ha predicado el odio.

—De acuerdo. Por eso yo no puedo estar con los fascistas. Jesucristo ha prohibido matar, y los fascistas se han sublevado, han iniciado la violencia. Su programa defiende la guerra en sí.

—Por lo visto son mejores esos salvajes de los «paseos»,

de las quemas de iglesias.

—Mucho mejores. Eso era inevitable, todo eso tenía que ocurrir en los primeros momentos. Los responsables morales de toda violencia, son los que han elegido el camino de la violencia. ¡ Es muy cómodo sublevar al Ejército, a la Policía, a la Magistratura y al Clero, precisamente, para que ocurra eso, y luego llorar lágrimas de cocodrilo! La conducta de ciertos elementos de la iglesia católica está bien representada en los Evangelios con la figura de Judas: venden a Cristo por dinero.

«¡Malditos sean los hipócritas!». «¡Más les valiera no haber nacido!».

Matas miraba con sus gordas gafas de concha, desfilar y desfilar filas de soldados. Él estaba en lo cierto. Él tenía razón. Él tenía *la conciencia tranquila*.

El pueblo era y sería la base del cristianismo.

¡Dios y el prójimo! O sea, ¡«Dios a través del prójimo»! Todo lo contrario del egoísmo solitario y del monopolio religioso.

El estudiante Marcelo era desgraciado; lloraba lágrimas de nervios y de saliva. Tenía la cabeza llena de pájaros aulladores y los zapatos llenos de clavos.

Tenía la vista fija y su hermoso color moreno había desaparecido.

—¡Toledo! —se decía—. ¡Bargas! Ya no hay remedio; ya es la muerte.

Sus pies se agitaban en el vacío. Todo un mundo se le había desplomado debajo. Sus ojos se henchían de lágrimas y sus miembros de temblor.

Sus puños se crispaban en el vacío y sus dientes, su lengua y sus palabras en el aire.

¿Qué hacer? ¿Qué hacer?

Cara al peligro

*Adelante, camaradas
campo abierto a los soles y a los vientos.
Fuerte pisada y al frente mirar,
donde se unen la tierra y el cielo.
Nada importa lo que pase,
nuestros nervios van templados al fuego.
Ni un paso atrás. Adelante, a luchar
¡por el Quinto Regimiento!*

Centenares y centenares de piernas marcaban paralelamente el paso. Centenares y centenares de fusiles, de ojos y de puños cerrados, oscilantes.

Los hombres del Quinto Regimiento, los hombres de las mil miradas y de las mil resoluciones habían hablado.

Los hombres leales, los seguros hasta el fin.

Los hombres que eran como las piedras cimeras y como los llanos. Los hombres que veían venir y no vacilaban.

Los hombres que se habían jugado el todo por el todo.

Los que se habían levantado cien veces, medio chamuscados por la caída de un obús.

Los que se habían quemado los dedos con las ametralladoras calientes.

Los que habían obedecido en el acto todas las voces de mando que se profirieron desde el 18 de Julio.

Allí estaban los hombres desfilando como Madrid no había soñado jamás.

Allí estaban centenares de vistas enteras al frente, centenares de hombres como barcos blindados, centenares de mentones y de puntas de gorros.

Allí estaban los enlaces con el ruido de sus motocicletas.

Allí estaban los artilleros con sus baquetas, y los camilleros con sus grandes pértigas, y los abanderados con sus estan-

dartes.

En los tubos de metal de la Banda palpitaba una marcha bélica.

Callaban los clarinetes y las trompetas, pero no por eso se interrumpía el aire, que era recogido por los bajos hasta hincharlo.

Cada cierto número de compases, los trombones establecían sendas afirmaciones metálicas.

Todo esto en el fondo sordo de las alpagatas sobre la arena.

El cielo ya estaba enrojecido por el Oeste y seguía el desfile.

«Pasionaria», Carlos, Líster, Modesto, Hernández habían hablado. Habían hablado los que ahora saludaban puño en alto.

Habían hablado los que veían, los que vieron.

Los que se asomaban por encima de las tapias de «Francos Rodríguez» y veían el campo ensangrentado de Toledo.

Los que veían retorcerse de dolor las carreteras bombardeadas y temblar los postes del telégrafo.

Los que veían las puntas de los lápices del Estado Mayor traidor, rayar el mapa de Castilla la Nueva.

Los que veían calentarse los motores de los aviones alemanes.

Los que veían afilarse las gúms moras y engrasarse los tanques italianos.

Los que oían el ruido de los cierres de los cañones templados en aguas del Rin. Ésos habían hablado. Ésos habían dicho:

Madrid tiene que resistir. Madrid no caerá.

Madrid no puede ser atacado por la espalda, como Toledo. ¡Que los reflectores de la libertad iluminen todos los rincones oscuros!

Un Madrid limpio y brillante es únicamente el que podrá vencer. Ésos dijeron también:

Hay que fortificar Madrid, ¡Qué hasta el subsuelo salga a la superficie, para cortar el paso a la muerte que nos sube del Tajo!

Ésos hablaron de la disciplina.

Ésos hablaron de la guerra de invasión.

Ésos hablaron amargamente del mando único. Ella, finalmente, dijo:

«Las mujeres españolas prefieren ser viudas de héroes que mujeres de cobardes». De la tragedia tiene que salir una energía sobrehumana, como de entre las nubes de polvo los pasos acompasados de los milicianos.

Ahora estábamos en el cuartel de Francos Rodríguez y plenos de entusiasmo. Después pasaron algunos días: las hojas secas y las basuras se arrastraban por el suelo al primer viento frío.

El cielo gris, y un viento sucio soplaba del Oeste.

Entonces fue cuando empezó a moverse la culebra que estaba tendida en Bargas.

Entonces fue cuando levantó la cabeza y miró hacia Madrid.

Y Madrid recogió la mirada sin una vacilación, pero también de una manera excesivamente fría. Aguardaba. Ya veríamos lo que sucedería.

En espera

Desnudo se encontraba Madrid cuando le sorprendieron los primeros fríos del otoño de 1936; desnudo entre frías piedras e hipócritas aguas morales; desnudo, sin pan ni sal, entre la nieve y el hielo de Europa con los invasores.

Desnudo se encontraba Madrid y su pueblo cuando los moros negros y los italianos, traidores y cobardes, avanzaban

montados sobre españoles engañados contra él.

Yo los esperaba y tú. Desde la torre de una iglesia vacía, pero intacta, como la cuenca de un ojo o como el cráter de un volcán.

Yo y tú los esperábamos, cruzados de brazos, con las caras y las manos estiradas al sol de noviembre, con los pantalones abrochados a los tobillos, con las zamarras grises; serenamente, imparcialmente.

Mirábamos los horizontes lejanos, diáfanos y claros, como se miran cuartos oscuros. Mirábamos los horizontes de cielo verde, de lomas oscuras y rocosas, como sapos hinchados, de campos secos, indiferentes y tranquilos, sabiendo que algo negro, o más bien, algo dorado, el imperialismo económico iba a aparecer por allí.

Sobre estos campos, hombres valientes cavaban, cavaban, cavaban.

El sudor les goteaba de la frente; sacaban terrones de fango, de piedras, de raíces. Los hombres cavaban, y las mujeres, y los niños, y los viejos.

Desde nuestra torre se ve todo Madrid tendido.

Por debajo de nosotros se ven las guardillas, las ventanas abiertas, las chimeneas humeantes; se ven los cántaros a llenar bajo los grifos claros, los pucheros de cocido hirviendo a la lumbre, los niños mecidos en sus cunas.

Más abajo se ve la acera de la calle, el empedrado o el asfaltado. Las viejas porteras a la puerta de la casa.

Los tejados bajan en dirección al río, y sobre ellos flota un humo azul. Sobre los campos flota un vaho amarillo.

Allá, sobre el horizonte, flotan también montañas azules.

Tú y yo, extranjero, que estamos en la torre de la iglesia, nos agarramos del brazo. Nuestras manos, nuestros miembros y nuestras caras están acariciados por suave calor.

El pelo de lana de nuestra zamarra gris brilla. El paño azul de nuestros pantalones reluce.

Es el sol de noviembre de Madrid. Los poros de la cara y de las manos se abren.

Este mismo calor entra a través de los cristales y las cortinas de los despachos, a través de las puertas de las tabernas, a través de los andamios de las obras.

¿Guerra? ¿Peligro? ¿Lucha? ¿Sangre? ¿Muerte? Todo esto parecían cosas lejanas y fantásticas, como las serpientes de mar.

Si miramos al cielo o a la sierra, experimentamos una sensación de seguridad. ¡ España, ocurra lo que ocurra, no puede morir!

El sol es como un gran faro que ilumina y calienta las miserias de este pueblo. Este mismo calor daba en la plataforma de los tranvías y en la calle.

Miremos a la calle, o mejor, bajemos.

Hombres y mujeres se cruzan, se estacionan, se paran.

El sol de invierno divide a Madrid en dos grandes zonas. Las aceras que dan al Norte son frías, pálidas, azuzadas; por ellas la gente marcha de prisa. Las que dan al Mediodía son como nubes de luz y de calor, donde el Sur se manifiesta en toda su plenitud.

Estamos en los días en que Madrid se va a jugar el todo por el todo.

El suelo de los paseos está lleno de hojas secas; pisándolas avanzan manifestaciones de mujeres.

Sus caras son españolas y serlas.

Llevan transparentes que llamean. En ellos se leen estas palabras: *Al frente*.

Por las esquinas de las calles, teatros ambulantes, recitaciones de poesías. Todos ellos terminan con estas dos palabras: *Al frente*.

Todo esto era comentado en las tabernas, en los sindicatos, en las plazas soleadas, en las fábricas y en las calles.

Madrid, como un gran gato, como una refinada pantera, se estiraba indolentemente, antes de empezar la terrible lucha.

Elegía

Por las calles de Madrid andaban poetas y músicos como locos; andaban soldados y capitanes; andaban campesinos; andaban fascistas, sarcásticos y lanudos.

Madrid continuaba trabajando como si nada ocurriera. No se movilizaba a la gente; no se tomaban medidas.

Subían, sí, por el Sur, como los árboles de la carretera de Andalucía. Subían, sí, por allí. Se perdían lomas y norias.

Se desmoronaban a cañonazos montes de yeso, fábricas y chimeneas inverosímiles.

Se cegaban pozos de noria y arroyos secos.

Se reventaban puentes y se levantaban raíles y traviesas.

La furia, quince días silenciosa, volvía a desatarse de nuevo. Nada podía contenerla.

Se perdió Cabañas de la Sagra; se perdió Illescas.

El heroísmo solo no es suficiente contra docenas de tanques y de aviones de bombardeo.

Nos faltaba disciplina, nos faltaban mandos, nos faltaban enlaces, nos faltaba organización.

Uno, dos, tres, cien españoles muertos no eran nada para los tanques italianos. Sus cadenas apenas resbalaban en las masas de carne y sangre.

El imbécil militar. Pezuño se creía que estaba haciendo una proeza.

En los últimos días de octubre podía verse en Madrid, destacado sobre el cielo poniente, un globo cautivo.

Estaba como un niño entre lobos, para tratar de impedir los criminales ataques de la imponente aviación fascista.

El pobre globo se balanceaba, sobre nubes de fuego, sobre

los picos negros de la sierra.

Hasta que ya no se le vio más...

Fue un lunes desesperante. El día siguiente de proyectarse en Madrid «Los marinos de Cronstadt». El día en que los fascistas tomaron Brunete.

El pobre globo había caído, llorando llamas y humo, debajo de dos trimotores que venían de bombardear Madrid.

Esa tarde el cielo poniente de Madrid estaba vacío y rojo.

Cuatro batallones de choque

—Nosotros hablamos el lenguaje de Enrique Líster; el lenguaje del frente: fuerte, conciso, breve.

—Con fuerza, con decisión, con energía.

—Algunos dicen que la causa de la derrota son las milicias que corren. Nosotros decimos:

—Por cada derrota, de arriba abajo se deben exigir responsabilidades. Nosotros lo decimos, y lo decimos a las calles, a los cafés y a las tabernas.

—Hombres de Madrid, oídme. Los hombres de pelo en pecho.

Por las calles, por las plazas, por los paseos, grupos de mujeres iban y venían. Madrid había florecido en otoño de banderas rojas, de tablados y de músicas militares.

—Hombres de Madrid, oídnos. Oíd al Quinto Regimiento: Los que estáis en el café.

Los que estáis en los comercios.

Los que trabajáis en las obras.

Los que servís en las tabernas.

Los que estáis en las oficinas.

Los que consumís cigarrillos.

Los que fumáis cara al cielo.

—Hombres de Madrid, levantaos, oídnos.

No hay pretexto superior a esto; no hay nada más importante en este mundo ni en el otro.

—Hombres de Madrid, oídnos.

Por el Tajo viene la muerte.

Por Illescas sube la muerte venenosa.

Dentro de poco caerá sobre Madrid, si vosotros no lo impedís.

—Hombres de Madrid, escuchadnos. Escuchad al Quinto Regimiento, al Regimiento de Madrid.

Hombres de Madrid: ¡Al frente!

Hombres de Madrid: ¡A los fusiles!

Hombres de Madrid: ¡A las ametralladoras, a las bombas de mano, a las baterías pesadas y ligeras, a los tanques, a los aviones!

Hombres de Madrid: ¡A cavar trincheras, a que salgan las entrañas rojas de la meseta, a impedir el paso de los negros!

Hombres de Madrid: ¡Salid a dar la vida a las órdenes de un mando en el que no se confía!

Esto se dijo y esto se hacía, por las calles de Madrid, ante la muerte.

Se subían y se bajaban aceras, se doblaban esquinas. Madrid dirigía sus puños y sus miradas hacia el Sur.

Y vino ¡ay!, la célebre ofensiva

Entonces recibimos una muestra de la solidaridad internacional: eran siete carros de combate, de los que se esperaba demasiado.

Es sabido que los sedientos se emborrachan con agua: lo mismo le sucedió al mando con los siete carros de combate.

Ojos azules miraban con inocencia todo lo que ojos turbios y traidores tenían proyectado.

Con la misma intención que un niño echa a rodar por encima de una mesa su tren de juguete, el jefe del Gobierno echó a rodar por la Sagra toledana sus tanques recién llegados.

La noche anterior había tenido la gentileza de avisar a los fascistas por radio:

«Mañana, al amanecer, nuestros tanques atacarán; vosotros, milicianos del pueblo, no tenéis más que marchar detrás de ellos. Espero, impaciente, vuestros partes de victoria».

¡Cómo se reía el militar Pezuño, con su bigote rubio, su alta estatura, su guerrera abotonada y sus piernas cruzadas!

¡Cómo chispeaban los ojos desde lo profundo de las sacristías!

¡Cómo se tumbaban los falangistas con el vientre al sol, sacudidos de risa!

¡Allá fueron los tanques contra cañones apuntados y los soldados contra ametralladoras enfiladas!

Asensio, no sabemos lo que dijo, pero sí que sus ojos permanecieron absortos en las lejanías cálidas y temblorosas.

¡Ay, que no ha tenido resultado!

¡Ay, que no ha podido ser!

¡Ay, que también ha fallado!

¡Ay, que ya están aquí!

¡Ay, que ya vienen!

¡Ay, qué Torrejón!

¡Ay, que morimos!

6

Entre tanto

Pero, entre tanto... ¡Rugido!... ¡¡Rugido!!... ¡¡¡Rugido!!!...

Trágica razón suprema que se acerca. Es la muerte, es la perdición, es el morir aplastado, es el tanque que se acerca; nosotros no podemos defendernos, no tenemos armas, no tenemos fusiles, no tenemos bombas, no tenemos balas blindadas. Nosotros no tenemos más remedio que aguantar, que resistir, aunque sea con uñas y dientes; con navajas. Pero nosotros resistiremos, o no resistiremos: huiremos, porque es un estrépito horroroso.

El enemigo tiene armas automáticas, balas *dum-dum*. El aire hierve como una pompa enconada de obuses. Algo maldito y envenenado hay en él, algo mortal contra lo cual no se puede luchar.

—¡Adelante, adelante, hermanos!

Adelante, adelante. Se puede decir y coger barro y tierra mezclada con trigo y tirarlo al aire; pero no sirve de nada mientras la artillería del enemigo dispare de esta manera.

Es todo un cuadro: Olías, Bargas, Cabañas, Illescas, Borox, Torrejón de Velasco y de la Calzada.

¡Getafe! ¡Cómo retumban los cañones del 15,5 y del 20 contra el Cerro de los Ángeles! ¡Cómo retumba la furia deshecha!

¡Y queremos avanzar: Torrejón de la Calzada, Torrejón de Velasco!... ¡Pero es imposible! Se nos vienen encima, ha sido doblado el espinazo de Parla que da vista a Madrid. Ya Madrid oye el estampido de los cañones como llamadas

funerales, y las mujeres tiemblan, en noviembre, por las esquinas de las calles.

Y luego la aviación. Murió Ristori bajo la ametralladora de un trimotor alemán, y como él, muchos españoles.

Vosotros no lo sabéis, tú no lo sabes, o si sabes qué es un cielo lleno de «ruido negro», no sabes lo que es un cielo enconado en zumbido que no se ve de dónde viene. Puedes sospechar lo que es eso, figurártelo un momento.

Y luego, levantas los ojos y no ves nada; el sol te deslumbra y los ojos te lloran. Y luego consigues ver una cosa, metálica y monstruosa, que es inconcebible que vuele.

Pero vuela, y te ataca, y te persigue. De pronto ves su sombra galopar por el campo, y te pegas a tierra. Es algo indescriptible el estallido de una bomba; yo desafío a cualquiera a que lo describa. Es algo blando y penetrante, como la entraña que se te rompe; no es un estampido, es mugido largo y permanente, pegado a la tierra.

Llueve tierra, matas árboles. Tú te despiertas, desolado: *solo*.

Retiran a los heridos. La sombra sigue galopando. En el aire sigue *algo*.

De pronto —otra vez de pronto—, oyes otro ruido en el aire, como si te dijese:

«¡Eh, que todavía estoy aquí!».

Es la ametralladora del avión, nuevo enemigo. Ahora no sirve ya tirarse a tierra. Este enemigo es aún más implacable.

¡Adelante! ¡Adelante! ¡Torrejón de la Calzada, Torrejón de Velasco!...

¡Atrás! ¡Atrás! ¡A Madrid!

Los fascistas vienen; están más organizados; tienen más armamento.

Día de metal

Empezó nublado y acabó negro. Miremos desde nuestra torre.

El Manzanares, lívido, se dirige desde la sierra a la mañana gris.

Los horizontes, tradicionalmente diáfanos, están velados de polvo amarillo. Detrás se ven, medio borrados, los montes serenos y sucios.

Allá, por el sur de Madrid, se ve la torrecilla minúscula de un pueblo: Getafe, y detrás una loma en forma de artesa volcada, perdida en la distancia.

El viento nos azota la cara y nos despeina; sobre nuestra frente caen partículas de carbón.

Allá, por encima de la loma, se ven nubes de humo redondas y, si aguzamos el oído, podemos oír, en el intervalo de los bocinazos de los automóviles, cañonazos lejanos.

A veces se perciben negros y pesados puntos que se balancean en el aire.

Son los aviones «Junker», de tres motores, que el imperialismo alemán y su corte de incautos papanatas españoles creían suficiente para dominar España.

La sangre nos corre de arriba abajo. Nos dan ganas de bajar a la calle y levantar ambos brazos y ambos puños y nos ponemos a gritar.

Un viento de sangre sopla de todas las esquinas.

La gente se levanta de las mesas de los cafés, se cierran las tabernas y se paran los tranvías.

El heroico Madrid empieza a abrir los ojos.

Por la mañana había niebla. Estaba sobre el paseo del Prado, sobre el río, sobre las estaciones, sobre el campo de batalla. En Alcorcón, donde tableteaban las ametralladoras, daba un sol pálido.

Se cavaban fortificaciones a toda prisa, se tendían alambradas.

Detrás estaba la Escuela de Aerotecnia de Cuatro Vientos, que proyectaba una larga sombra sobre el suelo, cubierto de escarcha.

El sol salía detrás de las alturas de Vallecas.

Un español, con las manos en los bolsillos del pantalón, miraba el frente.

Los vecinos de Alcorcón venían corriendo por la carretera. Todos traían capachos al hombro, pañuelos, cestos, niños y perros.

En sentido contrario subían motocicletas, automóviles, enlaces.

Alcorcón tiene una torre que parece la proa de un barco. Contra ella se estrellan las olas de la artillería alemana.

El español seguía con las manos en los bolsillos. Ni su párpado levemente pestañeaba.

De vez en cuando miraba con gemelos. Rápidamente empezó a dar órdenes concretas a los batallones de fortificación.

El sol llegaba ya al mediodía, cuando se presentaron doce pavas, doce «Junker» trimotores.

El espectáculo era triste y profundamente desolador. En sus vueltas brillaban al sol los lomos de los trimotores; de abajo subían surtidores de polvo y humo negro, que quedaban en el aire como nubes o castillos fantásticos: mientras, una detonación profunda empapaba toda la tierra.

Después eran risibles e inútiles los disparos de la fusilería. Era mediodía, y los negros cañones de los fusiles azuleaban.

Detrás de nosotros se extendía Madrid, abierto como un abanico, con sus cúpulas y sus rascacielos. Era tan alegre su vista y tan horrible lo que venía, que hacía brotar lágrimas de los ojos.

Hacia media tarde las explosiones de los obuses salieron de Alcorcón. Avanzaron hacia Madrid por la carretera.

De Alcorcón salieron racimos de hombres que corrían en todas direcciones.

Un grupo venía hacia nosotros, protegido por la trinchera del ferrocarril militar Madrid-Leganés. Muchos de ellos se mordían los labios hasta echar sangre.

Caía la tarde. Obuses del 15,5 batían la carretera de Extremadura y el Puente de Segovia.

Por Oriente, el Cerro de los Ángeles hervía, a los últimos rayos del sol, de explosiones de granadas.

Cerrada la noche, los moros avanzaron mucho más. No sabemos cuánto.

La Puente Segoviana fue volada. Grupos de tranviarios, de albañiles, de metalúrgicos, de taberneros bajaban por la calle de Segovia.

En las alturas de las Vistillas fue colocado un cañón que, inmediatamente, fue bautizado con el nombre del *Abuelo*.

Su voz despertó al pueblo de Madrid.

A su voz surgió el héroe de la defensa de Madrid, el valiente y leal general Miaja.

7 de noviembre

El militar Pezuño llegó a Carabanchel contra españoles. ¡Cómo se reía! ¡Qué honor para la familia!

«La canalla roja» se había dejado intacto el teléfono en su «cobarde huida». Los aristocráticos labios del militar Pezuño se desplegaron en una carcajada. Dejó los guantes sobre la mesa:

—Oiga: Madrid, con el ministerio de la Guerra, despacho del Ministro. De parte del coronel Mena.

—¿Es usted Largo Caballero?

—Sí, ¿qué hay?

—Yo soy el militar Pezuño; estoy en Carabanchel. Mañana, día siete, tendré el gusto de hablar con usted en su despacho y de darle dos patadas en el culo.

El teléfono, instantáneamente, quedó interrumpido.

—¡Ja, ja, ja, ja!

—¡Muy bien, Pezuño! ¡Has tenido un golpe!

Así llegó el 7 de noviembre.

El día en que la inteligencia y la razón temblaron. El día en que lloraron la honradez y el valor.

El día en que retumbaron, como campanas funerales, los cañonazos en el Puente de Toledo.

El día en que la Puente Segoviana se partió en dos y el sol dio entre los pilares, sobre las aguas turbias y rápidas.

El día en que los Estados Mayores, incapaces, se metieron en las embajadas o se pasaron al enemigo.

El día nublado más triste que tuvo Madrid.

El día en que no se abrían los cafés ni los bares. El día de la espantada general.

El día de los árboles desnudos y de la tierra temblorosa.

El día de los cañones abandonados, de los pies heridos y de las cocinas de campaña volcadas.

Ese día terrible, día de ira, en que se oyó el crujir de dientes de los necios y el trepidar de los automóviles, camino de Valencia.

Aquella noche temblaron todos los cristales de Madrid. Por el fondo de las calles que van al río se oyeron sonoros golpes.

Allí volaban los adoquines de las calles hechos añicos.

El estudiante Marcelo se roía las uñas en su cuarto, sentado

en la cama. Los ojos se le agrandaban en la oscuridad y los oídos con el retemblar de los cristales de la ventana.

Allí, en el fondo de Madrid, había gentes a las que el terror sumía hasta el cuello. Sin embargo, sus cabezas estaban libres, valientes y disparaban.

Sus riñones cavaban trincheras y chabolas. Sus bocas estaban dispuestas a exhalar el último suspiro.

Los tranvías se pararon, y las obras y los cafés, la reparación de automóviles y las composturas de zapatos, las máquinas de escribir y los registros automáticos de las tiendas, las plumas y los pinceles. Todos se pararon para ir al frente.

Un piano se cerró de golpe, y un gramófono, y una radio, y un periódico.

Al mismo tiempo se abrieron miles de cerrojos de fusiles, y se abrió también la tierra.

El estudiante Marcelo se roía los dientes apoyado al cristal de su ventana; Mientras, el horizonte ardía.

En la tierra también había topos que se estremecían con el ruido profundo de los cañonazos.

¡Cómo se miraba el estudiante Marcelo en los cristales de su habitación! Tenía en este momento cara de demonio tembloroso.

Porque esto era de noche. Era la noche del 6 al 7 de noviembre en Madrid, en 1936, en España, donde se había desencadenado una guerra.

Ahora, ¿qué? ¿De qué había servido todo el verano? ¡A la madrugada sería degollado!

Profundas voces. Turbios rumores de cañerías. Crujir de muelles. Retumbar de cañones lejanos. Latir de sangre en los oídos. Ruido de sábanas limpias. ¡Noche del 6 al 7 de noviembre!

¡Y cómo ríe Muguiro y cómo ríe Fefiñanes en su casa, y doña Presentación y doña Fernanda!

—¡Ya están aquí!

—¡Ya han llegado!

Todavía tenían guardadas las últimas bizcotelas en los aparadores, los últimos vasos de vino generoso.

Todavía tenían guardadas mantitas para los pies y cisco para el brasero.

Todavía continuaban las mismas chicas de servicio, los mismos relojes y los mismos manteles.

Y mañana entraría Franco, y...

¡ Represalia!

¡¡Represalia!!

¡¡¡Represalia!!!

¡Qué sufran y lloren!

Abramos una ventana a la libertad de aquella noche, al peligro y al valor. Se sudaba, aunque no hacía calor.

Era el comandante Líster y el Puente de Toledo; era el comandante Líster y Villavarde Alto; era el general Miaja y Madrid.

De noche. Voces alegres calle abajo. Ruido de carros blindados. Todo Madrid era una barricada y todo Madrid bajaba a defenderse.

Las estrellas no brillaban en el cielo, pero una gran parte de Madrid tenía el corazón alegre y decidido.

Todo era muy sencillo y natural. No era trágico.

Nadie se daba cuenta de que era la noche del 6 al 7 de noviembre. Únicamente sabían que era el Día de la Lucha. En esto coincidieron comunistas, socialistas, republicanos y anarquistas. Durruti también lo sabía, camino de Madrid.

A la luz del amanecer estallaron los obuses junto a las casas. El sol daba en los cañones de los fusiles, y Franco no

había entrado.

Todo era muy sencillo: como la decisión.

El día 7 de noviembre amaneció polvoriento, triste y tranquilo; más tranquilo que la noche.

De un barrio a otro las vecinas de Madrid transportaban colchones, mantas, cacharros de cocina y niños de pecho.

De un barrio a otro, en sentido contrario, los vecinos de Madrid transportaban fusiles y bombas.

A la vuelta de cada esquina se encontraban grupos de hombres haciendo la instrucción.

En otras esquinas se hablaba de la precipitada marcha para Valencia.

—¿Vienes o no vienes?

—El Gobierno se ha ido.

—El Gobierno se ha ido.

—El Gobierno se ha ido.

—¡De prisa, de prisa! ¡Yo llevo el carnet en la cara!

Arrancaban los automóviles.

De pronto se quedó uno sin amigos. Se fueron. Era natural. Era el 7 de noviembre.

Madrid se quedó como un lugar de veraneo sin veraneantes.

¡Gran meseta bordeada de montes de pinos; tierras secas de encina, que arañan ríos y sudan hombres! ¡Gran pueblo oprimido, de podredumbre durante siglos y siglos, que ahora te ves atacado por la barbarie fascista extranjera!

Te revuelves sobre tus entrañas como una fiera, pueblo valiente y luchador. Lo que otros han permitido, no lo permitirás tú jamás: que la biliosa hiena fascista alemana ponga su garra verde sobre tus campos de trigo, sobre tus viñas calientes, sobre tus sierras azules.

No lo permiten tus obreros, tus campesinos, tus estudiantes, tus jóvenes, España; no lo permiten, no lo permitirán jamás.

Los ojos de tu juventud ruedan en una órbita de fuego y contemplan a los extranjeros que se han metido en su territorio. Su puño se levanta sobre las viles cabezas, encanecidas de vicios, que con su traición lo han permitido.

¡Ábrete, España! ¡No tengas miedo! ¡Saca tus vísceras a la superficie, saca tu pueblo al aire de Europa, que él te defenderá contra todo y contra todos!

¡Sacúdete, España, desde tus montes a tus ríos secos; haz saltar encinas y piedras, hierro y hombres de arcilla, hombre de trabajo en madrugadas hambrientas!

¡Ellos te darán la vida, España; te la están dando por regiones, por fuentes, por aires, por vegas, por comida y bebida!

¡Mira qué rescoldo de vida guardas en tu interior, qué rescoldo de fuerza! ¡Ante él no hay nadie que resista!

¡Que los carbones encendidos de tu cólera hirviente rueden desde Madrid a los cuatro mares que te rodean y les hagan sentir tu presencia!

¡Vuélvete, España, hacia ti misma, mira hacia tu interior! ¡En tus pobres campos y en tus fábricas primitivas hay hombres que te salvarán!

Tu pueblo sale, España, por Madrid a la superficie; tu pueblo, oprimido de siglos, que se derrama ahora ardiendo, desde Madrid, y que inundará tus mesetas y bajará por tus valles retorcidos hasta tus costas, haciendo hervir el mar, y su calor se transmitirá a otras naciones y encenderá la tierra.

Ahora hay que resistir. Hay que resistir con los puños, con la boca, con los corazones. Hay que resistir con las palmas de las manos, tumbándonos para que no pasen, si es preciso.

Los tanques italianos están ya en la cuenca del Manzanares, de cara a Madrid. Los obuses cruzan, zumbando el río,

o se estrellan en los puentes.

El Manzanares se puede llamar ahora *Granadares*. Sus aguas son metralla líquido; su barro, sangre.

La Estación del Norte espera a sus orillas, temblando de frío, con su marquesina de cristales a la intemperie. Espera, débil y tranquila, los obuses y las bombas que vuelan por encima.

La Casa de Campo, campo tierno de tomillo, romero y lagos artificiales espera, temblando, a los lobos. Un cartucho de dinamita ha volado una buena parte de sus tapias, y por ella entra, saltando y rugiendo, un tanque y luego otro y otro. Los tanques van aplastando el tomillo y el césped, tronchando encinas jóvenes, hundiendo las madrigueras de los conejos, ensuciando el agua de los arroyos.

El viento del Guadarrama pasa por encima de la Casa de Campo, y bajo él ruedan los tanques, negros, correctos, metálicos; los tanques, que jamás se paran; los tanques, que son la auténtica trampa en movimiento, la auténtica estrategia, ante la cual dan ganas de exclamar: «¡Así ya podrán!».

La fibra de España está siendo muy distendida, muy curvada hacia adentro, como el arco de una flecha; veremos cuando se suelte...

La sola voz

El Quinto Regimiento habló con palabra firme.

El Quinto Regimiento habló con sus 70 000 hombres, con su disciplina, con su precisión; habló con sus carros blindados, con sus ametralladoras y con sus bombas, con su intendencia, con su sanidad y con su propaganda.

El Quinto Regimiento habló desde el Ministerio de la Guerra. El Quinto Regimiento habló también con sus fortificaciones.

El Quinto Regimiento habló con su pueblo de Madrid, con sus cafés, con su río, con sus puentes, con su Ciudad Uni-

versitaria; habló con sangre de sus comandantes Oliveira y Heredia, como antes había hablado con la sangre de Benito y de Paolo.

Vinieron los días terribles y magníficos de Madrid; los días en que las noches estaban iluminadas por las luces rojizas de los bombardeos, y sobresaltadas por el tableteo de las ametralladoras y por el tronar de los cañones.

Perdonad que todo lo anecdótico se borre en estos momentos, porque sólo hablan la vida y la muerte.

Las mujeres de Madrid lloraban entre sábanas; los hombres luchaban. Únicamente estaban tranquilos los ojos de los muertos y las estrellas del cielo.

En aquellos días se celebró el mitin.

Figuraos una ciudad completamente sitiada por perros.

Figuraos que para llegar a un cine hay que atravesar la zona batida por la artillería, la zona batida por la ametralladora y la zona batida por la aviación.

Figuraos que Madrid estaba sin Gobierno y que se temía una sublevación de la *quinta columna*.

Figuraos que llegáis al cine y os encontráis un partido político, firme y desafiador. Figuraos que oís hablar a hombres que vienen cubiertos de sangre y tierra, a mujeres decididas y a hombres que se juegan el todo por el todo.

Figuraos que el cine está lleno y que estalla una banda de música y que se canta la «Joven Guardia».

Figuraos que las fuerzas que sitian Madrid llevan 200 kilómetros de avance y que aquí se paran.

Entonces tendréis idea de lo que fue aquel mitin del «Monumental»; de lo que fue aquella «Joven Guardia»; de lo que fueron aquellos puños levantados al borde del desastre; de lo que fueron aquellas respiraciones y aquellas palabras ardientes.

La consigna «¡No pasarán» se había hecho carne en las

entrañas del pueblo de Madrid.

Con letras de sangre

El estudiante Marcelo se había quedado sin auto para ir a Valencia. Se pasaba últimamente las noches, temblando, en su cama colocada en un sótano.

Todos, sin embargo, todos, todos se iban al frente: el lechero, el panadero, el trapero...

Las tiendas, las tabernas y los cafés estaban cerrados.

El estudiante Marcelo trocó su optimismo de paja por un traje de lana de abrigo. Se fue al frente.

Federico estaba en aviación; Matas, herido; Martínez era un héroe.

Don Jesús Fefiñanes, don Pedro Calderas conspiraban desde lo profundo de las embajadas.

Doña Purificación se preguntaba, angustiada:

—¿Entrarán o no entrarán los militares?

Doña Fernanda se revolcaba, entre sábanas, de rabia, y decía:

—Pero ¿cuándo darán los militares su último empujón?

Y los militares no lo daban. No lo daban porque no podían.

Y vinieron las noches de los bombardeos, y los días de las luchas aéreas.

Madrid entero temblaba hasta sus cimientos, bajo las bombas de 600 kilos, pero no así sus habitantes.

*Madrid, ¡qué bien resistes los bombardeos!
De las bombas se ríen los madrileños.*

Hemos visto calles abiertas. Hemos visto trozos de mujeres. Eran los días de las luchas aéreas. El viento de Madrid era una inmensa Plaza de Toros, soleada, donde se lidiaban

diariamente enormes reses del Rin con tres motores. La divisa era la cruz gamada.

Allí actuaban los *chatos* como banderilleros, y el pueblo aplaudía. Aplaudía y aplaudía, y quería subir.

Las nubes de Madrid eran codiciadas como diamantes, y las rachas de aire como rosarios de perlas.

El aire se enronquecía de motores, y no por eso se dejaban las colas, la alegría y las cañas de cerveza.

No había antiaéreos y los «Junker» peinaban los tejados, como peluqueros grasientos y sudorosos.

Pero hubo mucha sangre. Los niños jugaban a la vera de los obuses y las madres hacían calceta.

Bombas de 300 kilos, contra mujeres y niños, son el mejor alarde de la civilización fascista.

Vendiendo a España

Y Madrid se invadió de una alegría serena; de la alegría del deber cumplido. Ninguna capital de Europa tiene la conciencia tranquila como Madrid, como ninguna tiene su cielo azul.

El otoño de Madrid se concretaba en sol sobre las paredes blancas y en heroísmo para las trincheras.

El otoño de Madrid se concretaba en fortificaciones y en comisarios políticos. Se concretaba en Ejército único.

La fuerza moral de Madrid crecía y hacía temblar a los fascistas, como a curiosos preguntones, ante una esfinge de piedra.

Son los alrededores de Madrid falsas llanuras, falsos páramos tristes. Los habitantes sencillos andaban por ellos en tiempo de paz como cometas bajo el sol azul. Son llanuras, en realidad, desorganizadas, pero cuando el pueblo triunfe no dejarán de rendir un gran provecho. El peor viento que ha soplado en ellas es el del feudalismo animal; la peor cizaña, la de los caciques reaccionarios.

Las fuerzas del feudalismo animal lograron organizar al Sudoeste, penetrar en el alvéolo de Madrid y clavar su garra en la Ciudad Universitaria. Entre la carretera de Andalucía y la Casa de Campo, el monstruo feudal fascista agita su cabeza y mira por dónde puede penetrar.

Madrid, humilde, valiente y decidido, resiste como una madre a la que quieren arrebatar sus hijos; mira, inquieto, hacia todos lados y llama. La savia española corre por las carreteras que van a Madrid, por los ferrocarriles olvidados, por los caminos vecinales y por las sendas y veredas de los montes, entre tomillo y romero.

La Alcarria y la Mancha se dilatan de placer ante la caricia del paso de los mejores españoles, que van a defender su Madrid.

Y las fronteras se dilatan al paso de los mejores extranjeros, ardientes y verdaderos voluntarios.

La hiena fascista rechina los dientes y aúlla como el lobo hambriento en la noche.

—Ha fracasado la primera tentativa; tenemos que estudiar de nuevo la situación. El militar Pezuño arquea las cejas y mira, confuso, un mapa; de sus oídos brota fuego.

—La famosa táctica de zigzag, que propugnaba el general alemán, ha dado como resultado el que algunos se entusiasmen, hagan los zigzagueos demasiado amplios y se extiendan sentimentalmente en uno de ellos hasta Toledo, distrayendo del objetivo principal una gran cantidad de gente.

—Ahora hay que traer más gente, más gente.

—Ahora hay que traer más gente.

—A costa de lo que sea. *Aunque sea vendiendo a España.* Son inútiles todos cuantos esfuerzos hemos hecho hasta ahora.

Los cazadores de tanques

Coll acababa de morir aplastado.

—Nos llama *la cosa* —ha dicho Cornejo—. Nos llama *ella*.

—Voy a colgar mi vida de un hilo —dijo Grau.

—Ha llegado el momento —se dijo Carrasco.

Ha llegado, ha llegado. Todo lo que veníamos pensando ha llegado. Lo que tenía que ocurrir. Estamos frente a los fascistas, con las ametralladoras en la mano.

Y mucho más de lo que pensábamos; con los aviones que corren a quinientos kilómetros por hora; con baterías de cañones del quince y del treinta y medio; con tanques ligeros y pesados.

Estamos contra los fascistas alemanes, contra los fascistas italianos, contra los fascistas del mundo entero.

Estamos junto a todos los pueblos del mundo, junto a los hombres y mujeres de todas las razas y colores.

La Historia está con nosotros, y la tradición española, y la legalidad burguesa, y el sentido común, y la potencia económica, y la tierra y los astros.

Estamos con los verdaderos católicos, con Cristo y con los verdaderos santos.

No odiamos a nadie por sistema. No queremos la guerra, pero tampoco la tememos. Queremos únicamente vivir, alegres y felices, libres; crear un arte y una ciencia, una poesía y una música españoles; engendrar hijos y educarlos de una manera magistral.

Queremos abrir plenamente la puerta y que entre, claro y preciso, eso que hasta ahora ha parecido sombrío y terrible:

el futuro.

La sangre española brota y se derrama a borbotones, ca-
lientes y rojos. Han abierto una herida, y España muerde y
araña, despeinada, sangrienta y heroica.

La sangre española, la sangre del pueblo de España es de
oro puro.

Cornejo venía caliente, cansado y entrenado; venía polvo-
riente de peligros pasados. En Brunete escapó milagrosa-
mente de las garras fascistas. Escapó porque no le vieron,
de noche, entre matorrales, sin ver el suelo que pisaba, con
los ojos fijos en la maleza o en las estrellas del cielo. Enton-
ces no tenía bastón de estoque, mechero arrollado ni reloj.

En Madrid le reclamó el capitán Pérez, de las Milicias Bur-
galesas, y le mandó a la Moncloa.

Era de noche. Los obuses habían deshecho la casa en que
se refugiaban, y les habían enterrado en sacos terreros.

Ya en el parapeto, Cornejo miraba por las aspilleras, como
mira el pueblo español, como miran todos los pueblos del
mundo: de una manera clara y sencilla.

Carrasco llegaba con todo su heroísmo consciente, con su
penetración y su serenidad.

Venía de Toledo, de El Escorial; venía con la sangre espa-
ñola que se concentraba en su corazón: Madrid.

La Casa de Campo era un rugidero de metralla. Las tiernas
ramas de los álamos blancos caían tronchadas por el suelo;
las aguas del lago estaban picadas de ráfagas de ametra-
lladora, como de una brisa fría.

El Mando ordenó a Cornejo que fuese a las orillas del lago,
para ver si había municiones; no había muchas.

Grau, dada su calidad mediterránea, no podía llegar sino a
los edificios de cemento armado y ladrillo rojo, que se ele-
van sobre el cielo azul; no podía llegar sino a los volúmenes
ordenados de la Ciudad Universitaria.

Allí se combatía de día y de noche; allí esperaba.

Y atraviesa el arroyo, y sigue, y continúa el tanque; y troncha árboles y tapias, y bancos de madera; aplasta jardines, y no se detiene ante nada. Es un rugido monótono, vivo, inmortal; un bajo continuo y amenazante. Muchas granadas estallan y muchas balas *dum-dum* silban.

El alto mando faccioso piensa que, como ha llegado hasta Madrid, puede continuar, y dice a sus tanques:

—¡Adelante!

No sabe que se ha despertado Castilla, que se ha despertado España, que el arco español se ha curvado mucho y va a saltar.

Y saltó en Madrid en el mes de noviembre de 1936.

Cornejo salió fuera del parapeto, con un puro y la caja de bombas. Un escalofrío de terror recorrió los parapetos leales; todos veían ya a un muchacho de diecisiete años, horriblemente aplastado sobre la tierra mojada.

Cornejo miró, fijo y decidido:

—Si me matan, mala suerte.

Apenas experimentaba la sensación de peligro; apenas se daba cuenta de lo que hacía. Y eso que el peligro era bien concreto, bien terrible y bien sonoro.

Se arrastró sobre la tierra mojada ya fuera del parapeto. Por lo visto, el cañón antitanque no funcionaba. El tanque se venía encima.

—¡No podía consentirse esto!

Se arrastraba y se arrastraba como un cocodrilo joven.

Por allí venía aquello, batiendo horriblemente, con sus ametralladoras, los parapetos.

Seguía avanzando. Se acordaba del baile de su pueblo.

—¡A ver qué dirán ahora los *pollos güitos*!

Estaba a diez metros de la *gran bestia*. Había llegado el momento de lanzar la granada.

La tiró desde el mismo barro. La explosión le hizo zumbar los oídos: tan cerca estaba.

Cuando pudo volver a mirar, vio que el tanque seguía avanzando, con sus ametralladoras enfiladas. ¡En seguida, en seguida otra, o...!

Tiró la segunda, y el tanque se paró, aunque seguía disparando. Los demás tanques huyeron.

Ya de vuelta al parapeto, pensaba que, por esta vez, no podía hacer lo mismo que en «Los marinos de Cronstadt»: subirse encima del tanque y encender un pitillo. Otra vez lo haría.

A los pocos días le llamó el Quinto Regimiento. Muchos mí-tines, muchas fotografías, y hasta banquetes.

Pero, «¡qué c...!», él «¡no tenía tiempo de hacer el héroe!».

Muchos habrán experimentado, en esta guerra, lo que es un sol tranquilo en circunstancias. Así lo experimentó Carrasco en las orillas del lago de la Casa de Campo.

De pronto se oye el ruido de un motor. El ruido de un motor, ¡el ruido de un motor!

No son los aviones, no pueden ser los aviones... ¡Son los tanques!

Sí; se oye ruido de ramas tronchadas. El ruido del motor cambia de intensidad, como el de un automóvil; se percibe cuándo el conductor pisa el acelerador; se oye el fragor de los embragues.

¡Sí, son tanques; y hay que pararlos!

De pronto se oye el ruido de las ametralladoras.

Carrasco, el comandante Carrasco, no se azora. Tiene veintiún años, y piensa que *ha llegado el momento*. Ha llegado la hora en que tanto se ha pensado.

Baja las escaleras del lago y avanza, arrastrándose, escondiéndose entre los árboles. Tira una, dos y tres bombas de

mano contra el pedazo de hierro: no consigue nada.

—¡Abrid, abrid cajas de bombas! ¡Con el machete mismo!

¡Hay que acercarse más! Es peligroso; pero...

Las balas de las ametralladoras le rozaban la espalda, por los pies. Carrasco sigue tirando bombas y bombas y bombas.

¡Por fin!

Uno de los tanques empieza a dar vueltas sobre sí mismo, como un loco: está herido. ¡Jamás se ha visto un más alegre bailoteo mortal en el mundo! Choca con el otro y le estorba.

¡Vengan bombas y bombas y bombas!

Por fin, el otro también cae. Al ruido tremendo sigue un silencio de victoria, un silencio que se ha ganado bien este pequeño trozo de España: el lago de la Casa de Campo.

Carrasco llama, con el fusil, a la puerta blindada del tanque, por donde salen unos italianos llorosos.

Carrasco sonrío, feliz y satisfecho. Van a hacerle comandante.

Lo translúcido, a fuerza de ser joven, puro y sano, estaba en una cosa tan turbia y morbosa como es la guerra; en una cosa tan vieja y ya decrépita.

Estaba Grau, de día y de noche, entre lluvia y viento, como estaba la Ciudad Universitaria: metida en los combates, con fuego bárbaro y sangre, sobre la Facultad de Filosofía, sobre la Escuela de Arquitectura y de Ciencias Exactas, Física, Química y Medicina.

No tiene nada de extraño que allí apareciesen tanques oscuros y sucios, y de origen más oscuro y sucio todavía. No tiene nada de extraño que allí apareciesen tanques extranjeros, comprados a extranjeros y para el servicio de los intereses extranjeros; algo había terriblemente podrido en España: el Ejército.

Grau estaba acostumbrado a zambullirse en enero en el agua helada, a disciplinarse y a vencerse, a practicar bien el deporte y a ganar concursos; estaba también acostumbrado a estar solo, a subir solo a las montañas del Arquet y Vina-lopó.

Entonces tampoco tuvo nada de particular que, en estas circunstancias, pidiese permiso al teniente Alfredo Armela para salir a contener seis tanques y un coche blindado que se venían encima del parapeto.

El teniente le dijo que no saliera, que era exponer la vida. Él solo se decidió y salió *por su cuenta*.

—O los paro o me aplastan —se dijo.

Y los paró. Tenía tal serenidad de dieciocho años de acero, y tal confianza en sí mismo, que los paró. Tres bombas de mecha tiró a la cadena de un tanque; la última, de piña, al motor.

El tanque cayó de lado y los otros huyeron.

Rápidamente volvió a ocupar su puesto en el parapeto, hasta las siete de la mañana siguiente.

Coll, Cornejo, Carrasco, Grau.

España está en movimiento. Así se levanta, con fuerza que no hay quien resista, alegre y sencilla.

Así lucha España: así ha roto y así romperá las pretensiones de los fascistas.

¡Jamás se ha visto en la Historia nacer un espíritu más grande!

Mediodía de guerra

Vinieron luego los empujones con que la serpiente se acomodaba en torno de Madrid.

El empujón del Pardo y el empujón de Pozuelo. Fueron parados.

Los alrededores de Madrid quedaban de esta manera: las alturas de la carretera de La Coruña, con Pozuelo humeante, en poder de los fascistas; luego la línea corría por el Cerro del Águila y Garabitas, con la bolsa de la Universidad, lago de la Casa de Campo, carretera de Extremadura, hospital de Carabanchel Bajo, Carabanchel Alto y Cerro Rojo.

Desde las trincheras se ve, a la espalda, Madrid, y al frente, casas quemadas, barrios destruidos.

Las trincheras son magníficas, confortables, seguras, con chabolas para dar clase a los milicianos.

Desde la loma de Entrevías, donde estaba la comandancia de Enrique Líster, se divisa Madrid, blanco y brillante, allá abajo, bajo el cielo azul y el sol de mediodía.

Más allá, entre nubes de humo amarillo, la franja que dominan los traidores, y en el fondo la sierra azul, cubierta de nieve.

Esto es al Oeste. Al sur de Entrevías se ve el Cerro, pardo y desafiador, las líneas de Getafe y Leganés, Cuatro Vientos. Todo ello en poder de los fascistas.

Es un paisaje de invierno castellano. Está el día tan claro y el frente tan tranquilo, que parece increíble que haya guerra.

Algunas humaredas a lo lejos señalan dónde están las bate-

rías alemanas, o dónde caen bombas de las nuestras.

Enrique Líster mira.

De pronto empieza un sordo mosconeo en el aire. Por encima de Alcorcón asoman, por encima de Leganés vienen.

Son *treinta y dos* «Junker», bruñidos y pesados. En todo el frente se hace el silencio.

Desde la comandancia de Entrevías parece que Madrid va a hundirse.

Los treinta y dos «Junker» vuelan sobre las cúpulas de las iglesias, sobre los tejados rojos y brillantes, sobre los rasca-cielos de la Gran Vía, sobre las barriadas populares de Cuatro Caminos.

Y empiezan las voces sordas y las nubes de humo. Madrid no puede escapar. Madrid no puede hacer nada.

La inercia se convierte en fuego y la carne en sangre.

Los tejados se hunden, el suelo se abre y los cuerpos humanos vuelan pulverizados.

Por el este de Madrid aparecen, rápidos, los *chatos*, y los «Junker» huyen al oeste, a esconderse en el cielo, mientras por la tierra de Madrid corren las ambulancias.

Los comisarios políticos

El Cerro de los Ángeles o Cerro Rojo, tuvo el honor de ser atacado el primero, y fue de madrugada.

El mismo Enrique Líster, comandante del Quinto Regimiento, llegó hasta la cima. Allí fue cogido en calzoncillos un comandante traidor.

Allí se cogieron docenas de ametralladoras y centenares de fusiles; allí se cogieron docenas de prisioneros.

Allí se consagraron, por decirlo así, los Comisarios Políticos, alma del Ejército del Pueblo.

Allí, Santiago Álvarez y Puente.

Fue el primer ataque que realizaba el Ejército Popular. Los comisarios políticos españoles.

Como los «cazadores de tanques», salieron de la película *Los marinos de Cronstadt*.

Los comisarios políticos apuntan el Ejército del Pueblo, como el hombre apunta su máquina.

Los comisarios políticos dirigen el Ejército del Pueblo, como al ejército fascista lo dirige el látigo.

Un ejército sin comisarios es un ejército de ciegos; un ejército de mercenarios o de forzados, un ejército de fascistas.

En la madrugada es duro emprender un ataque. El comisario explica por qué se hace, y va el primero.

El Cerro Rojo está batido por ocho baterías, y el comisario explica por qué hay que resistir, y se resiste.

El comisario explica por qué falta comida, por qué falta ropa, por qué falta disciplina.

El comisario es los sentidos de los soldados.

De una trinchera a otra de Madrid han andado durante mucho tiempo los comisarios. Si no fuese así es posible que hubiesen andado los fascistas.

El pueblo de Madrid ha creado y ha formado los comisarios. El pueblo de Madrid va a la vanguardia del mundo.

Los aviadores

Tenía sueño un español y se tendió a dormir. Era piloto. En la mesilla de noche de su cama había una cajetilla de tabaco inglés.

A poco le despertaron ruido de voces, de carreras, de risas.

Se había prendido fuego al mosquitero de la cama del fondo. Esto fue aprovechado para reírse y divertirse un rato.

Por fin, el jefe de la escuadrilla de *chatos* les dijo que se callaran, que ya era hora de descansar.

Dormían los catorce en el guardillón de un cortijo, cercano al aeródromo. Fuera, la luna caía, con la fuerza de una inundación, pegajosa y fría.

En un prado cercano, bordeado de fresnos y custodiado por ojos vivos y bayonetas caladas, dormían los *chatos*, como pequeños toros berrendos en pardo, en amarillo, en rojo y en morado.

Estaban allí, como encogidos, debajo de los árboles, con su hélice parada y cubiertos por una funda a modo de gorro de dormir.

A la luz de la luna parecía que iban a salir como borriquillos jóvenes, triscando sobre la hierba y dando saltos de costado por el prado.

Detrás de ellos se elevaba una imponente barrera de montañas españolas, y delante, una laguna de aguas quietas y claras.

Los pilotos de guardia taconeaban en la planta baja del cortijo y silbaban canciones entre dientes.

Uno de ellos se sentó en las escaleras de la puerta. El pitillo se apagaba en sus labios.

A lo lejos se oía el retumbo ciclópeo y pesado de un intenso cañoneo muy lejano, como el de un mar inerte y acerado.

Sobresalía el pararrayos del cortijo y por el cielo volaban nubes a la luz de la luna.

El piloto de guardia encendió otro pitillo. Sus manos cóncavas se iluminaron de rojo un momento; después volvió a verse otra vez la laguna y los montes, iluminados por la luz de la luna castellana, que es una de las más sobriamente cantadas del mundo.

A la mañana siguiente, a las cuatro, se levantaron todos. Federico, con sus ojos azules, hinchados de sueño; Martínez, rápido como una ardilla; González, con su metro noventa de estatura, su cara de general mejicano y sus patillas, y todos los demás.

Como estaban, fueron corriendo y se metieron de bruces en la laguna. En el cielo, color panza de burra, todavía brillaba una estrella.

Un par de huevos fritos, una taza de café, fruta y pan con manteca. Ya estaban los *chatos* con su ruido acompasado, como de broma.

Los mecánicos los estaban probando y calentando los motores. Volaban los cardos y los trozos de hierba con el viento de la hélice.

Los fresnos, tan importantes, estirados y suntuosos por la noche, estaban ahora achatados, como rebajados y avergonzados de su papel meramente pasivo.

El comandante estaba ya subido en su aparato, dispuesto a dirigir la escuadrilla. Federico se abrochaba el casco. Dio dos o tres carreras alrededor del aparato, para entrar en calor, y subió.

Antes de todo, precaución elemental, ver si las ametralladoras funcionaban bien, si había municiones.

—¿Preparados?

—¡Preparados!

El ruido se elevó al máximo. El aparato saltaba ahora sobre el prado como un becerrillo, luego como un toro de seis hierbas, luego como un arcángel celeste, colérico y vengador.

La hélice era un batir de espadas brillantes de justicia.

Federico se acomodó en su asiento. Los fresnos iban haciéndose cada vez más pequeños, y el prado y la laguna.

A su lado se desplegaba la sierra española en toda su imponente altura. Las cimas estaban más brillantes y claras, la base era negra, rocosa y cubierta de neblina oscura.

De ella iban saliendo uno, dos, cuatro, seis aparatos. Ahí venía Ibanola; ahí venía Martínez, el rápido, que en la escuela metió hasta doce tiros en la manga. González acababa de despegar, y De Miguel, y Losada.

El cielo estaba claro, claro, y la tierra oscura, insignificante. Tenía que formar la escuadrilla en cuña.

El comandante se situó a 2000 metros y tomó la dirección norte. Federico se colocó en último lugar, a la derecha.

El aire, con el ruido de los motores, parecía un cable que se fuese desgranando de una profunda polea submarina.

Federico no pudo menos de sonreír, entusiasmado. Siempre que volaba le pasaba lo mismo. Su boca le parecía que se agrandaba con el viento. Sus dientes se afilaban y se hacían más blancos. Le daban ganas de reír y de cantar.

En su casa había oído decir que no servía para nada, que era distraído, que era tímido, que era vago.

Es que en la época capitalista y fascista ningún joven sirve para nada, cínicamente sirven los banqueros, los lacayos y las prostitutas.

Ahora, por lo menos servía para conducir un aparato, para hacer la guerra desde el aire y para ver brillante desde allí el porvenir de la juventud española.

En el avión y en algunas nubes ya daba el sol, lo que hacía que la tierra en sombra apenas se viera. Tal vez había desaparecido.

A poco dio en algunos picos del Guadarrama, en Peñalara, en Cabeza de Hierro. La escuadrilla viró, como de costumbre, y la tierra se corrió de lado, como una estera arrastrada.

Ahora iba sobre las líneas enemigas. Empezaba la parte emocionante.

Delante de ellos se abría la llanura de Castilla la Nueva, como un gran abanico de la fortuna, abierto de par en par.

Pobres campos, pintados de negro por los incendios, tierra removida, pequeñas rayas en zigzag.

Y de pronto, una parte del suelo empezó a soltar chispazos intermitentes. Parecía un cuadro indicador de teléfonos que se encendiera a intervalos. Eran los antiaéreos.

Sonaron explosiones secas, como toses de un viejo asmáti-

co, y el aire empezó a aullar, como un órgano con tubos de dieciséis pies que se hubiera vuelto loco.

La escuadrilla viró en redondo y escapó por debajo hacia el Sur.

Allá, en el fondo, se veía la Sagra toledana, amarilla y seca, cortada por una carretera negra.

Federico sonreía siempre. Era hermosa la guerra por la independencia. Era hermoso vivir.

¡Y pensar que él no era nada hace un año!

Ni oposiciones, ni concursos, ni empleos. Todo cerrado, todo seco, como la Sagra toledana, como el libro de Caja de un Banco.

Ahora todo era húmedo, heroico, popular, cariñoso. Ahora tenía amigos, camaradas, vida.

Por el Oeste aparecieron tres pesados aparatos alemanes: «Junker», bimotores, con dos timones de cola.

Al advertir la presencia de los *chatos* viraron en redondo y escaparon a toda velocidad por las verdosas sierras del Oeste, sumidas aún en la niebla de la mañana.

Hasta allá fue la escuadrilla, como para preguntar: «¿Qué hay?».

Volvieron a repicar los antiaéreos. Abajo estaba el aeródromo faccioso de Escalona, con nueve trimotores, agazapados bajo los árboles, y varios cazas.

Allí estarían los pilotos boquirrubios y soberbios, tomando el sol, haciendo guardia junto a los aparatos.

Con el resbalamiento de ala parece como si se tirase de un telón de fondo; el cielo se va y aparece la tierra corriendo a toda velocidad, lo mismo que si fuese una gran masa de agua a punto de caer por una catarata.

Corrían los pueblos, las torres de las iglesias, las carreteras, los caminos, los ríos, las sierras.

El aeródromo de Escalona corrió hasta situarse justamente debajo, con sus «Junker» y su personal embrutecido, que

corría de un lado para otro. *Donner Wetter!*

Los cañones antiaéreos escupían furiosamente. Entonces... las nueve bombas de la escuadrilla. ¡Y a escape a ganar altura!

Varios «Fiat» se levantaron. ¿Para qué? Para correr como liebres aéreas, camino de Talavera.

Pero no había que dejarlos escapar, y la escuadrilla se revolvió como una víbora. Los rodeó con el ruido de sus motores y de sus ametralladoras.

El suelo temblaba y el aire.

Pero, no, no. ¡Serenidad! Y Federico la tenía.

Todo era cuestión de ponerse de espaldas al sol, de cogernos de costado. Dos falsos *loopings*, un «Tonuca». Las ametralladoras escupen, pequeñas y alevés en el aire.

Los «Fiat» no tienen más remedio que aceptar combate.

¡Sí, sí! ¡Venga el combate por el pan, por la tierra, por la independencia, por la libertad de España!

¡Por su juventud! ¡Por los hombres! ¡Por los corazones!

¡Contra el paro! ¡Contra la humillación! ¡Contra el desprecio!

¡Sí, sí! ¡Venga el combate! ¡Arriba! ¡De costado! ¡Toma esta ráfaga!

—¡Gira y gira, cielo! ¡Gira, tierra! Pero, tú, sol, siempre detrás. Como Josué, te lo mando con los timones, con los alerones.

¡Los *chatos* tienen una movilidad extraordinaria!

Y luego a quedarse dormido, con las ametralladoras apuntadas.

—¿Quieres huir? ¡Toma este pequeño chorrito! ¡Total, nada! ¡Es insignificante! Federico se quedó el último. Allá bajaban ardiendo los «Fiat», como cabezas de Niobes, melenudas y llorosas.

Y ahora, vuelta para arriba.

—¡Salud, Alberche!

Vuelta a la formación de escuadrillas. El sol le daba en la cara, en las gafas.

Federico sonreía. No había habido novedad. Por debajo pasaba la llanura en sentido inverso.

Federico se acomodó en su asiento, a cuatro mil quinientos metros de altura, en su trono sobre la guerra, sobre la política, sobre la moral.

Volvieron otra vez los antiaéreos, pero a esta altura son cosa de risa, como los perros que ladran a los automóviles.

Aún quedaban balas en las ametralladoras y allí estaban las líneas de trincheras enemigas.

Vuelta al resbalamiento de ala; vuelta a correr la tierra, los barbechos, las torres. Y ahora a pasar como un huracán, rugiente y asolador.

—¡Fuera, fuera de las trincheras, los invasores italianos, alemanes y moros! Mucho disparaban desde abajo. Había varias barreras de ametralladoras.

Las balas silbaban.

Federico sonreía. Le acusaban de que no servía para nada, y lo que no servía era el capitalismo.

¡Amor!...

Ya estaban otra vez arriba. Gases. Un esfuerzo más; pero uno no subió. Uno, dos, tres. El tercero a la derecha es el que falta. ¡González!

Todavía saltaba, dando trompicones sobre la tierra, un aparato incendiado. Federico se sonreía, porque podía. Lo mismo le hubiesen podido dar a él.

También hubiese sonreído. Era perfecto.

Allá estaba otra vez. Abajo el aeródromo, la laguna. Ya estaban en casa.

Cortar gases, y la sierra que empieza a crecer, a crecer, a subir con su nieve, como la leche hervida. Y la tierra que empieza a dilatarse, a crecer como una vejiga de gas.

Y los fresnos que vienen corriendo...

—¡Ya hemos llegado!

Fuera cascos, gafas y *monos*. Y ahora ¡al agua! Que si yo no hago el *crawl*, que si tú haces el *crawl*.

—¡Así se hace, Martínez!

El comandante nadaba, golpeando el agua con las palmas de la mano.

—¡Los timones delanteros muy mal, mi comandante! Y ahora, a comer. Buena comida y buena cerveza fría.

El comisario habla. Lee la Prensa y la comenta. ¿Qué sabe la democracia occidental lo que es la vida?

Y luego a tumbarse al lado de los aparatos, junto a los fresnos.

Dos pilotos se quedaban subidos dentro y con el motor en marcha, por si hay alarma.

Federico lee una novela: policías, misterio, el millonario de Manhattan, el crimen en la quinta de verano, la jefatura de policía, el detective *amateur* que se ríe de los profesionales.

Para interrogar a una corista del «Scandal» empieza por regalarle un ramo de flores. Ella era la íntima amiga de la que encontraron estrangulada. La asusta, amenazándola con la intervención torpe e indiscreta de la Policía. Al final resulta que el criminal se había valido de un gramófono para probar la coartada! ¡Y todo se descubre por una partida de *pócker!*

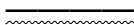
¡Las mil y una noches!

El sol camina hacia unos picos, blandos y oscuros. La sombra de los fresnos se alarga y la de los aviones.

Llega el comisario.

—Camaradas: hoy ha muerto un buen compañero nuestro, un héroe; había sido un obrero sin trabajo, huérfano; combatió desde los primeros momentos en el Puerto del León, en Talavera, en el barrio de Usera... hasta ingresar en Aviación. Tenía veinte años. En vez de guardar un minuto de

silencio en su honor, creo mejor que cantemos todos la «Joven Guardia», con el puño en alto, ¡*muy alto!*



El sol ya se había puesto y la cena estaba servida. Dos se quedaban de guardia.

—¡Qué risa me diste anoche cuando querías jugar al ajedrez!

—Pues te gané.

—De mala manera.

—Dejad el ajedrez para luego y vamos a cenar.

—¡A cenar! ¡A cenar!

Y por fin se acostaron. Fuera brillaba la lima sobre el agua, sobre los fresnos y sobre los *chatos*, como torillos berrendos.

Dentro quedaba sólo encendida una luz de acetileno.

Federico levantó la cabeza de la almohada. Una cama estaba vacía: la de

González. A su lado estaba el mosquitero medio quemado.

Tenía sueño un español y se tendió a dormir.

Fin

Y llegó el día en que Madrid pasó al Ejército Popular; en que el Quinto Regimiento pasó al Ejército Popular.

Centenares de comandantes. Centenares de comisarios políticos. Centenares de duros combates. Centenares de consignas.

«Estamos convencidos de que para ganar la guerra es necesario el Ejército único, único de verdad, monolítico, dependiente sólo del único Gobierno».

En un mitin celebrado en Madrid, sitiado y rodeado de una cintura de fuego y sangre, se pronunciaron estas palabras, y se disolvió el Quinto Regimiento, para pasar al Ejército Popular.

Epílogo

Y llegó el día negro en que se consumó la traición a España. Los traidores que dominan la mitad de su territorio se encuentran en un callejón sin salida. No tienen reservas africanas, no tienen requetés, no tienen falangistas, no tienen hombres. No pueden ganar la guerra. Les faltan *artefactos de sangre*.

El extranjero les va a sacar de este apuro. El extranjero imperialista, las divisiones imperialistas y nacionalistas extranjeras.

El extranjero, por las tierras de España.

El extranjero, por las fábricas y las minas.

El extranjero, por el trabajo de los españoles.

Se hace la luz en la cabeza de algunos brutos, se refleja la vergüenza en la cara de algunos cínicos.

El militar Pezuño comprende a medias. Comprende *por qué es Pezuño*. Se da cuenta de *que ya es imposible que gane «él»*. *La guerra la ganará el extranjero*.

El extranjero no trabaja de balde; su precio es «uno», «total» e «indivisible»: La España de Franco.

El militar Pezuño disimula.

El militar Pezuño sonríe de dientes afuera y mueve los párpados como un muñeco.

Como ya se ha metido, tiene que seguir. Muchos de ellos son como uno de esos *andóbales* que se compran los zapatos pequeños y luego ya no pueden cambiarlos.

Otro epílogo

Pero, cantemos, últimamente, al optimismo. Al optimismo del Quinto Regimiento vivo.

Cantemos, últimamente, a los campos de batalla que rodean Madrid, donde los madrileños iban a luchar, limpios y valientes.

Cantemos, últimamente, a las salidas al campo de los soldados encuadrados según las normas de «Francos Rodríguez».

Cantemos a la disciplina.

Cantemos al orden y al número 120 000 hombres. Cantemos a las fortificaciones.

Cantemos a los mandos y a la propaganda en las filas enemigas. Cantemos a los comisarios políticos.

Cantemos al Quinto Regimiento. Cantemos a los aviadores. Cantemos al pueblo de Madrid. Cantemos al Ejército Popular.

La artillería dispara continuamente sobre Madrid; los tanques intentan cruzar el Manzanares; los aviones aplastan barrios enteros, con sus mujeres, sus niños, sus viejos. Casas de siete pisos son partidas en dos; tiernos comedores y alcobas madrileñas quedan al aire, en carne viva; monstruosas bombas de cuatrocientos y quinientos kilos revientan en el empedrado de las calles, y hacen volar adoquines y miembros humanos: cabezas de mujer, piernas y brazos de niños.

Madrid, la ciudad valiente, la ciudad serena y ejemplar, con las tripas fuera, resiste y resiste. Sus calles céntricas están cuajadas de agujeros, como ojos vacíos al fondo de los canales se ve la pupila, negra y húmeda, del túnel del Metro, abierta al sol. Sus barrios extremos están desmantelados, ruinosos, humeantes.

¡Pero Madrid resiste, resiste, resiste! Pero Madrid resiste, resiste y pasará.

¡PASAREMOS!

